







LAS CORRIDAS DE TOROS



LAS
CORRIDAS DE TOROS

SU ORIGEN, SUS PROGRESOS Y SUS VICISITUDES

POR

D. F. S. DE A.

MADRID

IMPRESA Y LITOGRAFÍA DE N. GONZALEZ

Calle de Silva, núm. 42

1873

Las

GOBIERNO DE LOS TOROS

A. S. S. A.

1911

AL LECTOR

Nuestro pensamiento, en ruda batalla siempre contra el quietismo y dentro de la esfera de su actividad, aunque revolviéndose en el estrecho círculo de su extensión limitada y modesta, ha pretendido en vano explicarse las causas y fundamentos de por qué una vez aceptados y considerados los toros en España como fiesta nacional, nadie, ó casi nadie de sus infinitos aficionados pueda darse cuenta del origen que han tenido, de las transformaciones y de los adelantos conseguidos en el arte, ni de los lidiadores que han figurado y contribuido á su

progreso, y, en fin, de lo que se relaciona ó tiene un interes directo con la historia del toreo.

Apénas hay español que no se entusiasme con las corridas de toros; existen poquísimos ó ninguno que no hayan disfrutado de ellas y no es posible hallar á nadie que de niño haya dejado de parodiarlas; desde la más potentada capital hasta la aldea más insignificante celebran sus fiestas con toros, vacas ó novillos, y sin embargo, cuesta trabajo dar con alguno que otro individuo que se le ocurra averiguar las causas de esta arraigada afición y los móviles que le han dado tal popularidad.

Esto, que parece inconcebible, es un hecho, y nosotros nos hemos preguntado algunas veces:

¿Es posible que la inmensa mayoría, la casi totalidad de los españoles ignore hasta ese extremo la historia de lo que constituye su fiesta favorita?

¿Consistirá esto en que se hayan perdido

acaso los raudales que venian á constituir la fuente histórica del toreo, en la inmensidad de los tiempos antiguos?

¿Podrá suceder que en los empolvados legajos de las bibliotecas no conste el menor asomo ni indicio para poder averiguar el origen de tales fiestas?

Pero á estas objeciones hemos contestado con las siguientes: no, eso no es cierto, puesto que existen libros que se ocupan de la materia, puesto que no carecemos de documentos que señalen los raudales históricos del toreo, y no dejan de conocerse algunos individuos que están perfectamente enterados de todo lo concerniente á las diversiones tauromáquicas.

Entónces, ¿cómo explicar estas ilógicas deducciones?

Nuestra pobre imaginacion cree hallar un paralelismo exacto entre los motivos de este anacronismo y entre los que contribuyeron al gran desarrollo de las ciencias y adelanto del progreso social, con la publicidad que dió á los conocimientos humanos el nun-

ca bien ponderado invento de Guttenberg.

En la época de los frailes las ciencias, la sabiduría y las artes nobles se encerraban dentro de los sombríos muros de los conventos, y sus destellos no podían alcanzar sino á las clases extremadamente acomodadas. Pero el genio de Guttenberg apareció difundiendo, como el sol la luz, todos los conocimientos humanos, y lo que ántes sólo estaba reservado á las clases altas, pudo llegar á ser adquirido por las clases medias, á quienes estaban vedados los tesoros que encerraban aquellos antiguos pergaminos en cortos ejemplares monopolizados. La imprenta empezó á esparcir á los cuatro vientos cuantos documentos sustentaban, casi inéditos, las estanterías de las bibliotecas de los templos y monasterios, y la sociedad, ávida de progresar, se hizo con volúmenes y más volúmenes, en grado creciente, según que el tipo de su valor iba decreciendo y decreciendo hasta el punto de llegar á ser asequibles para las familias de fortuna más modesta.

Equivalentes razones deben concurrir todavía hoy indudablemente en la falta de conocimientos generales sobre nuestra favorita diversion de los toros.

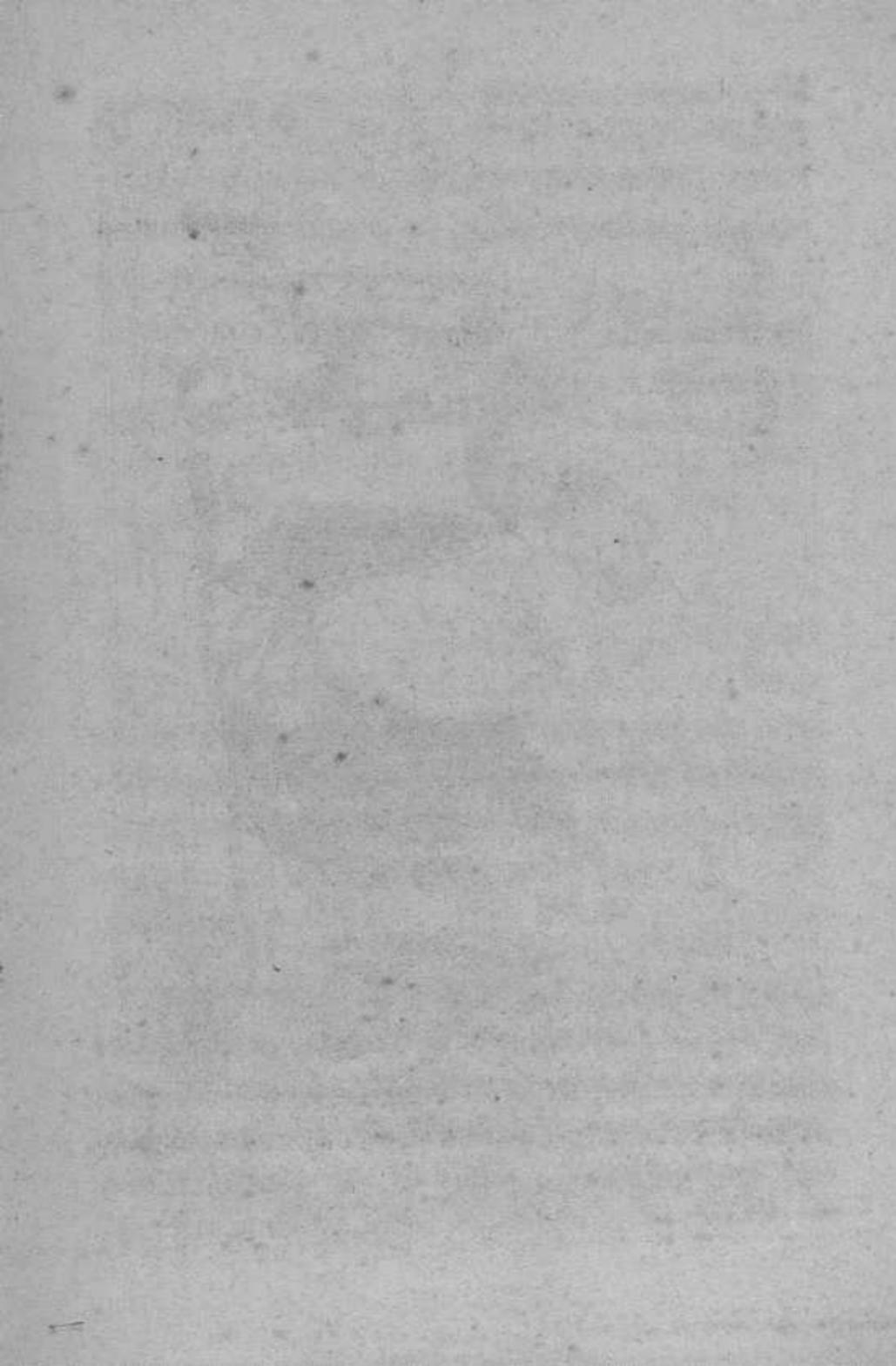
La completa carencia de memorias ó libros manuales contribuyen á esta ya indisculpable ignorancia. Hay muchas obras notables que tratan de la materia con profundidad y extension; pero esto mismo, y el excesivo precio que han alcanzado, es y ha sido motivo suficiente para impedir su generalizacion y que no puedan llegar á manos ni ser del dominio del pueblo.

Estas consideraciones, unidas á la entusiasta aficion que sentimos por nuestras fiestas nacionales, nos mueven á dar publicidad á este Compendio, con el fin de llenar aquel vacío, para lo que hemos procurado desentrañar gran porcion de documentos y legajos antiguos y modernos que se ocupan de la materia.

Este ha sido nuestro propósito. Si le hemos llenado ó no, conforme á nuestros deseos, el

público lo demostrará con su justo fallo. De todos modos, esperamos que nuestra insuficiencia sea dispensada, en gracia de la buena intencion, por la reconocida bondad de los lectores, que impetramos con toda modestia y encarecimiento.





LAS CORRIDAS DE TOROS



Carácter primitivo.

PRÓLOGO

Nuestro sabio economista y eminente político Jovellanos, en su célebre memoria titulada *Pan y Toros* nos da una idea completísima y acabada de nuestro carácter especial y de nuestra particular manera de ser, que no guarda punto de contacto ni de analogía con nada de lo que constituye la fisonomía social de los otros países.

Pan y Toros es la gráfica frase que de hecho nos corresponde y que tan bien y oportunamente supo aplicar á sus compatriotas aquella eminencia científica, el gran Jovellanos.

Sí: *Pan y Toros* viene á encajar hoy tan perfectamente como entónces en el cuadro de

la sociedad española. Y es que cada país ha creado diversiones conmovedoras que afectan al sentimiento en proporcion relativa á sus temperamentos y á sus costumbres.

Inglaterra, ese emporio de la riqueza, que se le supone elevado sobre el pináculo de la cultura y la civilizacion, acoge con entusiasmo la bárbara diversion de sus *boxeadores*, y es más bárbara que cuantas se conocen, porque la muerte de los dos contendientes es inevitable sobre la arena del circo ó á consecuencia de la lucha, y es horroroso contemplar aquellos hombres luchando á brazo partido con la muerte, magullándose y despedazándose ante espectadores que sonrien y sufren más ó ménos, segun que las esperanzas del lucro sean menores ó mayores, favorables ó adversas.

En Francia hay pueblos, como sucede al de Aguas-Buenas y algunos otros, en que colocan un premio en la cima de una montaña, y desde la base de su falda los jóvenes que se creen más ágiles y robustos emprenden la carrera, áspera y ascendente, ávidos de alcanzar el premio, pero con tan terribles resultados que algunos fallecen en la misma, y

muchos de sus fatales resultas. Otras veces lo verifican á caballo con inminente riesgo de precipitarse en el abismo los ginetes y cabalgaduras.

En la Gran Bretaña se amoldan muy bien, como hemos visto, á la lucha de los hombres hasta inutilizarse por completo, y á las riñas de los gallos, armándolos, para mayor crueldad, con espolones de acero, cuyos espectáculos vienen á representar tan sólo la lucha de la fuerza bruta.

En Francia, las competencias de agilidad son las que llaman más particularmente la atención, pero con terribles consecuencias.

Y si recordamos los tiempos florecientes de Roma, la señora del mundo, sus inhumanas luchas de los gladiadores entre sí ó de los esclavos á brazo partido con las fieras hasta ser completamente destrozados, ¿qué no podremos decir? Pero no; apartemos la vista de esas épocas de sangre. En todos los países hay funciones peculiares á su clima y temperamento, más ó ménos bárbaras; pero tan bárbaras algunas, que no queremos recordarlas por ser ajenas á la índole de este trabajo, y porque lo dicho basta al objeto que nos proponemos.

Aquí, en la antigua Etruria, en la Iberia de la bizarria nos deleitamos con esa diversion en que se hermanan el arte, la agilidad y el valor; pues no otra cosa representan las corridas de toros, por más que parezca lo contrario á los que no son inteligentes.

Aquí fomentamos la lucha de la fiera salvaje con la inteligencia del hombre; su empuje con la destreza; la velocidad de su carrera con el arte de los quites, de los quiebros y de los cambios; su imponente presencia con el valor y la serenidad de los lidiadores; y en esta fiesta las emociones son más y los peligros ménos, como acusa la estadística, y las consecuencias no son desfavorables, porque desarrollan el cuerpo con un ejercicio regularizado.

Esto será bárbaro, todo lo bárbaro que se quiera; pero, dada tal cual es la sociedad en general y la española en particular, hay que admitirlo como tradicion y como exigencia de las costumbres y del temperamento.

Pudiéramos, sin esforzarnos mucho, demostrar su conveniencia é importancia bajo el punto de vista histórico, patriótico y hasta filosófico, porque ayuda á sostener la virilidad

de los españoles, su majestuosa tradicion de indómita pujanza y patria independenciam y el recuerdo de su pasado y brillante poderío; pero para conseguir ese objeto necesitábamos más espacio del que podemos disponer, y renunciamos por el presente á esta tarea.

Partiendo del principio de que es un mal, nos queda el consuelo de que entre las diversiones de carácter poco moral, es la ménos reprobable, de más efecto y de mejores resultados.

El juego de los naipes ó de la ruleta, ménos censurado, degrada de una manera horrible, causa infinitamente más víctimas y produce en grado superlativo mayor llanto y desolacion en la familia.

Los bailes de máscaras, poco vituperados y muy extendidos, dan lugar al desórden, á la inmoralidad, á la prostitucion y á regueros de sangre, resultado de tantos y tantos desafíos á que han dado motivo.

Las víctimas causadas por los ejercicios gimnásticos ó ecuestres de los circos, no tienen punto de comparacion con las infinitamente menores ocurridas en las funciones de los toros. Aquellos dislocamientos, aquellas

horribles contracciones cuando se agitan en trapecios cuya altura espanta; al dar y repetir saltos mortales; al moverse sobre maromas que apenas parecen tener punto de apoyo (ejemplo vivo é imponente los terribles y pasmosos ejercicios de los indios Rajar y Sin que ha presenciado todo Madrid y todas las córtes del mundo), no tienen nada con qué igualarse. Y ¿qué no diremos de lo monstruoso de los ejercicios de los hermanos Adlonn Lees con el niño Bobi? ; Esto sí que debiera exaltarnos: que niños sin conocimiento, que niños quizá sustraídos al cariño de sus familias, sean obligados desde la más tierna edad á ejecutar cosas horriblemente expuestas, descoyuntándolos y esforzándolos á encontrarse continuamente luchando con el peligro!

¿Hay nada más bestial que todo esto, admitido y celebrado en todas las naciones que se precian de civilizadas?

Esos atletas que se encierran en una jaula con cinco ó más leones, sin defensa de ningun género y con la seguridad de que han de ser destrozados uno ú otro día; los que introducen su cabeza en la boca de los elefantes y juegan con su terrible trompa; los que

colgados de una pierna elevan con la otra un toro ó una caballería mayor; los que se ponen á resistir y resisten el terrible empuje del tiro de dos briosos caballos; los que doblan barras de hierro, parten piedras á puñetazos y dejan despedazar sobre su vientre enormes losas á fuerza de martillazos, segun acaban de presenciarlo los madrileños en la personalidad del forzado Nápoli; los que arrollan á su cuello repugnantes culebras boas; los que se tragan la hoja de una espada, expuestos á quedarse muertos instantáneamente si tienen en aquel momento un arranque de tos: esos son casi suicidas; de poner el veto á algun espectáculo, eso debiera prohibirse. Si las funciones de toros merecen el calificativo de bárbaras, ¿cuál no corresponderá á estos espectáculos tan espuestos, tan impresionables y terroríficos y de menor lucimiento, permitidos y apoyados por todas las naciones, y jamás prohibidos por los gobiernos?

Sensibles anti-toristas, ahí teneis espectáculos más reprensibles. Criticad, si os place, la para vosotros absurda, necia y vil aficion á los toros; pero no os mostreis tan benignos

con esas diversiones, infinitamente más repugnantes y estragadas.

Seamos justos: ó anatematicemos ágríamente la mayor parte de las diversiones conocidas, ó no nos ensañemos tanto y de una manera tan feroz con nuestras fiestas nacionales.

Y ¿qué diremos de la prostitucion? ¿Qué de la embriaguez? Y ¿qué de las consecuencias funestas del can-can, que en vilece las naciones, que las degrada, que hace de los hombres entes cobardes y desgraciados, y trueca las poblaciones que se entregan á él en otras nuevas ciudades equiparables tan sólo á las de Sodoma y Gomorra?

Respondeos á vosotros mismos: haced los comentarios que os parezcan: nosotros nada queremos decir.

Puede y debe sentarse como axioma, que la humanidad exige y necesita indispensablemente ocupar su imaginacion en algo, tanto más conveniente cuanto más útil sea; pero cuando no tiene lugar lo útil y propio para su prosperidad ó renombre, importa mucho evitar en lo posible que se entregue al abandono del ocio y que en los ratos cortos

ó largos que á él dedica por no tener atenciones ó trabajo, halle medios ó facilidades de distraccion en aquello que más le halague y ménos le perjudique.

Quitad á los españoles su favorita diversion de los toros, y, tenedlo por seguro, nuestros espíritus inquietos buscarán con qué llenar aquel vacío, entregándonos en cuerpo y alma á los vicios más denigrantes y á otras diversiones, espectáculos y fiestas más perniciosas y fatales.

Y entre dos males irremediables, debemos optar siempre por escoger el ménos nocivo.

¿Cómo explicarse que cuantas prohibiciones se han lanzado contra las fiestas taurinas, bien pronto han caido por tierra, anuladas casi por los mismos que las decretaron? Nosotros hallamos el fundamento de estos hechos en que se comprendió más tarde la conveniencia de evitar males mayores con uno menor.

El eminente Jovellanos, con su talento especial, lanzó el anatema sobre las corridas de toros, ridiculizándolas, creyendo haberlas soterrado entre el polvo del olvido; y á pesar de su genio colosal, y sin embargo de lo no-

table de su trabajo, estas fiestas tomaron vuelo en sus dias; cierto es que muchos le tributaron aplausos, pero nadie le siguió, pues todos comprendieron que su pensamiento, digno sin embargo de loa, sólo podia tener lugar en la region etérea, en el mundo de los ángeles, no en el mundo terrenal, y ménos en la nacion de los antiguos conquistadores del orbe, que vive de sus tradiciones, y que, á causa de la fatalidad que acompaña á sus malos y funestos Gobiernos, se sostiene el nombre y poder español únicamente por el recuerdo de sus glorias.

El mismo personaje, al celebrar las notabilísimas costumbres del país vasco, al elogiar sus diversiones favoritas, debió olvidar de intento, para mejor desarrollo del plan que se habia trazado, que si en algun punto predomina la aficion á los toros, es en ese envidiable y envidiado suelo euskaro. Bilbao, Victoria, San Sebastian, vienen en apoyo de nuestro aserto; y lo que acontece en todas las poblaciones de Guipúzcoa, acude á corroborar aún más nuestra afirmacion. No hay fiesta consagrada á los santos patronos de sus pueblos en el suelo guipuzcoano, que no se ce-

lebren con toros ó novilladas, alternando con la *espata-danza*, el *bordon-danza*, *broquel-danza*, *zortzicos*, romerías, juegos de barra, de bolos y de pelota. Y no por eso sus costumbres desmerecen en nada del inmejorable concepto que de ellas se tiene formado; es más: atribuimos á esas novilladas y á todas las demas diversiones que las acompañan, sus puras costumbres, el amor á su independencia y á la libertad y su amor al trabajo; pues ellas establecen vínculos de amistad, de inteligencia, de parentesco, de proteccion, de comunicacion mútua y de mútuo esplayamiento y satisfacciones que recompensan sus rudas faenas, todo lo que en casos dados los hace entenderse y levantarse á una vez como hermanos, para defender su suelo y sus fueros, sin dar lugar entre sí á la lucha intestina ó animadversion que es habitual de unos á otros pueblos de las Castillas.

Entre las diversiones á las que se atribuye el carácter de salvajismo, las de otros países no reportan utilidad alguna; las del nuestro producen cuantiosos beneficios á los lidiadores todos y empleados; á muchos hospitales; á las empresas contratistas; á los ga-

naderos de reses bravas; á los propietarios de dehesas para pastos; á los tratantes de caballos matalones; á los dueños de plazas; á las poblaciones donde estas radican; á los mil y mil dependientes necesarios para su custodia y conservacion; á los polvoristas; á los comerciantes en flores y cintas, y á otros muchos que es excusado enumerar; al paso que en aquéllas, á lo sumo sale beneficiado alguno ó algunos de los contendientes.

Ademas, poner en parangon el admirable cuadro de perspectiva, de alegría, de animacion, de movimiento, de sociabilidad, de mútua comunicacion, de sensaciones, satisfactorias las más veces, que proporcionan nuestras fiestas, con el sombrío, fiero y vulgar cuadro que representan las de Inglaterra, Francia y otros países, es innecesario; basta con enunciarlo para conocerlo.

Creemos haber probado que, entre las diversiones bárbaras, las corridas de toros son las menos bárbaras: que son de mucho bombo y platillos, y llaman más la atencion porque se repiten á menudo y con cierta pompa y ostentacion; que reportan para ciertas clases pingües beneficios, y que consideradas en el

terreno del arte, son superiores á las otras, que se fundan solo en la fuerza bruta ó en la agilidad.

Se nos objetará: en Inglaterra se halla prohibido por las autoridades el pugilato y la funcion de sus porristas; á lo cual contestaremos: sí, como el duelo en España y en casi todas las partes del globo: que se truena contra el duelo, chilla mucho la prensa, y sin embargo no se evita nunca.

Nada de trabas: es preciso proclamar la libertad de espectáculos. Los excesos de la libertad los cura la libertad misma. Las prohibiciones acumulan fuego en la hoguera del deseo. Ejemplo palpable: prohibidos los bailes de máscaras en España por algun tiempo, y álzada despues esta prohibicion, un verdadero delirio se apoderó no sólo de los habitantes de Madrid, sino que tambien de todos los de la Península.

Viejas y ancianos, gallos y jamonas, jóvenes y niñas, púberes é impúberes, nobles y plebeyos, todos acudieron entónces con verdadero frenesi al incómodo antifaz. Pero con el trascurso del tiempo, por el mismo abuso y la propia libertad, han decaido hasta el extre-

mo en que hoy los vemos. Pero basta de digresion.

El *statuo quo* corresponde de hecho á aquellos países que sustentan sus fiestas y espectáculos de carácter propio, adecuado y privativo al modo de ser de su temperamento y costumbres, como en la época primitiva de los circos romanos; nosotros hemos avanzado tanto en las diversiones populares que nos son especiales, ó sea en las corridas de los toros, que despojándolas de su repugnante carácter de fria barbárie, y hermanando la apariencia y la ostentacion con el estudio racional de lo que se debe al hombre, á la historia y á los adelantos modernos, hemos llegado á formar un gran espectáculo, basado sobre un notable y difícil arte. Y esto dicho, pasemos de un salto á la reseña histórica del toreo.



PRIMER PERIODO

Desde la creacion del mundo hasta mediados
del siglo XI próximamente.

LAS CORRIDAS DE TOROS



Carácter propio del primer período.

RESEÑA HISTÓRICA DEL TOREO

PRIMER PERÍODO

Desde la creacion del mundo hasta mediados del siglo XI próximamente.

Imperiosa necesidad de la lidia ó capeo de las reses taurinas.—
Consecuencias de esa necesidad.— Introduccion de los toros
en las fiestas de los caballeros musulmanes.—Progresos de
su aficion hácia este espectáculo.

IMPERIOSA NECESIDAD DE LA LIDIA Ó CAPEO DE LAS RESES TAURINAS.

Difícil es, en la noche de los antiguos tiempos, hallar un rayo de luz con que poder buscar el motivo y el momento que dieron lugar á esta diversion. Sin embargo, deteniéndonos á meditar sobre el origen del mundo y de la sociedad, creemos poder decir que tuvo su fundamento con la creacion del hombre, por la necesidad de buscar medios para do-

meñar los animales y fieras de que empezó á verse rodeado. Es indudable, que así como tuvo que servirse de lazos para apoderarse del caballo burlando su ligereza, y de mil otros recursos apropiados para supeditar á su inteligencia la mayor parte de las diversas clases de seres irracionales que poblaban el universo, habia de buscar en su imaginacion algo adecuado á lo que exigian las condiciones del toro, y algo que indudablemente encontró para burlar sus embestidas y hacer de este animal uno de los que más sirviesen á sus intenciones y necesidades, utilizándolo para remover la tierra y como pasto de su insaciable gula. No será, por lo tanto, infundado suponer ó dar por hecho que por entónces tuvo origen la lidia ó el capeo de estas fieras con el objeto de rendirlas y de apoderarse de ellas; y una vez conseguido este propósito, es de sospechar que acudirian á la castracion para aniquilar así ó debilitar al ménos su indómita pujanza (1).

(1) En los primitivos tiempos se usaron muchísimo los lazos, que se tiraban desde los caballos, en súbita carrera, sobre las astas de los toros para

CONSECUENCIA DE ESA NECESIDAD.

Mas nosotros no podemos considerar ese efecto de la necesidad como el origen de la fiesta de los toros, sino como la causa primitiva de lo que habia de dar lugar despues, mucho despues, á aquella que, perfeccionada más tarde y trocada despues en arte, ha venido á constituir nuestra diversion nacional y favorita.

Pero no se deduzca de las premisas sentadas, que en España se ensayó por primera vez la lidia de los toros, ni que este espectáculo fué anteriormente exclusivo á nuestro suelo. No; en la Mauritania, en la Tesalia y en otras zonas gozaron durante las primeras eras del tiempo, de gran reputacion y fama, no solamente la efectuada á caballo, sino que tambien la que se verificaba á pié.

Los romanos vieron con fruicion la introduccion de los toros en su circo, por tiempo de Julio César, y como Roma, señora entón-

apoderarse de éstos cuarteándolos.—Tambien con la puya hacian una cosa idéntica, empujándolos fuertemente sobre los cuartos traseros.

ces del mundo, hizo alternar esta diversion con las otras tan bárbaras con que se arrobaba, ganó en fama y extension la lucha del hombre con las reses bravas. Empero en su lata dominacion sobre nuestra patria es, más que duvitoso, seguro, por más que afirmen algunos lo contrario, que no introdujeron en España esta fiesta, aunque es lo que al parecer presenta mayores probabilidades.

Peño sea de esto lo que quiera, es lo cierto que si lo importaron lo olvidó ó desterró en lo sucesivo con las invasiones operadas y cambio de razas efectuado.

Entónces y ántes de aquella época, que se consagraba una gran parte de la gloria al esfuerzo y la bravura, se tenian, y eran detener, por actos dignos de renombre la lucha y vencimiento de los toros, y los varones más esforzados, que adquirieron mayor fama de atletas invencibles, contaban como timbre glorioso de su historia algun acto heróico llevado á cabo con los animales cornupetos.

De modo que de lo que fué efecto de la necesidad é inteligencia superior del hombre, se originó la caza de los toros primero, la lidia de ellos despues, su adopcion como fiesta más

tarde en varias naciones, y por último como diversion nacional del pueblo español.

¡Y cuánto no varían las exigencias y costumbres de la sociedad! Estas fieras, de continuo inmoladas á nuestra curiosidad y á la voracidad de todos en los tiempos casi prehistóricos, fueron miradas con predileccion suma en diversas partes del mundo; en unas elevándolas á culto y erigiéndolas templos, como en Egipto; en otras sirviendo de troquel su figura en las monedas, y en muchas impidiendo su muerte y su utilizacion fuera de los trabajos propios de la agricultura.

INTRODUCCION DE LOS TOROS EN LAS FIESTAS DE LOS CABALLEROS MUSULMANES.

Es notorio que los romanos, durante su larga dominacion sobre el suelo hispano, introdujeron fiestas parecidas á las que tenian lugar en el circo de Trajano en Roma, para las cuales construyeron en España circos costosísimos, que desafian aún las destructoras huellas del tiempo sus restos imperecederos. Es sabido tambien que los moros ó los cristianos, segun que las ventajas de la guerra dilataban ó amenguaban los lindes del

terreno de sus conquistas, los utilizaron para que tuvieran lugar en ellos aquellas vistosas justas, aquellos brillantes aunque terribles torneos, lucha verdadera y sangrienta entre dos, cuatro, diez, ciento ó más combatientes, armados como en campo de batalla y vestidos con mallas y flamígeros cascos, á cuyo recuerdo decia Jovellanos que no habria nadie que no se sintiese arrebatado de sorpresa y admiracion.

Tenemos ya los circos, tenemos ya la lucha y el arrojó, tenemos ya conocimiento del capeo de los toros generalizado en esta época, ¿qué faltaba? Sólo la idea de hermanar todo esto. Y ¿quién fué el que tuvo esta, feliz para unos é infeliz para otros, ocurrencia? Nadie lo sabe: por más manuscritos y libros que hemos hojeado, nada fehaciente sobre este dato hemos podido encontrar. Pero recurriendo á las probabilidades, no es aventurado sospechar que se debió á alguno de los siervos fanáticos de Aláh.

En la lucha constante y sin tregua de los ochocientos años que necesitó la patria de Pelayo para reconquistar su libertad y abatir el yugo árabe, es sabido de todos que de

parte de los cristianos como de parte de los moros no se dejaba un momento ni la lanza y armadura de guerrero, ni las espuelas, espada y daga del caballero; que cada raza y bando, encerrados en los límites del terreno de sus conquistas, pasaban alegremente los ratos de ocio en juegos de agilidad, con la suerte de las sortijas ó juegos de caña, en los de fortaleza y valor, con los desafíos terribles de aquellos heróicos caballeros castellanos y musulmanes, distrayendo con estas justas y fiestas los acerbos y duros trabajos de la guerra continuada.

Como el hábito forma parte integrante de la vida individual, aquellos esforzados varones necesitaban no dar á su brazo descanso ni dejar adormecer su actividad; y como no siempre habia la oportunidad ni el motivo de las lizas con caballeros cristianos, aunque estos jamás rehuyeron la lucha, idearon medios con qué llenar las exigencias de su vida caballeresca y batalladora. Esto sin duda dió márgen á que recurriesen á las lidias de toros, para las que aprovecharon los antiguos circos romanos que en Mérida, en Córdoba, en Tarragona, en Toledo, en Murviedo,

en Itálica ó Pompeya; en Sevilla y otras poblaciones se alzaban ostentosos, destacándose aún en los tiempos actuales como mudos testigos de la larga dominacion romana.

En la época caballeresca del valor, de la intrepidez y de la abstraccion completa del egoismo individual, es positivamente indudable la en que se halla más base, más fundamentos para atribuirle el origen de ese espectáculo como fiesta que hubiera de ser despues la que se connaturalizara con el pueblo español.

PROGRESOS DE SU AFICION HACIA ESTE ESPECTÁCULO.

Tales debieron ser las impresiones que causaron estas fiestas en sus primeros ensayos en el ánimo de los acérrimos defensores del Corán que pronto se extendieron entre los invasores del suelo hispano, llegando á formar parte favorita en la série de festejos dedicados á sus triunfos ú otorgados á su molicie. Aceptacion tan desmedida hizo descollar entre los moros bastante número de caballeros en el alanceamiento de los toros por su intrepidez y acierto, de cuyos perso-

najes han llegado hasta nosotros el recuerdo de algunos nombres.

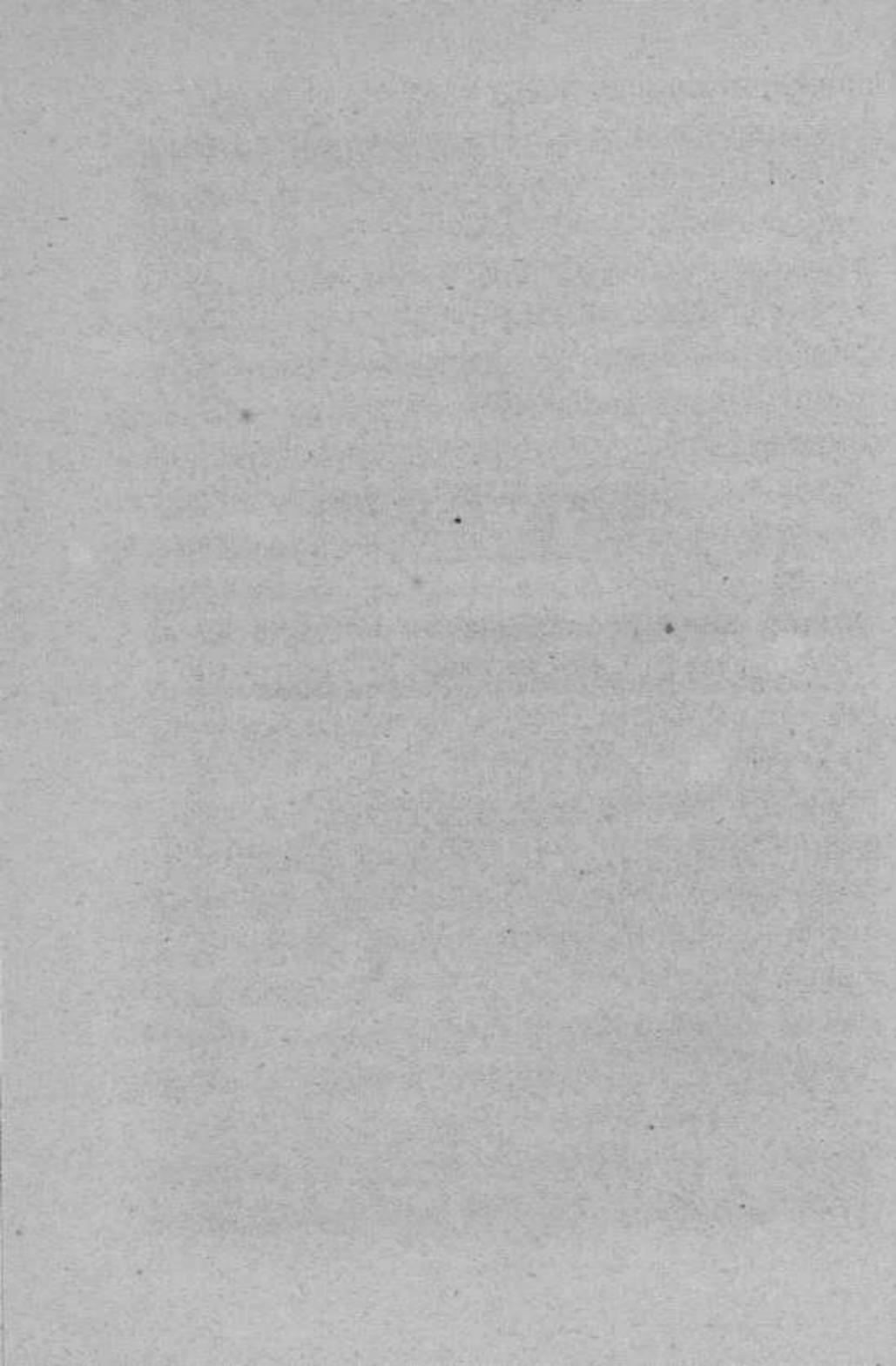
.

En el siglo x no solamente se conocian estas fiestas, sino que gozaban ya de gran aceptacion, si bien presentando el carácter de las novilladas ó corridas de vacas que, en su primitivo estado, son hoy la casi exclusiva diversion de las fiestas dedicadas á los santos patronos en la generalidad de pueblos correspondientes á nuestra Península.

.

Por lo expuesto, venimos á parar casi positivamente en que los caballeros moros fueron los primeros que ensayaron y cimentaron en España las fiestas de toros con particular predileccion, y los defensores de la Cruz los que las aceptaron despues, como veremos en seguida, con noble competencia, dándole inmediatamente el carácter de diversion nacional.





SEGUNDO PERÍODO

Desde mitad próximamente del siglo XI al
año de 1493.

LAS CORRIDAS DE TOROS



Carácter propio del segundo período.

SEGUNDO PERÍODO.

Desde mitad próximamente del siglo XI
al año de 1493.

El Cid Campeador.—Estímulo que éste promueve en los caballeros españoles, y arriesgadas empresas que acometen introduciéndose de incógnito en los palenques de las fiestas de los moros.—Adopción de los toros en las fiestas de los cristianos.—Entusiasmo que despiertan.—Carácter de galantería que adquieren.—Es privativa de la aristocracia esta diversion.—Varias naciones pretenden imitarnos, pero con tanta desgracia, que les es forzoso prohibir terminantemente este espectáculo.—Llega por esto al *summun* en el extranjero el dictado que se las aplica de bárbaras.

EL CID CAMPEADOR.

Cuantos documentos se revisan que tratan de la materia, lo mismo los antiguos que los modernos, están contextes en que el hijo de Lain Calvo, juez supremo de Castilla, ó sea D. Rodrigo Diaz de Vivar, hácia los años de 1040, fué el primer adalid cristiano que dió

muerte á los toros desde el caballo con su potente lanza, compitiendo en valor y destreza con los caballeros musulmanes, á los que sobrepujó en tan alto grado, que produjo la indignacion y despecho de los defensores y satélites de la media luna, y la admiracion, estímulo y entusiasmo del rey Fernando I de Castilla, y de todos los altos y pequeños de sus súbditos y secuaces. ¿Y cómo no? ¿Era posible que el hombre de corazon más grande de cuantos se han conocido, que tuvo la fiera dignidad de no dejar posponer la nacion española á la francesa, tirando el sillón de marfil destinado al representante de ésta para colocar en primer lugar el correspondiente á la nuestra, ante el Papa mismo, autoridad suprema entre las supremas del antiguo régimen, acto inconcebible que le valió ser excomulgado (y absuelto al instante por imposicion del mismo Cid), ¿cómo era posible que no intentara eclipsar el renombre adquirido por los fanáticos adalides del profeta en la lucha de los toros, cuando más latente y más empeñada era aquella emulacion, llevada siempre hasta el delirio, lo mismo en el terreno moral que en el material?

¿Cabe siquiera idear que el terrible batallador cuyas proezas llegaban del uno al otro confin del mundo, y de cuyo personaje ha dicho un célebre poeta contemporáneo, poniendo en boca del mismo esta redondilla:

Por necesidad batallo:
y, una vez puesto en la silla,
se va ensanchando Castilla
delante de mi caballo.

¿Cabe, repetimos, que pudiera permanecer indiferente ante la fama de esforzados que en la lucha con los toros adquirieran los musulmanes, sin intentar hundir en el polvo, con mayor gloria, la conquistada por los enemigos de la Cruz?

No: y por consiguiente, no solamente no negaremos que fuera el Cid (es decir, *Señor* en lengua arábica) el primero de los cristianos en la lidia de los toros, sino que tenemos la firme persuasión de que sólo á él estaba reservado este acto de audacia y serenidad que se le atribuye.

Se da por seguro que en un torneo de los moros que tenía lugar en Madrid por esta época, en que la ya hoy ex-coronada villa estaba en poder de aquéllos, si bien poco

despues fué recuperada por los españoles, el Cid, muy jóven aún, pero cuyo nombre empezaba á llenar de asombro á sus parciales y enemigos por la pujanza de su brazo y por su temeridad, conduciendo de triunfo en triunfo sus huestes y extendiendo los dominios de su rey y emperador Fernando I el Grande ó Magno, sin darse á conocer á los jueces del campo demandó licencia para tomar parte en la fiesta. Aunque con algunos escrúpulos, accedieron á su peticion porque no se atribuyera á temor de parte de los árabes, y tal arrojo demostró y con tanto acierto se condujo, que la más colosal rabia despertó en la turba musulmana, y, á no ser por el temor, se hubieran lanzado sobre el que, en un solo momento, les arrebatava los laureles á tanta costa adquiridos.

Las trompas de la fama dieron bien pronto cuenta de este hecho, que logró mayor preponderancia por lo renombrado del personaje que nos ocupa.

**ESTÍMULO QUE ESTE PROMUEVE EN LOS CABALLEROS ESPAÑOLES, Y
ARRIESGADAS EMPRESAS QUE ACOMETEN INTRODUCIÉNDOSE DE
INCÓGNITO EN LOS PALENQUES DE LAS FIESTAS DE LOS MOROS.**

La sangre goda no podía ni debía permanecer quieta, y los cristianos, excitados por este acto del Cid Campeador, y ganosos de que el nombre castellano no desdijera en lo más mínimo del arrojo y valentía siempre demostrados en las batidas sangrientas que daban á los moros, con su intrepidez y valor habitual, cubierto el rostro con la celada, penetraban, se ingerian, digámoslo así, en los palenques de los musulimes para humillar su altivez con la nobleza y el valor castellano, consiguiendo salir siempre airosos y boyantes en sus arriesgadas empresas; pues su serenidad y valentía, cuando eran conocidos por sus adversarios, les abría camino por do quiera, enardeciendo más y más el encono de los musulmanes al ver tanto atrevimiento.

**ADOPCION DE LOS TOROS EN LAS FIESTAS DE LOS CRISTIANOS.
ENTUSIASMO QUE DESPIERTAN.**

Estos pasos peligrosos, la afición que á causa de los buenos resultados despertaran, las exigencias de la época y la temeridad de

sus enemigos, tenían que excitar á unos y otros, y les excitaron á abrazar con el delirio de la pasión estos actos del esfuerzo, de la agilidad y del valor, y como consecuencia adoptaron los cristianos en sus fiestas los toros, con predilección á todo lo que les era habitual, rayando á tanta altura los españoles, que la competencia con ellos fué en adelante de todo punto imposible.

Los siglos sucesivos vieron brillar las fiestas de toros en todo su áuge y esplendor, pues los reyes, la nobleza y los caballeros eran los primeros en considerarse honrados, alanceando ó rejoneando toros.

Pudiéramos citar muchos de estos casos y un sinnúmero de fiestas dedicadas á todos los acontecimientos régios en multitud de poblaciones de España; pero fuera alterar el plan de laconismo que nos hemos propuesto.

CARÁCTER DE GALANTERÍA QUE ADQUIEREN.—ES PRIVATIVA DE LA ARISTOCRACIA ESTA DIVERSION.

El amor respetuoso para con las damas, en contraposición al mezquino que hoy se tributa al oro ó á la afeminación por los más petulantes jóvenes, era correspondido en los

que más arrojo, serenidad y fortuna demostraban en los campos de batalla, en los desafíos con los moros, ó en la liza de los toros, bien que los galanes correspondian con el desprecio de su vida en cambio de captarse una mirada benévola de aquellas á quienes rendian su corazon. En el lema y en el mote de su escudo ostentaban en compendio la aspiracion de su alma. ¡Oh! qué extraordinaria trasformacion se ha operado en la raza de los Cides! ¡Qué cambio tan incomprendible en los descendientes de aquellas heróicas matronas! Hoy los jóvenes reemplazan la lanza del batallador con el abanico de la coqueta: el esforzado corazon de sus antepasados por el achicamiento de su conciencia. En el dia las damas de alto coturno y de bajo escarpin se asustan del movimiento del testud de un toro; entónces presenciaban, con el valor y la calma propios de heroínas, aquellos rudos combates del hombre con el hombre ó con las fieras, dispuestas siempre á dar el premio ó retirar su cariño al ídolo de sus esperanzas, segun su noble ó menguado proceder.

Hubo muchísimos caballeros que llegaron

á crearse una reputacion de primer órden por su acierto en matar los toros, no sólo á caballo, que era lo general, bien empleando la lanza, bien haciendo uso de la tizona, sino que tambien á pié, aunque esto sólo se acostumbraba cuando desmontado el caballero por muerte ó caída del caballo, ó por haber resultado herido alguno de los pajes de á pié, que siempre le acompañaban en bastante número, ó dejado desprender alguna prenda ú objeto de sus arneses, era de su honor no volver á colocarse sobre el arzon sin dejar tendido en la arena al animal cornúpeto.

En tales casos las espadas jugaban el principal papel, usándose de continuo los mandobles y cintarazos. Cuando tenian lugar estos actos de lucha sin el auxilio del caballo, recibian la denominacion de *empeños de á pié*.

VARIAS NACIONES PRETENDEN IMITARNOS, PERO CON TANTA DESGRACIA, QUE LES ES FORZOSO PROHIBIR TERMINANTEMENTE ESTE ESPECTÁCULO. — LLEGA POR ESTO AL SUMMUN EN EL EXTRANJERO EL DICTADO QUE SE LAS APLICA DE BÁRBARAS.

El furor que despertaron estas fiestas en el pueblo español, llamó la atencion de otras naciones, que estimuladas sin duda por la envidia, pretendieron demostrar que sus co-

razones y agilidad no iban en zaga á los de los españoles; pero tales debieron ser los funestos resultados ó la falta de condiciones en sus habitantes para esta clase de espectáculos, que bien pronto hubo necesidad de acudir á su terminante prohibicion. Ni su agilidad, ni su destreza, ni su serenidad ante el peligro pudo acercarse, ni remotamente, al de los hijos de la indomable España. Díganlo sinó las naciones que tal intentaron, como Flándes, Italia y otras, en el primer tercio del siglo XIII, en que pagaron muchísimos con la vida su afan de imitarnos. Poco tiempo fueron toleradas las funciones tauromáquicas por sus gobiernos, contribuyendo lo referido á revestirlas, sobre todo en el extranjero, de mayor carácter de barbárie y peligro del que en realidad tienen. Y á propósito de esto, aunque la sátira está recargada en demasía, viene á nuestra memoria un chispeante juguete cómico, titulado *En toas partes cuecen habas*, en que un andaluz describe con la gracia que es peculiar á los hijos de la tierra de María Santísima, una corrida de toros en Francia, ejecutada por una cuadrilla de gachós. Y es como sigue:

FRASQUITO.
 «Hombre, esto tiene que vé;
 pues no isen que no es ná,
 caballero! er toreá?

M. PETERS. Vavavá!

FRASQUITO. Ascucha, inglés,
 lo que te voy á contá.
 En París é Fransia una vé
 fueron á hasé, camará,
 una corría, ja! ja!
 pensaron que era jasé
 un tarriyo de pomá.
 Fueron seis toros endinos,
 de aqueyos salamanquinos,
 poique ayá no los habia
 bravo, y se armó la corría
 bal de los sielos ivinos.
 Salieron toitos vestíos
 de flaques, muy presumíos
 (no los toros) los franseses,
 con sus guantes mu pulíos.
 Veasté; guante pa las reses!
 Cuando estaban en la plasa,
 er que jiso cabesera
 los puso á toos en jilera;
 no reirse, que no es guasa,
 que me lo ijo quien lo viera:
 á uno le ijo, mumsiú,
 tú serás mumsiú Piqué;
 tú mumsiú Banderiyé;
 y á otro fué y le ijo, y tú

vas á sé muniú Maté.
 Po señó, sonó á la fin...,
 no creas tú que fué un clarin
 er que tocáron pa er toro;
 pa que fuera con ma ecoro
 tocaron un vigulin.
 Salió er primero, retinto;
 camará, qué laberinto!
 cuanto er toro vió ar fransé
 le embistió, y fué á los quinto
 infiernos muniú Piqué:
 fué ar segundo y lo boicó:
 fué ar tersero y lo majó:
 y la cuadriya asustá,
 á una guariya corrió,
 á qué? á recibí cosná.
 Ayí metió los pitones,
 y á este le abre los carsones,
 á aquer las tripas le pasa,
 y entre saquirris y nones
 se quearon en la plasa
 más é quinientos fardones.
 Toita la gente se fué
 dejando sobre er reondé
 á muniú Piqué roncando,
 con muniú Banderiyé
 y á muniú Maté yorando.

PEPE. Y á los toros los mataron?

FRASQUITO. No, á los toreros sacaron
 con gancho aluego, cabá.

PEPE. Y ar toro?

- FRASQUITO. Ayí lo ejaron,
que ya tiene una torá.
- PITERS. Ah! tou estar, míster torero,
moucho pouquito embustero.
- FRASQUITO. Embustes son, pos que avisen,
y si es embuste, salero...
vaya por los que eyos isen.»

Recomendamos á nuestros lectores este juguete cómico si desean pasar un rato delicioso, pues contiene otras escenas chispeantes en defensa de los toros y ataque á las diversiones peculiares de otros países.



TERCER PERIODO

Desde la expulsion de los moriscos hasta la
caída de la dinastía austriaca.

LAS CORRIDAS DE TOROS



Carácter propio del tercer período.

TERCER PERÍODO.

1493.—1700.

**Desde la expulsion de los moriscos hasta la
dinastía Austriaca.**

Adquieren las corridas de toros puramente el carácter de fiestas cortesanas y una gran boga.—Se abandona paulatinamente la lanza por los rejoncillos.—Notabilidades en la lidia ecuestre.—Breves consideraciones.

**ADQUIEREN LAS CORRIDAS DE TOROS PURAMENTE EL CARÁCTER DE
FIESTAS CORTESANAS Y UNA GRAN BOGA.**

Así trascurrieron aquellos tiempos de interminable lucha con los sarracenos, concluyendo por la emancipacion de los españoles, desde cuya época lo que ántes era un culto al arrojo y al valor ante los enemigos, y caballeresco respeto á la hermosura de las damas, quedó como un tributo de admiracion hácia éstas, y como favorita diversion de la nobleza, señalándose en la liza de los toros

por su valentía, destreza y agilidad, muchísimos caballeros que eran los que cautivaban el corazón de las damas más principales. Y que esta fiesta tenía solo el carácter de caballerosa hacia el siglo XIII lo demuestra hasta la saciedad la prohibición de ocuparse en ella otras clases inferiores, recayendo nota infamante sobre los que por retribución eran protagonistas de estas funciones, según se ve en la 4.^a de las Leyes de Partida.

Corroboraba lo expuesto, el afán que el pueblo español sentía por practicar el ejercicio de esta diversión, siendo forzoso invocar el privilegio en pró de cierta clase recurriendo á las leyes, para que gentes de temple tuviesen que reprimir con honda pena los impulsos de su corazón varonil, permitiéndoseles solamente el triste *papel de ayudas* ó lacayos de plaza y el de desjarretadores.

SE ABANDONA PAULATINAMENTE LA LANZA POR LOS REJONCILLOS.

Por poco que nos detengamos á examinar las transformaciones operadas en las costumbres, hábitos, trajes, gustos, diversiones y todo cuanto es privativo de la humanidad, vemos que guardan constantemente relación

exacta con la tendencia moral, predominante y peculiar de las respectivas épocas propias á cada una de las diferentes nacionalidades.

Manifestada la armonía perfecta habida entre los descritos tiempos del esfuerzo y heroísmo y sus diversiones favoritas, hallaremos idéntica relacion en el cambio paulatino verificado en la historia nacional de este período con el efectuado en la diversion que nos ocupa, más que ninguna otra enlazada con el temperamento de nuestra sociedad.

En en el período anterior se conocen la lanza y la espada, de extraordinario peso y solo manejables por nervudos varones; en el que describimos ahora, empieza por usarse alguna que otra vez el ligero rejoncillo, sigue extendiéndose su adopción y, por último, quedan aquéllas relegadas al olvido, en la generalidad de casos, para ser reemplazadas por éste.

En el reinado de Felipe IV, tan glorioso para las letras como desdichado para las armas, la fiesta de los toros vino á ser reflejo de la inovación operada en su corte, más de ingenio que de entereza y virilidad, sustitui-

yendo por completo á las lanzas que representaban la fortaleza propia de las épocas pasadas y que estaban en carácter con las mismas; los rejoncillos, ya muy conocidos y desde ántes bastante usados, que eran emblema de la destreza y sutil ingenio. Por entonces se introdujeron en la plaza más servidores de á pié, versados en citar los bichos y en distraerles apénas ejecutada cada suerte de rejones, para defensa de los caballeros, por el mayor peligro de estos, y como es natural, les escogian los mismos interesados entre los más avezados y diestros en el capeo de estas reses, contribuyendo así á que bastantes, *per panem lucrandum*, se dedicasen á ello, y la propagasen, para inconscientemente echar las bases del toreo moderno.

NOTABILIDADES EN LA LIDIA ECUESTRE.

Señalar los aristócratas y caballeros que en este largo período de tiempo merecieron la distincion reservada á los notables, fuera imposible de todo punto; pero indicaremos á vuelapluma algunos nombres de los muchos que la fama colocaba en primer lugar.

Lista, por orden alfabético, de los caballeros castellanos dignos de mencion como notables alanceadores y rejoneadores de toros durante la época caballerisca.

REYES.

Cárlos V.
Felipe IV (1).

DUQUES.

De Bonifaz.
De Biaño.
De Cantillana.
De Maqueda.
De Medina-Sidonia.
De Ozeta.
De Sástago.
De Zárate.

MARQUESES.

De Mondéjar.

CONDES.

De Buelna.
De Tendilla.
De Villamediana.

(1) En Portugal se distinguió como rejoneador su rey D. Sebastian.

CABALLEROS.

Camarasa.

Canal (D. Bernardo).

Cea.

Gallo (D. Gregorio). Inventó la mona que se usa para reservar la pierna á los picadores.

Chacon (D. Juan).

De Lara (D. Manrique).

De Olazo (D. Jerónimo).

Pueyo.

De Pizarro (D. Fernando), conquistador del Perú.

De la Peña (D. Luis).

Ramirez de Haro (D. Diego).

Rivadavia.

Suazo.

Velada.

Villamor.

BREVES CONSIDERACIONES.

Cuando la casa de Austria estaba señalada por el dedo de la Providencia ó del destino para terminar con un rey imbécil su mision en el trono de San Fernando; cuando la teocracia habia trastornado la débil inteligencia

El soberano que recurrió al conjuro de los frailes para que terminaran sus hechizos, pretendiendo sacarle endriagos de su mortificado cuerpo, es de notar que la corte vivía entregada á las fiestas de los toros, y que los cortesanos se disputaban la honra de ser los primeros en el palenque de estas diversiones, habiendo un verdadero delirio por aquellas lujosas fiestas, casi vedadas por completo al pueblo y á las clases desheredadas.

Si Cárlos II *El Hechizado*, en vez de absorber sus sentidos con el fanático delirio de la clerecía; si el enfermizo rey de cuerpo y de inteligencia, bajo cuya férula dependían los vastos Estados españoles, hubiese seguido á su corte en la desmedida afición que sentía por los toros, reemplazando el rosario y el cilicio por la espada ó la lanza y el rejoncillo, es casi positivo que el escándalo que consigna en negros caracteres la historia de este desgraciado monarca se hubiera trocado por páginas gloriosas de triunfos y conquistas, en vez de serlo de desmembraciones del poderío hispano y de desdichas, á pesar de la série de ligas infaustas que con otras naciones ajustara.

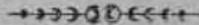
No basta que una nacion se componga de gentes de ánimo esforzado y varonil si el jefe del Estado, con sus desaciertos é imprudentes y poco atinadas medidas, que vienen á caer de rechazo sobre sus secuaces, imposibilita el desarrollo y manifestacion adecuada á condiciones tan relevantes.

Decrépita y débil la dinastía Austriaca, parecia comunicar su parosismo á toda la sociedad española, no porque faltase á esta virilidad, pero sí porque carecia de acertado impulso, de iniciativa del soberano. Los nobles que constituian su corte demostraban en su entusiasmo por los toros su actitud para la lucha, que á estar mejor conducidos por los entónces prepotentes sayones y magnates de la Iglesia, hubieran extendido los límites de nuestros dominios en los Países Bajos y no se hubiera consumado la pérdida de Flandes primero, el Franco Condado y tantas ciudades importantes despues, y por último las derrotas que sufrimos en Italia, en Francia y hasta en Cataluña se vieran sustituidas por victorias. Pero estos reveses y esta decadencia no viene ni cumple á demostrar nada, absolutamente nada, en contra de

las inclinaciones taurinas que sentian, pues los mismos con los mismos hábitos, poco más tarde recababan con Felipe V y sin ligas vergonzosas, contra ligas infandas, todo lo perdido, extendiendo la influencia de sus conquistas á Italia, Portugal y otros reinos, triunfos que no habrian cesado sin la espantosa guerra civil en el suelo hispano á que dió lugar el afan de entronizar uno por otro tirano, que el pueblo infeliz lucha siempre obcecado por reemplazar una con otra cadena, sin que acierte jamás á romper de una vez los eslabones que las constituyen.

La boga de la aficion cortesana hácia esta clase de fiestas por este período de la decadencia visible y desaparicion de la dinastía Austriaca, tiene bastante analogía con el furor tauromáquico despertado en fin del siglo pasado, período tambien de abatimiento; pero aquella boga y este furor dieron lugar á dos grandes epopeyas: las reconquistas de Felipe V entónces, y en tiempo de nuestros abuelos la santa guerra de nuestra Independencia, ambas sin duda efecto y consecuencia de la virilidad y nacionalismo, sosteniendo á impulsos de esta diversion favorita, es-

pecie de compensador del pueblo cuando en las capas altas decaen visiblemente el patriotismo y la energía, pues las condiciones vitales y costumbres de un pueblo no varían como las de una clase, ni ménos en un período de tiempo tan corto como es el de dos ó tres quinquenios en la vida político-social.



CUARTO PERÍODO

1700 à 1750.

LAS CORRIDAS DE TOROS



Carácter propio del cuarto período.

TRANSFORMACION DEL TOREO.

CUARTO PERÍODO.

1700 á 1750.

Entronizamiento de la dinastía de los Borbones en España; abandono de los toros por las clases elevadas y participacion que toman en ellas todas las demas.—El toreo revistiendo el carácter de arte.—Familia de los Romeros.—Francisco Romero, de Ronda, primer espada á la usanza moderna. — Introducción del estoque y muleta en la suerte de matar los toros.—Juan Palomo.—Pedro Palomo.—El Africano, y otros.

**ENTRONIZAMIENTO DE LA DINASTÍA DE LOS BORBONES EN ESPAÑA;
ABANDONO DE LOS TOROS POR LAS CLASES ELEVADAS, Y PARTICIPACION QUE TOMAN EN ELLOS TODAS LAS DEMAS.**

Las fiestas taurinas puede decirse que tomaron carácter completamente distinto desde que tuvo lugar la exaltacion al trono español de Felipe V. La lidia empezó á desplegar poco á poco ciertos recursos desconocidos has-

ta entónces; comenzó á sentirse en diferentes escalas sociales, dando un paso innovador é importantísimo; pues lo que ántes era una fiesta de la nobleza, llegó á convertirse despues en espectáculo esplotable y axequible á todos; y, como acontece en la moda caprichosa, que cuando se generaliza ó pasa á ser patrimonio de todas las clases, los que primero la han ostentado la vuelven la espalda, adoptando otra moda distinta, sucedió lo mismo respecto de los toros.

Esta diversion empezó á ser acariciada por todos los nobles arranques del corazon español, porque veia en ella el valor puesto á prueba; la serenidad y el arrojo en el peligro; la destreza llevada á su mayor extremo; las sensaciones llenando un corazon extraordinario; la satisfaccion al notar recompensados con los aplausos de los espectadores los esfuerzos de los que sobresalian de la generalidad; la virilidad, en fin, ejerciendo con la inteligencia las potencias de su predominio; y es natural que le profesara una decidida aficion, llegando á rayar en el delirio, pues á pesar de tanto como se ha anatematizado y de haberla acriminado de la manera más ruda, se

sobrepone al tiempo, á las infamaciones, á los vituperios, á todo, y no hay español que no considere un dia feliz un dia de toros, si posee una peseta con que poderse facilitar una entrada y tender una mirada al redondel.

Lo que hasta los años de 1700, en que tuvo lugar la sustitucion de la dinastía Austriaca por la Borbónica, habia estado encerrado en el círculo estrecho de una clase elevada y valiente, impulsada por un móvil pundonoroso y de galantería, como queda probado en la época sucesiva de triunfos y conquistas continuados primero, y de guerras intestinas sobre el mayor ó menor derecho á nuestra dominacion entre Felipe V y Cárlos III, con varia suerte en los trances de las armas despues, esta fiesta de los toros llegó á extender sus ramificaciones á todas las demas clases, atentas al lucro que ofrecia la general aficion, dejando de ser ya la nobleza una parte activa, para verse reemplazada por individuos pertenecientes al estado medio y del cuarto estado, como ahora se dice, quedando relegados al papel de pasivos aquellos valientes caballeros que, ante la *fermosura* de una bella, rendian su corazon y se

exponían al peligro con la serenidad y galantería de nuestra raza.

Mas no se crea pretendemos afirmar con lo expuesto que jamás volvió á tomar parte directa la nobleza, ó que su corazon hubiese menguado de tal modo que no permitiera á sus individuos atreverse en lo sucesivo á ejecutar lo que tanto gustó y tan bien realizaron sus antepasados, ni pudiéramos intentarlo siquiera, sabiendo que en circunstancias extraordinarias, como eran entónces los natalicios de los príncipes, los enlaces de personas régias, sus viajes y sus aniversarios, en Madrid, en Zaragoza, en Sevilla y otros puntos tuvieron lugar festividades renombradas de este género, en que desempeñaban los caballeros alanceadores el principal papel, si bien no se desdeñaban ya en alternar con gente del pueblo que desjarretaban toros en tropel, con cuadrillas de capeadores que ejecutaban quiebros, recortes, saltos, etc., y ponían parches ó rehiletos, picando algunos llamados varilargueros, á caballo unas veces y otras á pié firme ó apoyando la lanza contra el suelo, y áun en ciertos casos se avivaba la intrepidez de la muchedumbre excitando

su avaricia con monedas de oro pendientes en bolsitas de las astas de los toros, y se jugaban cabezas y combinaciones varias.

Este era el aspecto general de las corridas que podemos llamar reales y casi idéntico en las ordinarias, excepto en que no tomaban parte los caballeros, en el lujo desplegado en aquéllas y en la supresion de alguno de los varios juegos. Cuando cierta gente intrépida, sobre todo de Andalucía, Navarra y Provincias Vascas, creyó poderse ganar la subsistencia con esta profesion, se juntó en cuadrillas abigarradas para hacer la vida errantè y nómada de los titiriteros y gitanos, recorriendo capitales de provincia, pueblos de más ó ménos categoría y hasta aldeas, y dando corridas formales, novilladas ó corridas de vacas, y hasta algunas verificaron escursiones á Italia y Francia. Muchos que con su escasa inteligencia no pudieron alcanzar los requisitos precisos para la lidia, lo fiaron todo al corazón, dando lugar á la barbárie de los *pegadores*, que mezclaban lo ridículo y grotesco con lo bárbaro, y unas veces en cuadrillas aisladas y otras alternando con las de toreros de agilidad, ejecutaban sus funciones, muy

concurridas, haciendo repugnante este espectáculo, que daba así lugar á víctimas sin cuento entre los indios y perdidos que de tal manera menospreciaban su vida.

La repugnancia que en las personas humanitarias y de sano criterio produjo semejante série de insensateces, y la aversion del rey Felipe V, trasmitida á los cortesanos que le rodeaban, hubieran dado al traste con estas varoniles fiestas, sin la gran aficion despertada en general, y si las maestranzas de Aragon y de Andalucía no se hubiesen erigido en salvaguardias y fieles sostenedores de la tradicion taurina, llevando á cabo grandes sacrificios y recabando con su influencia y autoridad concesiones de los reyes, en pró y con el fin loable de conservar el esplendor posible de las mismas, alentando y estimulando en ciertos casos extraordinarios á los caballeros para la lidia aristocrática y recompensando, atendiendo é impulsando en todos á los toreros de oficio más distinguidos por sus dotes y disposicion para el toreo habitual de aquel tiempo, y, sobre todo, guiados del propósito filantrópico de mitigar con sus productos muchas penas de la humanidad dolien-

te. Las cofradías y asociaciones de los diversos gremios contribuyeron, y no poco, á sustentar esta diversion, dando periódicamente funciones, por lo general de año en año, con fines benéficos hácia su asociacion; y hoy mismo en toda Andalucía está en vigor esta costumbre, que es sin disputa una de las que más contribuyen á revelar en ciertos jóvenes las disposiciones que poseen para el toreo, que utilizan despues dedicándose á la profesion de lidiadores.

En suma, el toreo aristocrático dejaba esparrir de cuando en cuando sus últimos brillantes resplandores, como los de una luz que se apaga, para iluminar los fundamentos del toreo á pié, ó moderno.

Nosotros hallamos que todas las innovaciones en la vida de los pueblos tienen su razon de ser; y creemos encontrar la causa de lo que acabamos de reseñar, en que empezaron á reemplazarse en seguida por la gente cortesana nuestras costumbres puras y propias con las exóticas y afeminadas de la nacion francesa, sustituyendo á los torneos los salones palaciegos, á los trajes propios de guerreros, aunque no se dió tregua á la lu-

cha, las chupas á lo Felipe V, y á las lanzas y tizonas de combate el espadin de los cortesanos.

Generalmente se dice: «á año nuevo vida nueva,» y nosotros debemos decir, parodiando ese adagio: «á nueva dinastía nuevas costumbres;» y así sucedió con la dinastía extranjera de los Borbones.

.

Descrito el origen de las funciones de toros; apuntadas las innovaciones que gradualmente y con el trascurso del tiempo se operaron hasta principiar el siglo XVIII; señalados los caracteres de oportunidad, de competencia y de galantería que han revestido, sólo nos resta entrar de lleno en la descripción del toreo tal y como se conoce en nuestros dias, en la exposicion del toreo como arte especulativo.

Insistir más sobre la fisiología de la lidia en las épocas referidas, extender más nuestro trabajo sobre este particular, con el fin de prestarle la galanura de que carece, lo consideramos impertinente é impropio de la índole de este bosquejo, máxime cuando consideramos cumplido el objeto que nos hemos

propuesto, de que, con los apuntes que dejamos reseñados, nadie pueda ignorar los diversos modos conocidos hasta esa época de dar muerte á los toros, ya empleando la lanza del guerrero, ya el simple rejoncillo, inventado expresamente para ese objeto, ya recurriendo á los mandobles y cintarazos de espadas tajantes y pesadas, con desconcierto general, semejante al que producía la caza de un jabalí en un campamento á la usanza antigua, ó ya valiéndose, por no haber caballeros en plaza, fuese por muerte, herida ó temor, de enormes lanzones, con los que los desjarretaban de cualquiera manera y por cualquier parte, ó de medias lunas, como actualmente se practica en casos excepcionales.

Ahora nos queda conocer el toreo en la primera etapa del carácter moderno; es decir: el toreo trocado en arte, sus épocas de prosperidad, las vicisitudes por que ha atravesado, los escalones que ha recorrido, sus importantes innovaciones, los hombres que lo han ilustrado, todo, en fin, lo que tiene relación más ó menos directa con este arte.

Nuestro propósito de aquí en adelante se

concretará á esto, procurando armonizar la claridad con el laconismo, la exposicion de todo con la brevedad, y la ruda censura con la imparcialidad más estricta.

EL TOREO REVISTIENDO EL CARÁCTER DE ARTE.

Desde el instante mismo en que el hombre estudia la naturaleza y la compara ; desde el momento que examina sus condiciones y se las explica, y de sus deducciones asienta otras, se desprende el origen de la ciencia ó del arte.

Hace siglo y medio próximamente que un hijo del pueblo, y artesano, comprendió con su claro discernimiento que de lo que hasta entónces se habia considerado como un pasatiempo ó un palenque de medir al acaso las fuerzas y el arrojó, podia desprenderse un arte de reglas fijas, y creó el arte tauromáquico; arte que despues se ha elevado á una gran perfeccion.

Hermanó el genio con la observacion, la intrepidez con la prudencia, la inminencia del peligro con los medios de evitarlo, y lo que ántes se debia al acaso se convirtió desde

entónces en preceptos fijos, en invariables reglas que constituyeron un arte.

Llevadas á la práctica sus observaciones, surtieron un efecto asombroso. La precision con que la inteligencia consiguió burlar la fiereza de los toros por reglas fijas, hizo que este arte se asentase y progresara rápidamente. Y aquí tenemos ya al toreo tomando una nueva faz, que no podia ménos de llamar la atencion, como en efecto empezó á llamarla y sigue llamándola actualmente.

FAMILIA DE LOS ROMEROS.

Hasta pocos años hace se consideraba casi sin ningun género de duda que Francisco Romero de Ronda, primero de esta familia que empezó á figurar en la lidia, fué quien ideó é introdujo el estoque en la muerte de los toros por los diestros de á pié; pero desentrañando legajos de antiguos archivos y revolviendo empolvados crónicones, se han encontrado documentos que ponen en duda aquella creencia. Por ellos deducen algunos que esa gloria pertenece á dos hermanos, descendientes de Sevilla, llamados los *Palomos*, en celebridad de los dias del rey Fer-

nando VI en 1748; mataron en la plaza de dicha capital dos bichos con grande acierto, Juan esperando la embestida del primer toro y Pedro lanzándose sobre el segundo.

Sin embargo, de las afirmaciones de los que apoyan esta creencia, nosotros nos inclinamos más á sostener la contraria, siendo de parecer que los Palomos pusieron en juego esta suerte en las poblaciones de la comarca sevillana, casi á la vez de que Francisco Romero la ideara y empezara á ejecutarla en Ronda y las poblaciones limítrofes; pero lo que no deja lugar á la duda, es que á Romero se deben las corridas formales de toros de muerte, que remplazaron á las que entónces en general tenían el carácter de novilladas.

De todos modos, éste y aquéllos merecen bien de los aficionados.

Pero sin que nuestro ánimo sea impugnar ninguna de las creencias habidas, ni sostener el pró y el contra que asiste á sus defensores é impugnadores respectivos, decimos que, aunque las apreciaciones que acabamos de hacer fuesen erronéas, no por esto dejarán de ser en realidad los que echaron las bases al

arte taurino, en primer lugar Francisco Romero, y en segundo Costillares, que crearon las dos escuelas Rondeña y Sevillana, porque la adopción del estoque sin el empleo de la muleta no habría conducido más que á la temeridad del arrojo; pero con la introducción de la muleta por Francisco Romero se dió lugar á reglas de defensa é ingenio que se pusieron en práctica y que bien pronto Costillares amplió hasta la variedad sin límites.

Además de considerar como primer espada al que empleó el estoque el primero, no puede concederse esta gloria á los Palomos, sino al abuelo materno del célebre poeta D. Nicolás Fernández Moratín, que de una estocada en los rubios dió la muerte á un toro ántes de 1700.

Así es que nosotros, que partimos de aquel supuesto, consideramos á Francisco Romero como el que dió origen y cimiento al arte taurino y como primer matador de toros al uso moderno, y la creencia general lo juzga de igual manera.

Después de hechas estas salvedades, con la ligereza propia de nuestro propósito de abreviar todo lo posible este trabajo, huyendo

de los circunloquios y adornos retóricos que reclama la galanura de las obras literarias ó pretenciosas, entremos á ocuparnos del epígrafe de este capítulo, ó sea de *la familia de los Romeros de Ronda*.

Cabe á esta familia la honra de haber contribuido con su arrojo y habilidad á que las fiestas de los toros tomasen un carácter tan distinto del que anteriormente entrañaban, pues á ella se debe el que en adelante constituyesen un verdadero y progresivo arte.

Francisco Romero, de Ronda, primer matador de toros á la usanza moderna; Juan, su hijo, espada notable que organizó los picadores, capeadores y banderilleros; Pedro, José y Antonio, hijos de éste y nietos de aquél, notablemente aventajados en la lidia y en la suerte de estoquear, fueron de los primeros matadores de toros á pié y los que, valiéndose del estoque y de la muleta, señalaron un nuevo camino, con aplauso general, y en el que avanzaron muchísimo; y á no ser por haberseles interpuesto el genio taurino de Costillares, esa lumbrera de los toreros que con sus brillantes resplandores vino á amenguar de cierto modo la fama de los Romeros, es in-

dudable que éstos ocuparían la página más gloriosa en el recuerdo de los amantes del toreo de las pasadas, presentes y futuras generaciones.

Meditando con la calma de hombres racionales, inspirándonos mejor en la cabeza que aconseja que del corazón que siente, fuerza es confesar, paladinamente, que el que se hizo acreedor á ocupar, y en realidad merece el primer puesto y mayor admiración en el arte del toreo, es el jefe de esta familia que nos ocupa, Francisco Romero, porque fué el que ideó y llevó á cabo esta transformación en las fiestas de los toros, estableciendo reglas para la lidia de á pié y la muerte del bicho por medio del estoque, siendo evidente que los autores ó inventores de una cosa han de colocarse en más preferente lugar que los reformadores ó los que introducen después convenientes modificaciones.

Todo se debe al principio: el rayo de luz de una concepción da después fácil acceso á los que han visto sus resplandores para irse acercando más y más á la perfección.

Sin Francisco Romero es casi positivo que no hubiéramos conocido á Costillares, como

sin Colon á Hernan-Cortés y Pizarro, y sin D'Alembert la universalidad de los conocimientos humanos.

Y aunque esto es lo lógico, y siempre á los descubridores de algo grande se les rodea de cierta aureola superior á la que pueden adquirir los que siguen con acierto la senda por aquéllos trazada, ha sucedido todo lo contrario con relacion al primer espada, tomando esta frase en la acepcion que hoy se le da, que ha sido eclipsado por los Costillares, Pepe-Hillo, Montes y demas afortunados innovadores.

Nosotros, los amantes del toreo, debemos hacer justicia y tributar, como tributamos, el alto elogio que se merece al que dió norma y dechado para las corridas de toros, tal como se conocen en la actualidad, y que echó los cimientos del arte del toreo, que tanto ha progresado hasta el presente.

No olvidamos tampoco en este tributo de nuestra admiracion á su hijo Juan, que ademas de seguir y perfeccionar lo que su antecesor ideara y aplicara, lo completó agregando para su mayor esplendor lo que se conoce con el nombre de cuadrilla de á pié y á caba-

llo á las órdenes de un jefe, el primer espada (1), ni nos olvidamos de sus nietos que propagaron y acreditaron el arte tau-rino.

Y una vez que hemos rendido el tributo que se merece al primer matador de toros Francisco Romero, y á sus descendientes que le siguieron con aplauso general en tan difícil como expuesto arte, creemos de este lugar y de nuestro deber bosquejar á vuelapluma una breve reseña histórica del toreo moderno, sus progresos, prosperidades, vicisitudes y lidiadores notables, terminando con una lista, lo más completa posible, de todos los espadas conocidos.

(1) Hasta Juan Romero ninguno de los toreros de la clase que fuese reconocia como superior á otro, y las corporaciones encargadas de preparar estas fiestas se veian precisadas á buscar y tratar uno por uno con cuantos hubiesen de tomar parte en ellas, faltando por ende la organizacion y armonías necesarias.

RÁPIDA OJEADA SOBRE LA HISTORIA DEL TOREO, DESDE FRANCISCO ROMERO, DE RONDA, PRIMER ESPADA CONOCIDO, HASTA NUESTROS DIAS.

FRANCISCO ROMERO, DE RONDA.

En un lugar de Andalucía — de cuyo nombre no juzgamos prudente hacer lo que Cervantes con la patria de D. Quijote — denominado Ronda, y á principios del siglo pasado, tuvo lugar el natalicio del diestro fundador de la tauromaquia, revistiendo las formas de la usanza moderna.

Francisco Romero, que es el personaje de que tratamos, abrió los ojos por primera vez á la luz en el rico oasis de la España, en la risueña y alegre comarca andaluza, país trocado en paraíso por el encanto que le prestan las fascinadoras hijas del Bétis.

Por temperamento é inclinacion se le vió en sus primeros años revelar en los juegos propios de su edad cierta propension á todo lo que exigia arrojo á la par que agilidad y sutileza de ingenio, empezando por entretenerse con sus pequeños camaradas en parodiar corridas de este género demostrando predileccion marcada en burlar los carneros

cuando iban á embestir, continuando con decision tan extremada en el capeo de terneros, vacas y novillos, y adelantando de un modo tan extraordinario, que logró fijaran en él la atencion primero, y le admiraran en seguida muchos al ver que en sus cortos años ejecutaba suertes más nuevas y brillantes que las de los capeadores conocidos.

Los aplausos debieron despertar en él más y más la aficion, hasta que llegaron á engreirle por completo; y tirando las hormas y lesnas del zapatero, se entregó de lleno al estudio y práctica del toreo, ideando pases y quites que ejecutaba, suertes variadas que repetia y observando con ojo avizor todo, para ver de sacar enseñanzas provechosas.

Los adelantos que se le veian hacer llenaron de júbilo á los protectores (1) que le empujaban en esa senda, ora ayudándole con recursos para que pudiera lucir su destreza, ora facilitándole reses de poca potencia en atencion á los cortos años que contaba; y esa proteccion que le alentaba al estudio, la admiracion que empezó á producir á sus con-

(1) Los caballeros de la Maestranza de Ronda.

vecinos, el renombre que en todos los contornos adquirió y los aplausos que se sucedían á cada suerte, le animaban más y más en su difícil empeño y en el nuevo camino que se presentaba á su genio y perspicacia.

Más entrado en años, y dedicado expresamente al toreo de las reses boyantes y bravas, asentó su reputación en escala mayor, llegando á ser considerado como el *non plus ultra* de los capeadores en Ronda y sus cercanías.

INTRODUCCION DEL ESTOQUE Y MULETA EN LA SUERTE DE MATAR LOS TOROS.

Cuando ya estuvo seguro de su predominio sobre las reses, ideó la suerte de matar, y después de varios ensayos con feliz éxito, se decidió á dar una corrida pública, para ejecutar sus habilidades y echar el sello á su reputación, ofreciéndose á dar muerte á los toros sin más defensa que el estoque y la muleta. Sus protectores, de lo más principal de Ronda, acogieron bien el pensamiento y pagaron todo lo necesario para que tuviese lugar el espectáculo, y excusado es decir la polvareda que tan sorprendente anuncio le-

vantaria, pues si se hubiera contado entónces, como en la actualidad, con medios de locomocion y trasmision tan adelantados, es indudable que este acontecimiento hubiese llenado el mundo y hecho acudir á esta extraordinaria funcion media España, á pesar de tener lugar en una poblacion que carecia de la importancia de las primeras.

Llegó el dia anhelado, y los vecinos de Ronda y los de los pueblos comarcanos se apiñaron en torno del redondel.

La admiracion y el temor se hallaban grabados en el rostro de los espectadores al contemplar ante la fiereza de un toro la debilidad del hombre; pero cuánta satisfaccion rebosó en los corazones al ver terminada la fiesta sin ninguna contrariedad, y que la inteligencia era la vencedora en la lucha con la fuerza y la agilidad.

Este feliz resultado alentó más y más á protectores y protegido, y, repitiéndose estas funciones con igual suerte, es natural que Romero avanzase con paso firme y que la aficion á las corridas de toros se despertara cada vez más en España.

Y sin embargo del fomento de este espec-

táculo y de los progresos palpables realizados por aquél de día en día, ¿cómo negar que el arte del toreo se hallaba aún en mantillas, y que ni la muleta servía para trastear como hoy se hace á los toros, sino solamente para que éstos embistiesen, ni se mataba más que de una manera, *recibiendo*—que dicho sea de paso es la más peligrosa y de lucimiento—por más que se cita alguno que otro caso de haberlo verificado en forma parecida á la de *volapiés*, ni se conocían apénas las suertes de parear rehiletes por los banderilleros, ni en realidad habia los segundos espadas, ni los medios espadas, haciéndose monótona esta función, pues casi estaba reducida á experimentar la destreza y serenidad de un solo individuo? No; y lo propio acontece á todas las concepciones humanas; que si bien la perfectibilidad no la adquieren nunca, su progresión hácia ésta avanza paulatinamente con el tiempo.

JUAN PALOMO.

Hemos dicho que las maestranzas fueron el último baluarte del toreo ecuestre aristocrático, sirviendo á la par de protectoras del arte tauromáquico que se iniciaba. Entre

aquéllas una de las que indudablemente más se distinguia en esta proteccion era la Sevillana.

Dependiente de la misma se encontraba, como mozo mayor de cuadra, Juan Palomo, natural de Sevilla, con condiciones notables para la lidia de á pié, que no solamente no fueron coartadas por sus jefes, sino que, al contrario, las vió celebradas é impulsadas por los mismos. Dedicándose con ahinco á la práctica del toreo, consiguió hacer grandes progresos en el engaño, pases, cuarteos, etc., que una vez aprendidos por su hermano Pedro, aceptaron esta profesion como propia de sus inclinaciones, uniéndose con otros toreros.

Para nosotros es indudable que por entónces empezarian á difundirse, con la lentitud y limitacion propias de aquella época en que para emprender cualquier viaje preciso era de cajon hacer testamento, las hazañas de Francisco Romero.

Juan Palomo, que poseia grandes conocimientos taurinos y no le faltaba corazon, al tener conocimiento de ellas no vacilaria un momento en practicar, con feliz éxito, así como su hermano; pero como es de suponer

que la descripción percibida por ellos no fuese la completamente precisa, vemos que deja de emplear la muleta que es el alma de este arte, y usa para citar al toro el sombrero de anchas alas.

Indudablemente al ver practicar esta suerte extraña, de la que la generalidad no tendría conocimiento ni de oídas, la atención hubo de excitarse en la parte SE. de Andalucía que recorrian los dos hermanos, y las principales poblaciones tuvieron pronto curiosidad por verla, y prepararon con ese objeto y el de celebrar sus festividades, funciones que se llevaron á cabo entre la estupefacción y contentamiento generales.

Pocas más noticias pueden darse de este lidiador, cuya biografía, como la de la mayoría de los toreros contemporáneos suyos, tienen velada en su mayor parte las sombras de los tiempos.

PEDRO PALOMO.

Hermano del anterior y descendiente también de Sevilla, fué considerado y distinguido por sus coetáneos. Su vida taurina guardaba gran relación de identidad con la de Juan

Palomo, segun han podido deducir los lectores, con el que formaba compañía y le seguia á todas partes.

EL AFRICANO, ó MANUEL BELLON.

Oriundo de Sevilla, aunque de comerciantes nómalas, adquirió el apodo de *El Africano* por haber vivido bastante tiempo en Orán, dedicado á negocios de provisiones, viéndose forzado á volver á España porque se le atribuia la muerte dada á un baratero de los moros. El capeo de las reses lo aprendió entre estos á la perfeccion.

De vuelta á su país, aunque gozaba de una posicion regular, tomaba parte en las corridas que tenian lugar en casos extraordinarios y poblaciones no muy distantes de su habitual residencia en Sevilla.

La suerte de matar con el estoque la aprendió de los Palomos, empleando para el cite de los toros el capote que le servia para el capeo, rodeado á la mano izquierda, en vez del sombrero de anchas alas.

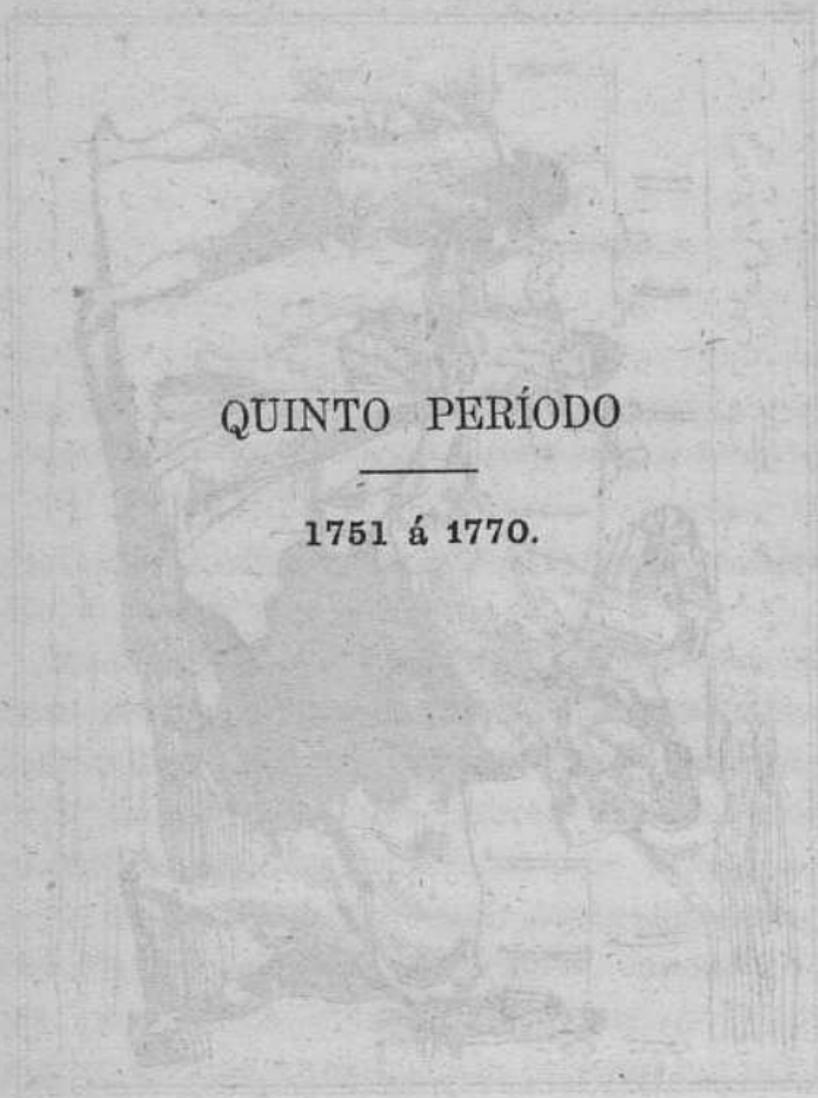
Fué muy notable, tanto que, sin duda debido al renombre que dejó, muchos le han

atribuido la primacia del estoque para dar muerte á los toros.

.
Juan Estelles, Pascual Zاراcondegui, José Legurregui (El Pamplonés) *Anton Martinez* y otros, descendientes unos del Norte de España y otros del Mediodía, alternaban con los anteriores y gozaban de una reputacion bastante señalada por esta época, en que recorrian la mayor parte de las poblaciones de más ó ménos importancia de la Península, tomando parte en toda clase de novilladas, diérase ó no muerte á alguno ó algunos de los bichos con rejoncillo ó estoque, dependiendo de esta profesion su *modus vivendi*.

Algunos otros habian conseguido por entónces tambien que sus nombres corriesen de boca en boca por su mérito, tanto mayor cuanto se debia más á su aficion que á su afan de lucro, y eran:

Godoy, extremeño (que lidiaba sin retribucion alguna); *Potra*, el de Talavera; el *fraile de Pinto*, el del Rastro, y el estudiante *Falces* como capeador.



QUINTO PERÍODO

1751 á 1770.

ESTR. NACIONAL DE HISTORIA

LAS CORRIDAS DE TOROS



Carácter propio del quinto periodo.

QUINTO PERÍODO.

1751 á 1770.

Organizacion de picadores, chulos, banderilleros y segundos espadas en las corridas de toros.—Juan Romero, de Ronda.—Miguel Galvez.—Martincho y otros.

ORGANIZACION DE PICADORES, CHULOS, BANDERILLEROS Y SEGUNDOS ESPADAS EN LAS CORRIDAS DE TOROS.

Hemos apuntado en la rápida biografía de Francisco Romero la monotonía de estas fiestas por que carecian de la animacion y variedad que les prestan los diferentes elementos constitutivos bien organizados de una cuadrilla de toreros, como son: segundos espadas, medios espadas, picadores, banderilleros, capeadores, chulos y cachetero; y este cuadro de vida que exigia la especial textura de este espectáculo, esta innovacion importantísima estaba reservada á su hijo Juan, que emprendió la misma profesion de su pa-

dre, y le sucedió cuando la edad no en balde hace conocer sus terribles efectos.

Con la organizacion de los picadores, transformacion vulgar del alanceamiento de toros por los nobles, y con las cuadrillas de capeadores, de arponeros ó de rehilteros (1), de parcheros (2) y de segundos espadas, estas

(1) Tomaban estos nombres porque llamaban arpones ó rehiletos á las banderillas. Por entónces era muy raro el poner dos banderillas á la vez, siendo general colocar una á la carrera, siguiendo la del toro, llevando en el brazo izquierdo el capote.

(2) En la actualidad se ha desterrado por completo la bonita y difícil suerte de poner parches á los toros, sin que podamos explicarnos el por qué, quitando así variedad á esta diversion, que necesita de toda cuanta sea posible darle. El parche es un trozo de tela impregnado de trementina ó algo parecido, para que pueda quedar pegado á la piel del toro.

Hay posibilidad de aplicar dos parches á la vez; pero lo más general es poner ó pegar uno solo, ora en la frente, ora sobre la nariz, ora en el hocico del vicho. Hay varias maneras de ponerlos: á media vuelta, al cuarteo, al sesgo ó al recorte.

Y lo mismo que dejamos indicado sobre el abandono de la *suerte de parchear*, debemos decir de la de *rejoncillos*, que tambien es lástima esté abando-

fiestas viriles y nacionales tomaron el magnífico aspecto que hoy presentan, excepto en el lujo de los trajes. Estos se reducían en un principio á una larga red en la cabeza, pendiente á la espalda, como era general entónces; camisa agarrutada de cuello alto; colete de ante, un poco largo y muy ceñido, abrochado por la espalda y sujeto á la cintura con una correa de ancha hebilla á la parte de delante; mangas de terciopelo negro fuertemente acolchadas, partiendo de debajo del chaleco, y la camisa vuelta sobre la bocamanga; calzon hasta la rodilla, tambien de ante, sumamente ajustado y de los que se cierran con botones á los costados, terminando en unas cintas que se atan sobre la parte alta de la pantorrilla; medias blancas y zapatos con hebilla (1).

nada. Aplicando cuanto se conoce referente al arte á estas funciones, se harian ménos monótonas.

(1) Las maestranzas solían regalar las prendas principales del traje. La de Sevilla daba á los sobresalientes y picadores chaquetilla de grana, á los peones auxiliares justillos, y á los espadas colete y calzon de ante, correon de baqueta con hebilla de plata y mangas acolchadas de terciopelo.

Chocará á los lectores la adopción de un traje tan incómodo y tan contrario á lo que requiere la agilidad y soltura de las extremidades, y sin embargo tuvieron presente ciertos fundamentos para escogerle. Era preciso gran precaución para una suerte tan nueva y de tales inconvenientes, y por esta razón combinaron lo mejor posible estas prendas para que resistiesen mucho á las cornadas, impidiendo cuanto fuese dable á la vez el no entorpecer los movimientos.

El estoque era una de aquellas espadas antiguas de hoja recta.

JUAN ROMERO. (1)

Juan Romero, también natural de Ronda, no solamente no desmereció en nada de su antecesor, sino que le superó; y revestido de la aureola de su padre y de la que él supo conquistarse, logró que el cariño que le profesaba el pueblo andaluz llegara á rayar en verdadero delirio.

Madrid, la corte de las Españas, que no podía permanecer sorda al rumor general,

(1) Murió de 102 años.

hizo venir á Juan Romero, que acompañado de su segundo Miguel Galvez, dió una série de fiestas de toros, cada vez más concurridas, que sentaron la reputacion de aquel diestro y que animaron á muchos hombres de temple á dedicarse al arte del toreo.

Asociado de una selecta cuadrilla que á fuerza de constancia pudo reunir, escogiendo los hombres más notables ó que más prometian, y estableciendo reglas y compromisos y deberes mútuos que cumplir, la atencion no pudo ménos de fijarse en él, dejando relegados al olvido á los diferentes grupos que sin esa organizacion recorrian la España luciendo sus habilidades en novilladas ó corridas un tanto formales, por más que procuraban la variedad con los *pegadores* y cuanto su imaginacion concibiera, siendo llamado con empeño á Valencia, Murcia, Zaragoza, Pamplona y otros puntos, donde el entusiasmo rayó en frenesí. Gustó tanto en Madrid, que casi se limitó á erigir la corte en campo de sus triunfos continuados.

Tenian por aquel entónces otro atractivo esta clase de diversiones: que sus productos

se dedicaban á socorrer los desvalidos y á obras de beneficencia, quedando á cargo del Gobierno ó de los respectivos ayuntamientos la preparacion de las fiestas, así como la administracion de sus beneficios, segun lo hemos visto no hace mucho en la Plaza de Toros de Madrid, administrada por la Diputacion provincial, y viene en apoyo de nuestro aserto el que el circo de la puerta de Alcalá es propiedad del Hospital general de la provincia central de España (1).

Hemos apuntado que muchos, fascinados por los triunfos y ganancias obtenidas por los dos Romeros, se lanzaron á la arena, ávidos de gloria y de dinero; pero la falta de inteligencia en los más, y en otros de la agilidad ó el corazon necesarios, malogró sus deseos de legar á la posteridad un nombre célebre, sucediendo lo mismo que hoy pasa, que hay muchos que no dejan de ser estimados y

(1) Acaba de firmarse un contrato en que la Diputacion cede al Sr. Salamanca la actual Plaza de Toros de Madrid en cambio de otra gótica y elegante que este señor ha empezado á edificar en las inmediaciones de los Campos Elíseos.

aplaudidos en un círculo pequeño ó en una ó más provincias, sin que por esto adquirieran el renombre que es indispensable para que le elogien todos sus contemporáneos y la historia los celebre.

Pero no todos corrieron la misma suerte, como veremos poco despues.

MIGUEL GALVEZ.

Segundo espada, por muchos años, de Juan Romero, no desperdició las lecciones de éste, consiguiendo figurar á su lado sin desdoro de ningun género, hasta que Costillares vino á sobreponerse á todos los lidiadores de su tiempo, oscureciéndoles de tal manera, que apenas si queda algun recuerdo de la mayor parte de los que se dedicaron á la espinosa profesion de la tauromaquia.

MARTINCHO (1) ó MARTIN BARCAIZTEGUI.

Entre los lidiadores que recorrian, segun poco atrás hemos dicho, las diferentes comarcas españolas, sobresalia el pastor *Martincho*.

(1) Murió en 1800, de calenturas pútridas, en Deva.

tincho, de Oyarzun (país Vasco), que llevó su temeridad á un punto inconcebible en matar algunos toros sentado y teniendo apriados los piés con grilletes, y de saltar por encima de estas fieras, subido á una mesa, al tiempo que acometian, segun se desprende de las aguas fuertes debidas al célebre Goya, en su coleccion denominada *La Tauromaquia*.

Era de los más buscados en todas partes, hasta que el arte desplegado por Juan Romero empezó á conocerse lo bastante y Costillares puso en práctica las creaciones de su genio, quedando entónces la admiracion á la intrepidez y arrojo de *Martincho* de capa caída, como vulgarmente se dice, tornando sus ojos con afan el pueblo español hácia estos astros que aparecian esplendentes entre los rayos de la nueva luz del arte.

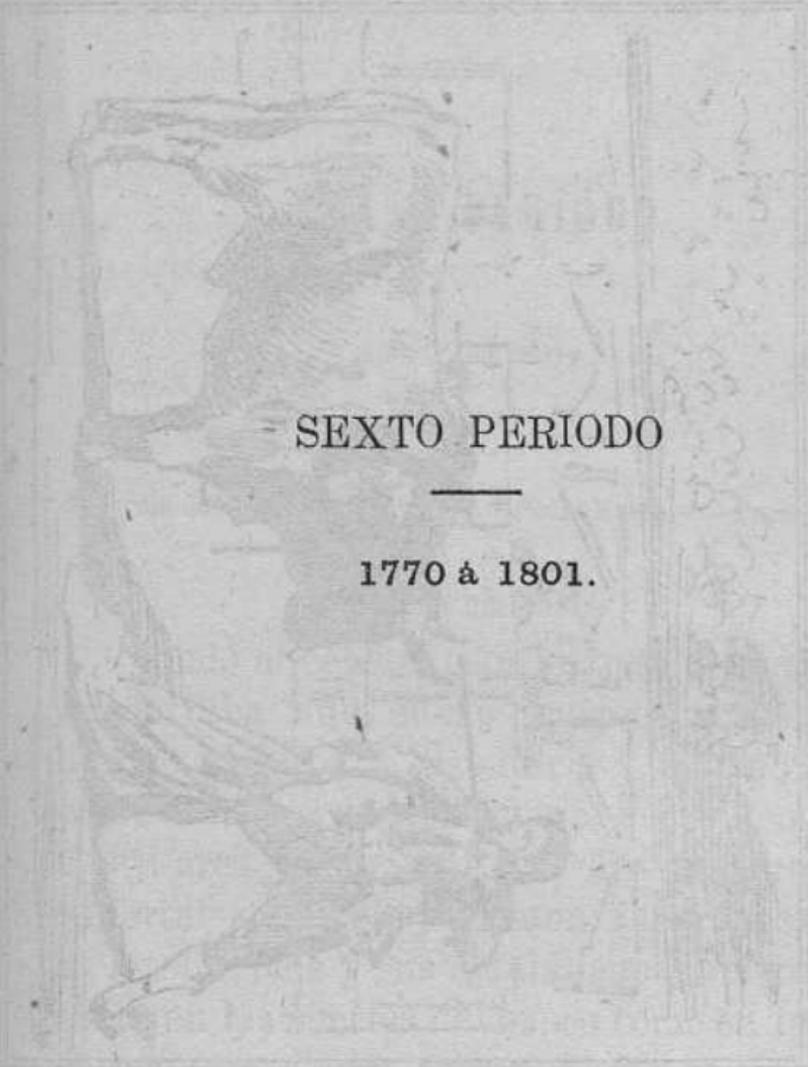
Martincho dió á conocer y extendió el ca-
peo á la navarra.

Algunos más se señalaban tambien en el género de toreo propio de Martincho, ora de los que le acompañaban en sus correrías, como *Apiñani*, *Galceran* y *Lobera*, ora de los que formaban distintas agrupaciones, como

Lorencillo (1), *Melchor*, *Antonio Campos*, *Antonio Ramirez*, *Sebastian Jorge*, *Juan Conde*, *Nicolás Martinez*, *José Cándido* (padre del poco despues renombrado Jerónimo José Cándido), discípulo de Lorencillo y otros, de los que existen escasísimos datos, y basta á nuestro propósito con citarlos.

(1) Muy notable en el salto sobre el testud, ideado por él.





SEXTO PERIODO

—
1770 à 1801.

SEXTO PERÍODO.

1770. — 1801.

Reforma del toreo.—Costillares.—Pedro Romero.—Pepe-Hillo.

REFORMA DEL TOREO.

Cuando el célebre espada Juan Romero se encontraba aún en su apogeo, otros tres diestro vinieron á disputarle y á disputarse entre sí la supremacía: su hijo Pedro Romero, Costillares y Pepe-Hillo. Pedro Romero por su fortaleza, arrojo y fortuna; Costillares por su inteligencia y sus notabilísimas reformas, tanto en las suertes del capeo como en las de matar, que dieron origen á una nueva escuela; y Pepe-Hillo por su generalidad, perfeccion, corazon á prueba y prematura muerte. El primero, discípulo de su padre, siguió

la escuela nativa, si bien mejorándola con la aceptación de varias suertes, creadas por Costillares: el tercero, discípulo de éste, abrazó con más ahinco la de su maestro, reconociendo como buenas y practicando las de la primitiva, llegando, puede decirse, á formarse por aquella época una de las dos, y estamos por asegurar que desde entónces vienen siendo las dos una sola, por más que haya division de pareceres, que indudablemente resultan de las condiciones especiales de cada torero, pues no vemos la linde detallada que separe la una de la otra.

No es fácil formarse una idea de las dificultades que se presentan para describir con claridad y algun método la historia del toreo, máxime cuando ésta se reduce á tan estrechos límites como el que nos hemos propuesto dar á este compendio, pues siendo varios los protagonistas que llaman á la vez y en multitud de puntos distintos la atención general, es difícil combinar el modo de poder aunar tan distantes y variados sucesos. En la historia de los reyes, como es solo uno el protagonista, convergen hácia aquel foco todos los acontecimientos y hay más facilidad para tener

un punto sobre qué poder girar; aquí son muchos que, ora se juntan, ora se separan más ó ménos: ya el brillo de uno parece eclipsar al de otro y de pronto reaparece tan grande el de éste, que queda aquél casi velado. Para que los lectores formen una idea cabal, nos ocuparemos tan sólo del aspecto general, sin pararnos en los detalles, perjudiciales á la esencia del cuadro.

Nunca, como en esa época, se ha visto en tanto auge la fama del toreo. Los tres grandes genios del arte tauromáquico se dieron la mano para venir á este mundo á fomentar á la vez la afición despertada por los genios creadores de Francisco Romero y Juan Romero. Los tres á una parece que se encargaron de llamar la atención general sin que ésta pudiera decidir cuál superaba á los otros, pues los tres eran tan especiales que no bastaban aplausos para celebrar sus continuados triunfos.

Pero como Costillares, sin embargo de haber aprendido con los Palomos, Esteller, Bellon (*El Africano*) y Juan Romero y estado á sus órdenes como segundo, no se limitó á imitarles y seguir su camino, sino que se tra-

zó un nuevo derrotero, consiguiendo bien pronto la palma de un consumado innovador, jefe y creador de una escuela que desviaba por completo la manera de ser hasta su época del toreo, aplicando reglas que sirvieron entonces y habian de servir en lo sucesivo para llegar á la perfectibilidad, hé ahí la razón por qué su nombre se eleva algunos codos sobre la fama adquirida por los otros: escuela seguida con fe y entusiasmo por Pepe-Hillo (discípulo y protegido de Costillares) que ejecutó admirablemente y elevó, si cabe, los principios de la misma con aplicaciones nuevas, como la *suerte de espalda*, de su invención y otras, siendo tan intrépido, sin duda confiando en su misma inteligencia del arte, que en diferentes ocasiones recibió tremendas cornadas, muriendo prematuramente y á causa de una de ellas en la misma plaza de Madrid el 11 de Mayo de 1801, siendo el primer espada de los más conocidos que fué víctima de su oficio.

Pedro Romero, que habia figurado mucho ántes que Pepe-Hillo, pero que corrian parejas en la fama de diestros, volvió á quedar á la muerte de éste dueño y señor de la gloria,

aunque hacia dos años se hallaba retirado á la vida privada, viniendo á influir en él el recuerdo de Pepe-Hillo y de Costillares, que habia dejado de existir tambien.

Libre, aunque con sentimiento suyo, de sus competidores, halló anchos espacios en que rendir culto á la escuela natural de sus padres, en compañía de sus hermanos José, Antonio y Gaspar: Pedro Romero como maestro teórico (1) y éstos como maestros prácticos, si bien José y Gaspar lo tributaron más á la sevillana.

No extrañarán ahora nuestros lectores que hayamos llamado su atencion con el capítulo titulado *Familia de los Romeros*, pues parece estaba destinada á esta familia la invencion, propagacion y conservacion del toreo á la usanza moderna.

El empeño de los Romeros en no abandonar los elementos de vida de la escuela que les era propia — si bien acogian muchas de las innovaciones de la otra — y el teson de Cos-

(1) Pues se hallaba ya retirado de la vida activa de los circos tan consumado práctico, que no vacilamos en decir lo fué más que nadie.

tillares, Pepe-Hillo y otros muchos de sus discípulos en conservar y dilatar los de la creada por su maestro, que no eran más que perfeccion de aquélla, produjo la honda división, subsistente aún, de las dos escuelas denominadas *Rondeña* la primera, porque los Romeros eran descendientes de Ronda, y *Sevillana* la segunda, porque Costillares y Pepe-Hillo vieron la luz en la risueña Sevilla.

La vida tauromáquica de estos lidiadores, quizá los más famosos, llenó el trascurso de medio siglo con sus renombradas hazañas, época en que adquirió este arte toda la plenitud de su actual desarrollo, no quedando á los sucesores más que el mayor ó menor grado de perfectibilidad en su ejecucion y alguna que otra pequeña innovacion admisible.

Así es que nos creemos en el imperioso deber, ya que hemos tratado en conjunto de estas tres lumbreras del toreo, de hacer por separado, aunque á vuelapluma, la reseña biográfica de cada uno de estos diestros.

COSTILLARES (1).

El nombre de Juan Romero corria de boca en boca, y todos temian que á su muerte no pudiera quedar quien le reemplazase dignamente.

Pero un hombre especial, puesto por el destino en aquella época de verdadero furor tauromáquico, apareció en la populosa y risueña ciudad de Sevilla, poblacion de las impresiones y madre adoptiva del toreo. El susurro del majestuoso Guadalquivir adormeció su primer llanto; y obligado por la necesidad de ganarse desde chico el sustento diario en el matadero de la ciudad, escuela práctica de sus triunfos posteriores y que más tarde ha sido cuna de la mayor parte de los célebres toreros de España, ejercitó continuamente sus condiciones físicas é intelectuales tan necesarias á la lidia, y aguijoneado por el amor

(1) Nació en Sevilla, á principios del anterior siglo. Falleció de muerte natural, sin sucesion.

Era hijo de un capataz de desolladores del matadero de la citada capital.

Pedro Palomo se erigió en protector suyo, in-

propio que le brindaba con la palma y los laureles con que se recompensa al genio, creyó deber dedicarse, y se dedicó con férvido anhelo, consagrando toda su inteligencia, su vida y su afán al fomento y ampliación del arte taurino, presagiándole un porvenir de triunfos y de gloria. Y en efecto; bien pronto demostró el destino, con la comprobación de los hechos, que él y sólo él era el llamado á eclipsar la gloria de sus antecesores, de sus contemporáneos y de muchos que le sucediesen, no por ser más aventajado en las suertes hasta entónces conocidas, sino porque dió origen á otras muchas, perfeccionadas también por él mismo, consiguiendo hacer aplicables á la práctica reglas y teorías hasta entónces desconocidas, por más que entónces ni se explicaran ni se escribiesen.

A él debemos la suerte de *volapiés*, el ma-

fuyendo para que el padre de Costillares no fuera tan tenaz en impedir á su hijo lo que, por más que hacía, no podía evitar, el dar rienda suelta á su afición, y le admitió en su compañía, pasando despues á las de *El Africano* y Esteller, que le dieron la *alternativa* en Sevilla y Jerez de la Frontera, á los veinte años.

nejo perfecto de la muleta y el trasteo de las reses, la suerte de la capa, conocida con el nombre de *Verónica*, y casi todas las que en el día se ejecutan con el capote.

Hombre de suma penetracion, estudiaba las condiciones de los toros y discurría y encontraba para cada una de aquéllas, reglas y medios adecuados para poder burlarlos con curiosidad y gracia.

Observó que los medios de matar conocidos y puestos en juego no eran suficientes, pues para los toros huidos ó demasiado parados no había posibilidad de emplear la suerte de *recibir*, la más conocida hasta entónces, y que de usar la practicada en algunas ocasiones, de lanzarse ó irse sobre ellos al acaso y sin reglas, había grandísima exposicion y el juego resultaba falto de aplomo, desairado y sin concierto, siendo, de no acudir á ella, bochornoso tener que acabar con los toros de esta clase empleando un lanzon ó punzon, ó media luna, ó perros, y desjarretándolos de cualquier modo, ideó y practicó con feliz éxito la suerte de *volapiés*, reconocida y aceptada por cuantos hasta el día le han sucedido. La muleta que, aplicada por los Ro-

meros y todos los demas diestros, servia para llamar el vicho y burlarle, sirvió á nuestro personaje para cansar los toros, arreglarles la cabeza y ponerles en regla para poder dar las estocadas con ménos peligro. Buscó en su imaginacion y halló medios para engañar á las reses con la capa, cuando un espada, un chulo ó un picador se ven casi arrollados ó en peligro, sobresaliendo entre las diversas suertes que creó la conocida con el nombre de *Verónica*; hizo, en suma, grandes adelantos, que entónces se reconocieron como tales, que despues se han respetado y que hoy dia puede decirse que son los que se ejecutan, y, á lo que parece, se conservarán con poca ó ninguna variacion en el porvenir.

El nombre de este afortunado matador, que vino á eclipsar casi en totalidad la gloria de los Romeros, era el de Joaquin Rodriguez, más generalmente conocido por el apodo de Costillares (1). Hasta á los trajes que los tore-

(1) Los ajustes de Costillares llegaron á ser de 3.000 rs. al dia por corrida de mañana y tarde, que de continuo tenian lugar; á tal extremo habia llegado la aficion á los toros.

ros usaban por entónces llevó su inteligencia reformadora, haciéndolos más ligeros y airo-
sos, agregándoles algunos alamares y susti-
tuyendo el colete con el chaleco largo y cer-
rado y chupa corta.

Imposibilitado de continuar matando por una enfermedad crónica en la mano derecha, tuvo que decidirse, con honda pena y profun-
do pesar, por dejar la profesion, no sobre-
viviendo mucho tiempo á esta, para él y para los amantes del toreo, verdadera desgracia.

PEDRO ROMERO (1).

A la vez que Costillares llenaba el mundo con su fama, el nieto del primer espada em-
pezaba su vida tauromáquica sufriendo conti-
nuadas cogidas de novillos. Su padre, el céle-
bre Juan, que comprendió la afición de su hijo y su decision hácia el arte, no quiso dejar pa-
sar más tiempo sin dirigirle y enseñarle los conocimientos que le habia suministrado su experiencia, permitiéndole abandonar el ofi-

(1) Nació en Ronda en 1754. Falleció en el mis-
mo Ronda en 1839, de muerte natural, despues
de cuarenta años de haber dejado la profesion.

cio de carpintero á que le habia dedicado. Apenas llegado á la edad púbere, empezó á descollar tanto por su entereza, su valor, su agilidad y conocimiento, que pronto se captó las simpatías generales, consiguiendo, con la satisfaccion que es propia de la juventud, ver rodar su nombre de boca en boca para adquirir despues una fama imperecedera. No tenemos noticia de que inventara nada, pero llegó á ejecutarlo todo con tanta precision, con tal arrojo, con tal aplomo y con acierto tan grande, que en ciertas ocasiones y funciones determinadas, á cuantos toros dió muerte lo realizó de una sola estocada, consiguiendo ser el torero buscado y mimado en el reino. Se cuentan por miles los toros que *despachó, casi todos recibiendo*, en el tercio último del pasado siglo, en que lució sus habilidades (1). Fué el primero en matar los toros castellanos, á que se habian resistido los anteriores espadas y los que figuraban en su época.

En la suerte de la *verónica* no tuvo jamás rival.

(1) 5.600 toros perecieron á sus manos desde 1771 á 1789.

Absorbió la atención general por espacio de los últimos treinta años del siglo anterior, pues el mismo 99 se retiró á la vida privada.

Fernando VII, al establecer la escuela tauromáquica en Sevilla le nombró director de la misma, con beneplácito general. La asignación correspondiente á su cargo era la de 12.000 reales.

PEPE-HILLO (1).

Este célebre espada fué la antítesis del anterior, tanto en sus principios como en su escuela, excepto en la gloria que supo conquistarse, pues compitió dignamente con la de aquél, y áun, si cabe, fué mayor.

Nació Pedro Romero en la fantástica Ronda, y Pepe-Hillo en una modesta casa de labor: éste descendía de profanos al arte, de sencillos y modestos mercaderes y peritos de vinos y aceites; aquél de los regeneradores del to-

(1) Nació en Espartinas, en la hacienda de Villavilla (Sevilla), el año de 1768. Murió de una cogida en la Plaza de Toros de Madrid, el 11 de Mayo de 1801, siendo enterrado en la iglesia parroquial de San Ginés.

reo: el uno se vió dirigido y alentado por su propio padre; el otro sufrió no pocas contrariedades, porque el suyo recurría á los medios más violentos para impedirle que pudiera dar rienda suelta á su afición: Romero empezó á desarrollar sus fuerzas con el violento oficio de carpintero; Hillo mermó las suyas con el sedentario de zapatero: discípulos de distinta escuela y de condiciones físicas tan diferentes, obtuvieron la palma por opuestos caminos; las pocas heridas recibidas por el uno, contrastan con las innumerables que sufrió el cuerpo del otro; y por último, para que casi todo correspondiese á esta antítesis, hasta la muerte de ámbos fué completamente distinta. Murió en la plaza de Madrid Pepe-Hillo, á consecuencia de una terrible cogida. Pedro Romero, despues de unos treinta y nueve años ó más que se hallaba retirado á la vida privada, de haber tenido la gloria de ser jefe de la escuela que para el arte del toreo se fundó en Sevilla, y gozando de ventura y satisfacciones, murió de muerte natural en el mismo país que le vió nacer, y quizá en el mismo lecho donde abrió los ojos al mundo.

No obstante las infinitas contrariedades de

que se hallaba rodeado Pepe-Hillo, era tal su delirio y la pasión que sentía hácia la lucha con los toros, que lo despreció todo y se entregó en cuerpo y alma á esta profesion; y decimos en cuerpo y alma, porque á pesar de tantas veces como vió expuesta su vida, él seguía impertérrito su camino, y á una herida cerrada seguía mayor ceguedad en pegarse á la fiera, sin miedo de tener otra cogida.

Poseyó como ningun otro maestro el conocimiento de estos bichos, teniendo imponderable acierto en aplicar con suma perfeccion las suertes que eran adecuadas y que le habia trasmitido su maestro Costillares.

Poco ó nada quedaba por inventar despues que todo lo abarcara la penetracion de Costillares; y sin embargo la *suerte de espaldas*, ó *suerte de frente por detrás*, como la titula Montes, se debe á su inventiva, así como algunas otras ménos ejecutadas y conocidas.

Tenemos que reconocer en él una energía de hierro y una fuerza de voluntad á toda prueba; germinó en su pecho ciega afición por la lidia; creyó deber abrazar el toreo como profesion; llegó á comprender que estaba in-

teresado su amor propio, según el adagio vulgar de *ponerse ó no ponerse*, y lo cumplió hasta la saciedad; se propuso ser un notabilísimo torero, y lo consiguió completamente.

Y esta misma decisión le acarreó por desgracia su muerte; pero su nombre no perecerá nunca.

Llegó á ser el ídolo del pueblo y de la aristocracia, extremos tan difíciles de armonizar, despertándose en esta el amor y pasión por la nueva lidia que sus antepasados reservaran á la ecuestre, tan grandiosa. El genio especial de José Delgado y Galvez se amoldaba perfectamente al temperamento y costumbre de su época, que revestían formas extrañas, en las damas especialmente. Las aventuras de los amores que altas y bajas le brindaban, la intervención directa que le obligaban á tener en bodas, bautizos, disensiones, zambras, grescas y juegos con la gente del pueblo, y las atenciones que buscaban ocasión de demostrarle las clases diversas en que parecía haberse subdividido aquella sociedad, le llevó hasta el extremo de ser considerado como el hombre del día.

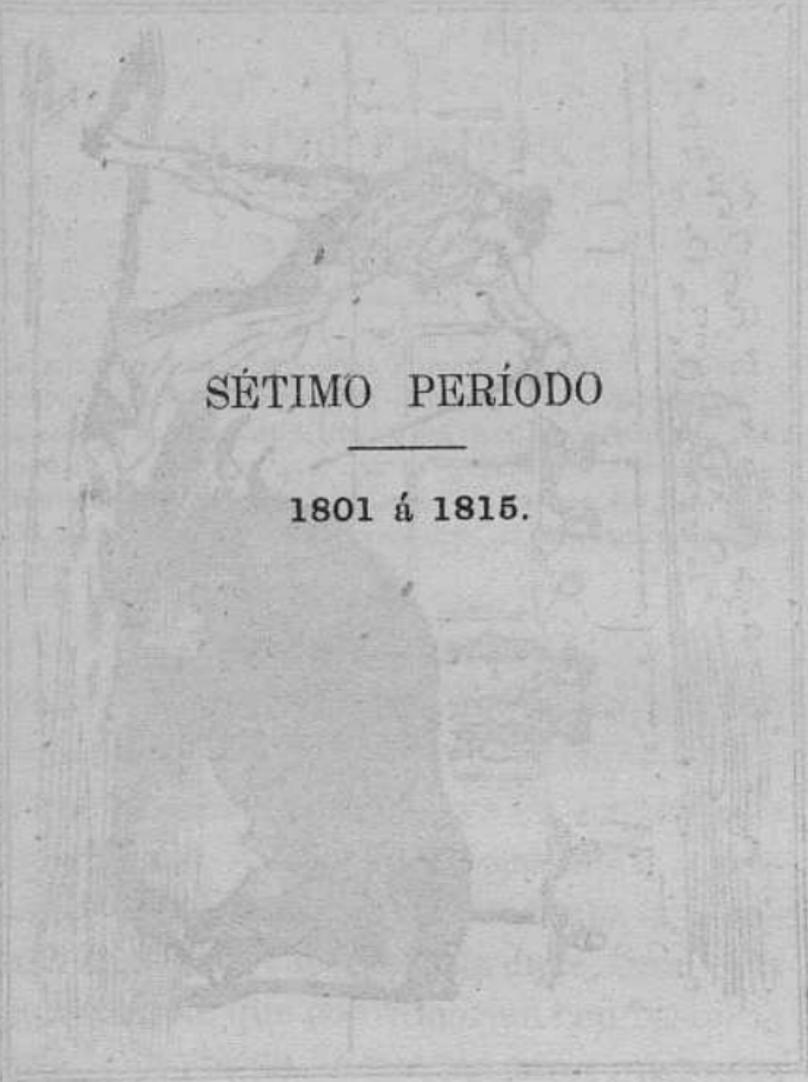
A este espada se debe la *Tauromaquia* ó

arte de torear á caballo y á pié, primer libro que salió á luz sobre dicho arte (1).

Redujo su traje casi á lo airoso que es el del dia, con chaquetilla y chaleco abiertos, recargados de alamares, corbata y moña.

Francisco Herrera y Francisco Herrera Guillen, *Curro*, abuelo y padre del célebre CURRO GUILLEN; *Antonio de los Santos*; *Julian Arocha*, *Juan Miguel Rodriguez*, tío de COSTILLARES; *Juan Garcés*; *Francisco Garcés*; *Juan José de la Torre*; *Manuel Correa*; y *Francisco García* (PERUCHO), muerto en la plaza de Granada el mismo año que *Pepe-Hillo*, en 1801, eran entre otros más notables y que despues citaremos, de los espadas que alternaban con los primeros diestros como discípulos suyos por aquel tiempo, sin que consiguieran remontarse á los puestos más elevados.

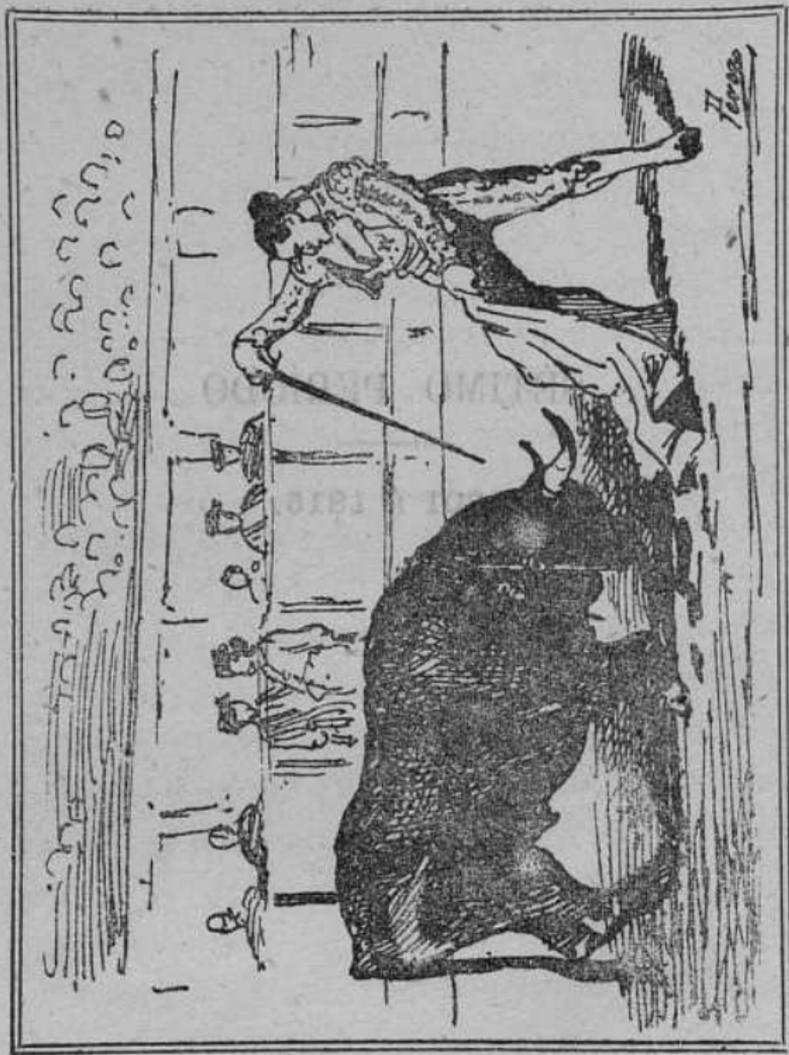
(1) Se publicó en 1800.



SÉTIMO PERÍODO

1801 á 1815.

LAS CORRIDAS DE TOROS



Carácter propio del séptimo período.

SÉTIMO PERIODO.

1801.—1815.

Decaimiento de la lidia.—José Romero.—Antonio Romero.—Gaspar Romero.—Bartolomé Jimenez.—Leoncio Baden.—Agustin Aroca.—José Ulloa (*Tragabuches*).—Jerónimo José Cándido.—Epopeya gloriosa de nuestra independencía.—Prohibición de las fiestas de toros por Fernando VII.—Vuelve á olvidarse la anterior disposicion, adquiriendo preponderancia este espectáculo.

DECAIMIENTO DE LA LIDIA.

Varios de los lidiadores que acompañaban en sus triunfos á las tres celebridades del toreo que hemos reseñado, ya en concepto de banderilleros, ya en el de segundos ó medios espadas, llamaban algun tanto la atencion, haciendo concebir algunas lisonjeras esperanzas de que continuarian con bastante gloria la profesion de sus maestros; pero sea porque tenian que habérselas con el recuerdo de éstos, sea porque con la horrorosa muer-

te de Pepe-Hillo se desarrolló cierta repugnancia de parte del público hácia las corridas, sea porque se vieron abandonados á sus propios conocimientos, es lo cierto que hubo un período de languidez y de marasmo para las fiestas que nos ocupan. En vano intentaban con esfuerzos supremos y desesperados los hermanos Romero, en el Mediodía; Bartolomé Jimenez, Agustin Aroca, Leoncio Baden, Francisco Hernandez, Juan Nuñez (*Sentimientos*), Manuel Alonso (*el Castellano*) y Jerónimo José Cándido, en el resto de España, desterrar aquella apatía, hacer desaparecer tanta prostracion: todo era inútil. Pero si las contrariedades eran inmensas, su fuerza de voluntad no era menor; y cuando gracias á ésta parecian encontrarse algunas probabilidades de éxito para su empresa, la funesta privanza de despóticos favoritos que pretendian aherrojar al pueblo, víctima de su amor á la libertad y al monarca, vino á cortar el impulso que aquéllos empezaban á imprimirles.

Pero ántes de pasar adelante creemos de este lugar dar una breve reseña de los espadas que florecieron en este período.

JOSÉ ROMERO (1).

Hermano del célebre Pedro Romero, logró adquirirse un renombre distinguido por sus relevantes prendas para esta profesion, á lo que contribuyeron muchísimo las buenas lecciones que tanto teóricas como prácticas recibió de aquél en su mocedad y primeros pasos en el toreo, y la fama que sus antecesores y hermano habian legado á esta familia.

Sus principios tauromáquicos los adquirió en las escapatorias primeras de su hermano mayor Pedro (el más consumado de los estoqueadores poco despues), al que acompañó en todas ellas como subalterno, burlando la vigilancia de su madre.

Enojado altamente, trascurrido algun tiempo, de la conducta de su padre que permitia dedicarse á la lidia á sus hermanos, oponiéndose á que él hiciera lo mismo, abandonó la garlopa y el escoplo, con que se ganaba la subsistencia, y solicitó de Pepe-Hillo un puesto en su cuadrilla, que éste se apresuró á

(1) Murió en Andalucía, su país natal, en 1806.

concederle, debiéndole sus progresos en la escuela sevillana y la fama que logró.

En la misma tarde en que tuvo lugar el lamentable fin de su maestro, conquistó bastantes simpatías por lo acertado que estuvo en matar el toro causa de aquella desgracia. Quedó como jefe en lo sucesivo, y por algun tiempo de la plaza de Madrid, y notando la decadencia de la afición hácia este entretenimiento en la corte, se dirigió á su país y frecuentó la mayor parte de las plazas.

ANTONIO ROMERO.

Perteneciente á la familia de los Romeros, que empujaba el destino á esta profesion, procuró con ahinco alcanzar el puesto conquistado por sus antecesores y por su hermano Pedro, con quien trabajaba en compañía; pero no siempre *querer es poder*, y aunque no fué un torero adocenado y su aspecto y proceder le congraciaban con el público, ha dejado poco nombre.

Su muerte tuvo lugar en el coso de Granada el 5 de Mayo de 1802.

GASPAR ROMERO.

La vida taurómaca de este espada, hermano de los anteriores, tiene bastante analogía y guarda relacion idéntica con la de Antonio, poseyendo como él un grande corazón; pero desprovisto uno y otro del genio y pericia de los de su sangre que les habian precedido, tuvieron un fin desastroso, mediando escasísimo tiempo entre ambas desgracias. La de Gaspar ocurrió en la plaza de Salamanca, meses despues que la de aquél.

.
Suele observarse en las familias cierta ascension gradual, seguida de otra en sentido inverso; así vemos que Francisco, Juan y Pedro Romero se fueron creciendo de una manera prodigiosa; José, Antonio y Gaspar empezaron á descender, terminando con éste la ingerencia de esta rama en el arte del toreo. Parecia que el síno de los Romeros fué el de crear y asentar el arte taurino, y una vez que lo consiguieran, desaparecer de la arena en lo sucesivo, por haber terminado su mision.

BARTOLOMÉ JIMENEZ.

Poco, muy poco, nos permitiremos decir de este espada, sino que figuró por bastante tiempo como primero en la plaza de Madrid, despues de la muerte de Pepe-Hillo, y que aunque llenaba con esmero y buena voluntad su cometido, no le fué posible imprimir novedades en la lidia para excitar la curiosidad de estas fiestas, y más en aquella época de decadencia.

LEONCIO BADEN.—AGUSTIN AROCA.

Figuraban al lado de Bartolomé Jimenez, sin desmerecer en mucho de éste, pero sin llamar la atencion.

TRAGABUCHES, ó JOSÉ ULLOA.

Jose Ulloa (*Tragabuches*), hijo y habitante de Ronda, aprendió los rudimentos del arte con el gran maestro Pedro Romero, en el matadero de la misma (que si notanto como el de Sevilla, ha servido de escuela á bas-

tantes diestros). Gitano de procedencia, heredó de su padre el apodo de Tragabuches, al que se le aplicó por haberse comido un pollino nonnato en adobillo.

Despues de varios años de banderillero en la cuadrilla de los hermanos José y Gaspar Romero, éste le concedió la alternativa en 1802.

Un percance extraño fué la causa de que abandonara esta profesion cuando empezaba á recoger algun fruto de las enseñanzas de sus maestros.

Caído de un caballo al dirigirse á Málaga para llenar el compromiso de una corrida en 1814, se fracturó un brazo, y vuelto á su casa, halló á su mujer, la célebre gitana *cantaora* de Ronda, con un mancebo, y dando á los dos muerte, á él, acólito de la parroquia, llamado Pepe *El Listillo*, asestándole una terrible puñalada en la garganta al encontrarle dentro de la tinaja, con el agua al pecho, adonde se habia dirigido para apagar la sed devoradora de la calentura, y á ella lanzándola de cabeza sobre el pavimento de la calle, huyó para formar luego parte de la cuadrilla de bandidos, asombro de Andalu-

cía, titulada los Siete niños de Ecija, en la que se le conocía por el Gitano, según Fernandez y Gonzalez, terminando con estas las noticias que de él se tienen.

.
Juan Nuñez (Sentimientos), *Manuel Alonso* (El Castellano) y otros, estaban en los principios é hicieron tan poco notable en este período, que nos creemos dispensados de hacer sus semblanzas hasta el siguiente, en que figuraron algunos de ellos; pasando á ocuparnos del que por entónces llenaba lugar preferente, ó sea de

JERÓNIMO JOSÉ CÁNDIDO (1).

Discípulo y protegido de Pedro Romero, era, sin disputa alguna, el que habia seguido con más lucimiento los pasos y consejos de su maestro y el que gozaba de más renombre por aquella época.

Nacido en Chiclana, huérfano desde muy

(1) Nació en Chiclana en 1760.—Falleció en Madrid en 1839, de muerte natural. Yacen sus restos en el Campo Santo de la puerta de Bilbao.

niño, con una buena educacion y una fortuna regular, empleó su juventud en diversiones, vicios y juegos, sin atender á que su capital decrecia rápidamente y que sus necesidades aumentaban de dia en dia. Disipado por completo su patrimonio, y viéndose reducido á la indigencia, tuvo que pensar en procurarse la subsistencia, y recurrió á este arte.

Recomendado al torero de los toreros, al celebrado Pedro Romero, le admitió en su cuadrilla, captándose su aprecio, que creció extraordinariamente poco despues al enlazarse en vínculo matrimonial con una de las hermanas del maestro, y erigido éste en su protector consiguió sobreponerse á la casi generalidad de los espadas que llevaban muchos años de profesion.

Del maestro Cándido, que no debió á la afición, como casi todos sus predecesores en el toreo, sino á la necesidad, como hemos visto, el abrazar este ejercicio, puede decirse, reasumiendo su larga vida tauromáquica, que gracias á los principios de una esmerada educacion, á sus estudios é inteligencia, pudo conseguir en breve término comprender las reglas teóricas y prácticas más necesarias al

toreo, llegando á poseerlas despues, sobre todo las primeras, hasta la perfeccion, captándose el aprecio general por la finura y exacta aplicacion de aquéllas, siendo lástima que su corazon no correspondiese en ocasiones á sus conocimientos, desluciéndole en algunas suertes de matar por sus muchas estocadas.

Ideó y practicó con feliz éxito el *encuentro*, que es una especie de término medio entre las suertes de recibir y de volapié.

Tiene tambien en pró suyo que supo erigirse en maestro de una pléyade de toreros que no podian figurar entónces y lograron despues una reputacion merecida.

Al llegar al periodo descendente ó de decadencia, porque la edad es inexorable para practicar el arte taurino, máxime cuando se padece una enfermedad tan contraria para este ejercicio, como el reumatismo, que á los cincuenta y dos años empezó á mortificarle, la opinion pública le señaló como merecedor de una recompensa, al verle empobrecido por sus dispendios, y obtuvo primero, en 1834, un puesto del resguardo de sales en Sanlúcar de Barrameda, y despues, en 1830,

una de las plazas de director de la escuela tauromáquica de Sevilla (1), pues Fernando VII atendió á este sentimiento general. Fue tan maniroteo, que á pesar de haber ganado mucho dinero, murió muy pobre en esta corte.

EPOPEYA GLORIOSA DE NUESTRA INDEPENDENCIA.

Pero graves sucesos internacionales se precipitaron sobre nuestro conmovido suelo, siendo rémora al incipiente fomento de estas fiestas. El dedo del destino empujó sobre la España el funesto período de la invasion artera de los franceses; suena el clarin noticiero de la traicion; retiembla la tierra á los sacudimientos del leon hispano, que despierta fiero de su pasado letargo y tiende su garra para despedazar el ominoso yugo extranjero que nos envilecia, dando lugar poco despues á la gloriosa epopeya de nuestra patria independencia.

(1) Ocho mil reales tenia asignados la plaza que desempeñó.

Es evidente que en este periodo, ávidos todos de luchar como buenos, habia de darse tregua al ardimiento con que ántes se miraban estas distracciones; para reconcentrarlo en un sólo pensamiento y en un mismo fin: el de anonadar, aniquilar y triturar á los franceses, que hollaban el noble y siempre libre suelo ibérico.

No es decir con esto que no tuvieran lugar aquellas fiestas, sino que los ánimos, contristados por las desgracias de la patria, no podian prestarles su preferente atencion cuando otra mayor lo exigia. Una vez conseguida la exterminacion de los que entraron, como los cartagineses, mintiendo proteccion para convertirse en despóticos señores; una vez que nuestra bravura produjo la admiracion del mundo y el eterno agradecimiento de la Europa, era natural consagrarse á restañar la sangre perdida, y que alevosa maquinacion hizo derramar.

Repuestos algun tanto con el ardimiento que presta la victoria, estas fiestas, expresion genuina del ibero nacionalismo, volvieron, para bien de los entusiastas, á recuperar su pasado predominio, causando el

contentamiento general, sin que por esto dejase de haber treguas para consagrarse al recuerdo de tantos mártires inmolados por el plomo extranjero en aquella guerra de desolacion y espanto. *¡Quantus mutatus ab illo!* El encono persistente de nuestros padres contra los franceses, lo nauseabundo que les era ocuparse del recuerdo de aquellos séres tan vengativos, autores ciegos de las hecatombes del Prado y de la Montaña del Príncipe Pío, de mujeres, niños y de hombres inocentes, por el delito de llevar unas tijeras ó un cortaplumas, ¿quién habia de creer que á los pocos años se trocara en adhesion, en amor, en ditirambos, en imitacion, en casi humillacion á las modas, al teatro, á la literatura y á las costumbres francesas? ¡Héroes del 2 de Mayo, mártires de nuestra santa independenciam: haceis bien en no levantaros de vuestras honradas tumbas, porque solamente ignorando lo que acontece podeis dormir tranquilos el sueño de la eternidad!

PROHIBICION DE LAS FIESTAS DE TOROS POR FERNANDO VII.

El rey Fernando VII, accediendo á suges-

tiones extrañas y queriendo darse aires de humanitario, prohió las reclamaciones ridículas de los sensibilísimos enemigos de estas fiestas nacionales, y empujado y forzado por el predominio que sobre él ejercieran sus áulicos consejeros, despachó una real orden mandando prohibir las corridas de toros en todos los dominios españoles, pues era, según decía, desdoro de una nación tener en pié las fiestas de los cuernos, tan en boga entonces y que la adquirió mayor en seguida, porque se veía el ejemplo en la gente palaciega; y el afán del vulgo es siempre imitar á los encumbrados y poderosos.

No es decible la recrudesencia de los ataques que en la prensa y fuera de ella se dirigieron defensores é impugnadores del acuerdo tomado.

Los Jovellanos, los Moratines y demás literatos de primera y segunda fila, pusieron en prensa su imaginación, resultando un sinnúmero de escritos acres y polémicas acaloradas que parecían trocar el palenque de la tribuna y de la imprenta en un campo de Agramante. Los censores de tal disposición es indudable que llevaron la mejor parte.

Pero si esa medida fué rajante y violenta, no lo fué ménos su inmediata desautorizacion, pues apénas se respetó en una pequeña parte de España, y pronto hubo *á fortiori* necesidad de cantar la palinodia; que no se hace desaparecer así como así, por un exabrupto de la autoridad, lo que representa la tradicion, lo que está encarnado en las costumbres y es símbolo de un recuerdo nacional, y que se hallaba tan arraigado en el corazon de los nobles españoles.

Luchar con los sentimientos populares es oponerse á un torrente impetuoso; se le podrá contener un instante; pero eso le servirá para tomar más fuerza en el empuje, que vendrá á arrollarlo todo. Si el pueblo está en pugna con la tradicion, ésta caerá; pero cuando aquél le preste su apoyo, no hay potencia humana que baste á destruirla.

Una medida de este género y en aquellos momentos en que estaba en tela de juicio la honra de nuestra patria, hirió los sentimientos nacionales, irritando más y más los descontentos ánimos de los indignados españoles, ante la série de inconveniencias y disposiciones arbitrarias, denigrativas y anti-na-

cionales de favoritos vulgares, que para mengua de la nacion, del bien y del decoro público gobernaban á su antojo nuestro país.

Si no nos hubiéramos propuesto tratar á cierta altura la historia del toreo, acudiríamos al incisivo epigrama contra los insensatos que prohibian las funciones de los cuernos, cuando eran tan dados á las fiestas de aplicarlos!

En los tiempos gloriosos en que se llevó á cabo la unidad española y nuestra completa emancipacion del yugo sarraceno, fué un hecho que Isabel la Católica tuvo tambien propósito de prohibir estas fiestas; pero mejor aconsejada, ó deseosa de corresponder á los deseos de sus súbditos, se limitó á ordenar que fuesen emboladas las astas de los toros para evitar en lo posible las desgracias de los caballeros que salian á plaza y de los peones que les acompañaban.

Cárlos III dió la orden de suspension de las mismas en la córte de las Españas, pero temiendo sin duda concitar los ánimos de todos los españoles prohibiéndolas en general, quiso echar el muerto, usando de una expresion vulgar, al Consejo de Castilla, con-

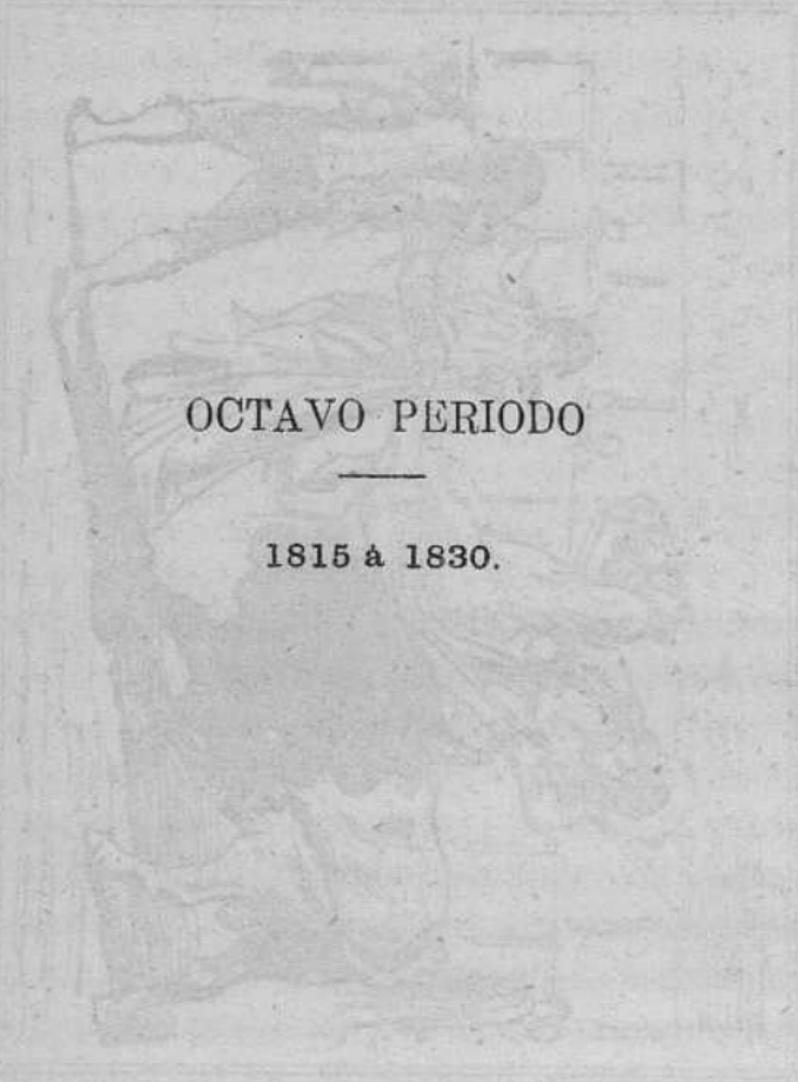
sultándole sobre ello, de lo que resultó pronto la nulidad de su primer acuerdo.

Fernando VII no halló tampoco prudente insistir sobre la medida adoptada, comprendiendo que la mudanza de los favores de la fortuna tiene entrada más aún en los regios alcázares que en las humildes cabañas, y no anduvo desacertado el monarca en apresurarse á revocar esta prohibicion. La fuerza de los tiranos no es eterna, y el castigo de los mismos no se deja esperar. Esta consideracion nos la sugiere, entre otros acontecimientos, el por entónces no muy lejano tumulto del 17 de Marzo de 1808 en Aranjuez, que obligó al estúpido Cárlos IV á emplear sus rigores contra Godoy exonerándole de todas las mercedes que habia debido á su munificencia; y gracias debió dar el favorito á la fortuna, porque pudo salvarse de la popular furia envuelto en las esteras de un desvan, cuya manifestacion tumultuosa fué debida á algunos acuerdos antipopulares del rey, que se suponian insignificantes, imposiciones del vulgar Príncipe de la Paz, que se sirvió como escabel para su encumbramiento cerca del soberano, de la flaqueza habitual de María Luisa,

pronunciamiento que no solamente contribuyó á la caída del favorito, sino á la abdicacion del mismo Cárlos IV.

A veces las disposiciones más pequeñas bastan para dar lugar á los actos más grandes. ¡Qué! ¿el motin contra Esquilache no fué motivado por una disposicion que pareciera baladí, de acortar las capas y las alas de los sombreros? Indudablemente que sí; pero ese acuerdo, que parecia tan baladí, entrañaba gravedad suma, y es que tenia mucho de denigrativo el posponer el hábito nacional por él hábito extranjero, hundiendo en el polvo las costumbres patrias, buenas ó malas. Y ¿cómo un ataque tan directo á nuestra fiesta favorita no habia de ir concitando poco á poco los ánimos contra los que osaban tanta mengua?

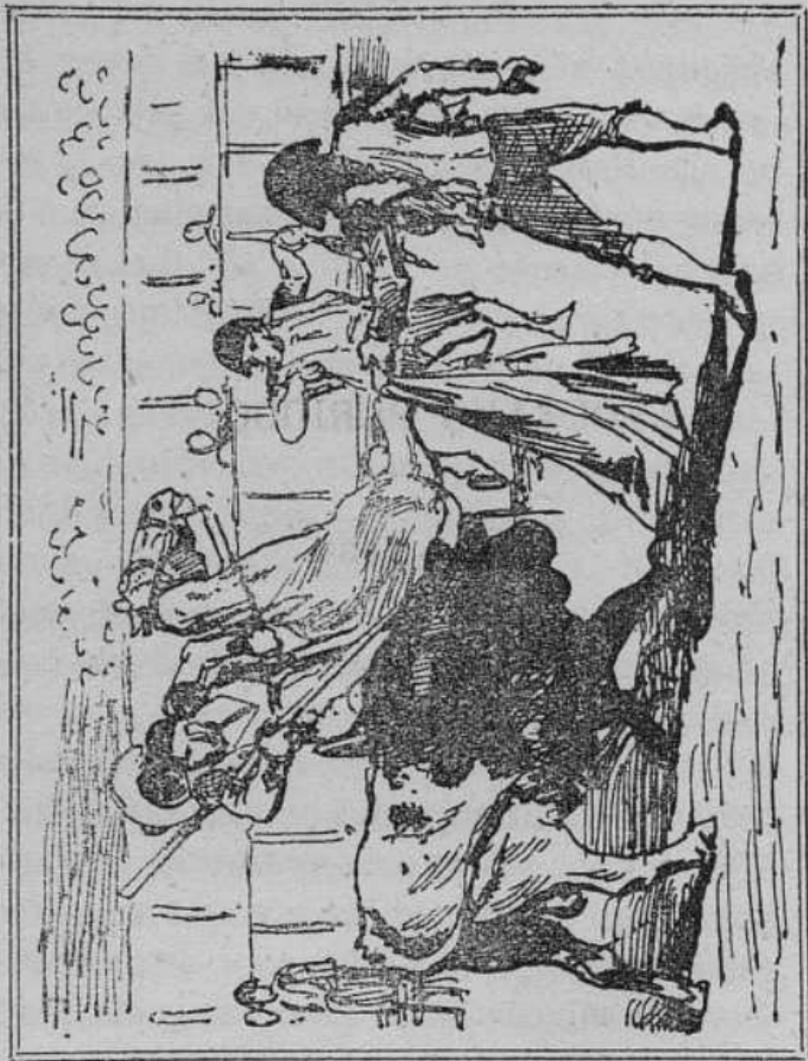
En el ínterin que dicha prohibicion estuvo en pié, es natural que los que se habian dedicado á esta profesion buscaran medios de ejercerla, ya logrando que las autoridades hiciesen la vista gorda, como sucedia frecuentemente con algunas, ya acudiendo á poner este espectáculo en uso en las naciones vecinas.



OCTAVO PERIODO

1815 a 1830.

LAS CORRIDAS DE TOROS



Carácter propio del octavo periodo.

OCTAVO PERIODO.

1815.—1830.

Anúlase la prohibición.—Adquiere mayor preponderancia aún la lidia.—Curro Guillen.

Derogada aquella disposición por Fernando VII, entró en auge otra vez la fiesta del toreo.

Y para que en todo lo español resulte el contraste de las anomalías, no sólo se autorizaron por el mismo Fernando VII meses despues estas fiestas, según acabamos de expresar, sino que á los veinte años, poco más, de haberse prohibido, se hicieron esfuerzos por fomentarlas, creando el citado rey la escuela teórica y práctica de Sevilla, de la que en su lugar correspondiente trataremos.

La privacion es causa de apetito, dice un refran, que nunca como entónces se vió confirmado; pues fué extremada la aficion que se despertó en todos los españoles, y renació este espectáculo con la fiebre de la calentura, recobrando su anterior animacion. Entónces Jerónimo José Cándido y demas toreros conócidos en este periodo, pisaron el redondel entre frenéticos vivas y entusiastas aplausos, y Curro Guillen, del que vamos á ocuparnos, completó este cuadro puramente nacional y de público y general regocijo.

Inteligentes y profanos hicieron espontáneo alarde de concurrir donde tenian lugar las corridas, y lo que se dispuso con el fin de anularlas, surtió un efecto contraproducente; lo que la libertad no podia conseguir, que era volverles la vida y la animacion que ántes les prestaran los Romeros y Costillares, lo hizo la prohibicion de Fernando VII.

Casi todos los espadas mencionados en el periodo precedente volvieron á la plaza con mejores condiciones, pues tenian más experiencia, mayor estímulo y un público ávido de contemplar y de elogiar sus diferentes suertes.

Todos hacian esfuerzos desesperados y to-

dos conseguían ser bien acogidos y festejados; pero un jóven que apenas rayaba en los veinte años, que ya anteriormente se habia distinguido en España y Portugal, empezó á contar sus triunfos por funciones. Tanta fué la preponderancia que adquirió, que se sobrepuso á todos, y hasta al mismo Jerónimo José Cándido, apenas trascurrido algun tiempo. Este célebre torero era

CURRO GUILLEN (1)

ó

FRANCISCO HERRERA RODRIGUEZ.

De este torero sí que puede decirse que salió hecho tal desde el vientre de su madre. De muy jóven empezó á matar toros con una precision y valor no conocidos, que con la práctica llegó al extremo de ser una de las celebridades del torero.

Era hijo del acreditado espada Francisco Herrera Guillen (*Curro*) y nieto de Francisco Herrera, regular matador de toros, de los que aprendió este arte en el matadero de Sevilla y

(1) Nació en Utrera (Sevilla) el año de 1775; murió en la plaza de Ronda en 1820.

puntos frecuentados por los toreros. La circunstancia de ser el segundo apellido de su padre Guillen, y el haber dado sus compañeros en llamarle así desde niño, fué causa de ser conocido por Curro GUILLEN, aunque se apellidaba Herrera Rodriguez.

Pero no queria conquistar sólo el renombre de gran espada, sino el de gran banderillero, y lo que es más, de notable picador; no quedando defraudadas sus esperanzas, pues en todo rayó á una gran altura.

Por intuicion debió comprender que era su elemento la profesion del toreo.

Sin tener apénas nociones de este difícil arte, y sin haber toreado ántes como chulo, se erigió asimismo en matador; pero con tan buena suerte en sus primeras corridas, que en Llerena y Sevilla, donde se dió primero á conocer, obtuvo un éxito tan completo, que el público entusiasmado lo llevó en triunfo á su morada.

Pero no es esto lo más notable, sino que todavía era un niño, pues no habia llegado á los dieziseis años, y alentado por sus triunfos prosiguió con más ahinco el toreo, buscando la escuela práctica, ó sea el mata-

dero de la ciudad de los amores, en el que estudió con asiduidad el instinto y condiciones de las reses.

De quien de esta suerte empezaba su carrera en la vida tauromáquica, era evidente que habia que esperar grandes progresos. Y este jóven precoz no defraudó las esperanzas que hiciera concebir, pues á los dieziocho años gozaba de una reputacion que envidiarán notables toreros de toda la vida, y á los cuarenta, que eran los que contaba en el año 1815, habia adquirido una fama colosal.

Gallardo de presencia, sereno de ánimo, y galante hasta la saciedad entre las bellas, mereció que se le aplicara, como á otros espadas, un apodo apropiado, que fué el de *Curro Guillen*, abreviacion del nombre Francisco, que se usa en Andalucía como en otras partes Paco, etc. En el resto de su vida se creció de una manera tan potentosa, que sus méritos resonaban del uno al otro lado de la Península. Ciertas proezas que dentro y fuera de la plaza y en el campo ejecutó con multitud de toros, y que parecen fabulosas, le dieron cierto carácter de héroe de novela.

Hemos dicho, y repetimos, que parecia ser

su elemento la lidia, que no llevaba á cabo solamente por una especulacion, sino por instinto y aficion, aprovechando todas las ocasiones que se le presentaban y buscándolas de intento, bien fuesen ante el público ó bien en las soledades de los campos (1).

Esta aficion, la inteligencia de las condiciones de los bichos, su continuado ejercicio de la profesion, los dones físicos de que Dios le habia dotado, su temerario y tranquilo valor, su simpática y arrogante figura, que tambien ésta contribuye á inclinar los ánimos, el no tener otros espadas de ese mérito extraordinario que le hicieran competencia, pues Jerónimo José Cándido, acaso con más conocimientos, se hallaba en su período descendente por efecto de la edad y de una en-

(1) Lidió por primera vez en Madrid en 1816, en donde trabajó con Jerónimo José Cándido y el Sombrerero, de regreso de Lisboa, donde se expatrió durante la dominacion francesa por lo mal quisto que estaba por los afrancesados, comprendiendo su horror hácia ellos. Gustó tanto á los portugueses, que le hicieron infinitas instancias para que no les abandonase, á las que no accedió cuando vió á su patria libre de extranjeros.

fermedad crónica (calambres) á una pierna, su acierto en acabar los toros de una sola estocada, su perfeccion en descabellarlos, en muchas ocasiones sin haberlos estoqueado, con un acierto tan admirable que ni ántes ni despues se ha conocido; todo parecia concurrir en su pró. Así es que Curro Guillen llegó á ser considerado como un torero consumado, eclipsando su fama la de todos los otros que en vano trataban de acercársele y ménos sobrepujarle.

Era tal el cúmulo de contratas que se le presentaban, que ideó elevar grandemente el tipo de la asignacion para evitarlas.

Y no obstante esta determinacion, le fué imposible dar cumplimiento á tantas como se le ofrecian.

Extraña sobremanera que un hombre que no rehuia jamás el peligro, no se viera acribillado de heridas, y sin embargo salió casi siempre bien de los aprietos; pero, como era casi lógico, su fin tenia que ser violento. En efecto, en el mismo país que le vió nacer, en la riente Andalucía y en la poblacion que sirviera de cuna al primer espada conocido, en la plaza de la populosa Ronda, espiró á los

cuarenta y cinco años, á consecuencia de una tremenda cogida de que fué víctima al dar muerte á uno de los toros recibiendo, aunque no se prestaba á ello, encolerizado por la chacota de algunos rondeños, émulos de la escuela sevillana (1).

La funesta nueva de la desgracia de este admirable torero, picador y matador en toda la extension de la palabra, se esparció como la luz de un relámpago, causando la más dolorosa impresion en el ánimo de todos los españoles y de los portugueses, que tuvieron que aplaudirle muchas veces en su suelo nativo, pues para los que somos amantes de estas fiestas nacionales, no hay patria que nos haga desconocer el mérito de las especialidades en el arte taurino.

(1) Juan Leon estuvo muy expuesto á perecer al mismo tiempo, porque fué arrastrado por el animal, sin causarle lesion alguna.

INTERREGNO DE POCA ANIMACION.

Desde la muerte de Curro Guillen hasta Montes, ó sea desde 1820 á 1830.

Pretenden erigirse jefes la mayor parte de los espadas de este tiempo.—Notable comportamiento de Jerónimo José Cándido.—Manuel Alonso (*El Jastellano*).—Juan Nuñez (*Sentimientos*).—Francisco Fernandez (*El Bolero*).—José Antonio Baden.—Antonio Ruiz (*El Sombrerero*).—Luis Ruiz.—Juan Jimenez (*El Morenillo*).—Juan Leon.—Francisco Gonzalez (*Pan-chon*).—Roque Miranda (*Rigores*).—Manuel Parra.—Manuel Lúcas Blanco.—Lorenzo Baden.—Manuel Romero (*Carreto*).

PRETENDEN ERIGIRSE EN JEFES LA MAYOR PARTE DE LOS ESPADAS DE ESTE TIEMPO.

Pasados los primeros momentos de dolorosa impresion que produjo la muerte de Curro Guillen, comprendiendo sus discípulos que sólo á ellos estaba encargado el sostener de la mejor manera posible la animacion de la lidia, llevaron á la práctica sus conocimientos, procurando inspirarse en el recuerdo de las diversas suertes puestas en juego por el maestro; pero aconteció que todos los que se creian con algun poder quisieron constituirse

en jefes de cuadrilla y tomaron distintos rumbos, imposibilitando así la formación de un cuadro selecto que reuniese el prestigio y vitalidad requeridos para entusiasmar, contribuyendo inconscientemente al desvío que empezó á notarse respecto de este espectáculo.

Y agregada á las causas expuestas, la de que ninguno de los lidiadores por entónces en juego agradaba como sus predecesores, que lo fueron de *primitivo cartello*, y como en el arte del toreo, lo mismo que en todo otro, los que no se exceden á sí mismos distraen y agradan, pero no excitan una atención desmedida, empezó á decaer visiblemente la afición á los toros.

NOTABLE COMPORTEAMIENTO DE JERÓNIMO JOSÉ CÁNDIDO.

Jerónimo José Cándido, que comprendió lo perjudicial de esta falta de armonía y de inteligencia entre los diestros sus coetáneos, que redundaba en contra de las fiestas taurinas, no pudo ver con resignación semejante parasismo en el arte que tanto le había entusiasmado y en el que tantos laureles había logrado conquistar; y á pesar de encontrarse

retirado á causa de los achaques que de cincuenta años próximamente habia empezado á padecer, salió de su ostracismo, y valido de su atoridad sobre todos ellos, se colocó al frente de los jóvenes discípulos de Curro Guillen, que se hallaban entregados á sí mismos, para animarlos, unirlos, estimularlos y llevar con sus consejos y experiencia á mayor grado de perfeccion y novedad los principios enseñados por su competidor. Bien pronto algunos empezaron á señalarse. Mas debemos confesar ingénuamente que no entusiasmaron como sus maestros, ni gozaron más que de una buena reputacion, que ha conseguido pasar á la posteridad. Por esta razon, y porque detenernos en las reseñas biográficas de todos, fuera, ademas de molesto y pesado, repetir con muy pocas variantes las generales á la mayor parte de los matadores de toros que, aunque bien quistos, no han logrado formar escuela ó imprimir un carácter marcadamente portentoso ó excepcional á la lidia, citaremos de prisa los nombres, y en conjunto el concepto que cada uno de ellos mereció en general y algunas de sus hazañas, excepcion hecha de Juan Leon, Antonio Ruiz (El Som-

brerero) y Juan Jimenez (El Morenillo), que fueron muy notables.

EL CASTELLANO.

A *Manuel Alonso* (El Castellano) se le suponía con bastante buena inteligencia de las reses y agradaba hasta un punto suficientemente recomendable.

SENTIMIENTOS.

Juan Nuñez (Sentimientos) se captó el aprecio del público, pero sin rayar á una altura muy grande. El apodo con que se le conoce expresa perfectamente su corazón: era dadivoso, y en casi todas las corridas que tenían por objeto un fin benéfico, allí estaba él, renunciando el sueldo que le correspondía.

EL BOLERO.

Francisco Hernandez (El Bolero) fué un primer espada de buen deseo y que no desagradaba.

JOSÉ ANTONIO BADEN.

Este distinguido diestro, con las enseñanzas de Guillen primero, y de Jerónimo José

Cándido despues, llegó á ser uno de los primeros espadas de aquella época, compitiendo con Juan Jimenez (*El Morenillo*) tambien notable y educado bajo la direccion de iguales maestros.

EL SOMBRERERO (1).

Antonio Ruiz (El Sombrerero) fué en sus primeros tiempos operario de una pequeña fábrica de sombreros que poseian sus padres. Las inclinaciones sin límites que sintió por el torco le hicieron dejar su oficio, bien á pesar de los autores de sus dias que lloraban tan decidida inclinacion al arte tauromáquico, y se entregó de lleno á esta profesion. En ella superó algun tanto á los anteriores, aunque el carácter hosco en él predominante le aislaba por completo, perdiendo por esto muchas simpatías y perjudicando bastante á su mérito como lidiador.

Aprendió con *Curro Guillen*, que le concedió la *alternativa* en 1808.

(1) Nació en Sevilla en 1783; murió en la casa-hospicio de la misma ciudad, en 1860.

En el momento de matar, rayaba á gran altura con el estoque; no así le sucedia en el manejo de la muleta.

Tuvo la honra de ser el primero bajo cuyas órdenes trabajó *Montes* en Madrid.

LUIS RUIZ.

Alentado y protegido por El Sombrerero, su hermano, y con las buenas dotes que poseia, pronosticaba rayar á una altura inmensa si la muerte despiadada no hubiera acabado su existencia en lo más florido de su vida y cuando habia vencido y superado los principios rudimentales, siempre difíciles, pues ya los aplausos respondian bastante á menudo á los esfuerzos y habilidades que se le vieron ejecutar en la plaza.

EL MORENILLO (1).

Juan Jimenez (El Morenillo), abandonado á sí mismo por haber quedado huérfano de padre y madre siendo aún muy jóven, dejó su ocupación de ayuda de zapatero por el mata-

(1) Nació en Sevilla en 1783; murió en Madrid en 1836, viudo, con un puesto de venta de pan.

dero de Sevilla. En él adquirió con rapidez gran agilidad y soltura, y desde muy niño Curro Guillen, por afeccion y caridad, se erigió en su protector, tanto en Portugal, donde le hizo matar algunos novillos, como en España, que le instruyó hasta hacerle un buen espada; fué muy celebrado en su época, máxime desde que en una corrida mató á un bicho con la mano izquierda, operacion que repitió en diferentes ocasiones con los toros que tenían propension á marcharse á la derecha.

Curro Guillen le permitió alternar con él en dar muerte á los toros en 1808.

Ciertos resentimientos con su maestro, y su afan de independendencia, prefiriendo ser primero en plazas de menor orden que segundo en las primeras, contribuyeron bastante á impedirle fuera el toreo de la época, como se creyó al principio por todos y por el mismo Guillen.

JUAN LEON (1).

Notable discípulo del célebre Curro Guillen, era otro de los que por esta época más se distinguía, y fué la antítesis del anterior respecto á carácter, siendo alegre y bullicioso, lo que satisfacía bastante al público. Llegó á manejar la muleta y el capote de una manera especial y tan admirablemente, que nadie ha podido superarle, ni áun el mismo Montes que lo pretendió, yéndose en seguida al toro para acabarlo pronto, y evitando siempre el hacerse enojoso, como sucede con otros muchos en el acto de matar. Reunió bastantes conocimientos y un valor á toda prueba, que correspondía á su apellido y que fué bien apreciado por sus contemporáneos.

En sus primeros años se dedicó al oficio de sombrerero como era su padre. Este preveyó el porvenir de su hijo y no puso obstáculos á su afición.

El matadero de Sevilla y las novilladas

(1) Nació en 1788 en Sevilla; murió en Utrera en 1854.

y corridas dadas en pueblos secundarios por toreros de tercer orden le sirvieron de escuela, hasta que entró á formar parte de la cuadrilla del maestro Curro, donde realizó progresos extraordinarios, llegando á ser el émulo de El Sombrero, de El Morenillo y hasta del mismo Montes. Sin disputa alguna fué de los más acabados diestros desde que Curro Guillen se malogró. Los sucesos políticos influyeron muchísimo en las alzas y bajas que experimentaron en sus vidas tauromáquicas y de antagonismo, tanto Antonio Ruiz (*El Sombrero*) como Juan Leon. Este, liberal ó *negro*, clasificacion en boga entónces, y aquél, de ideas completamente opuestas, inclinaban el fiel de la opinion más ó ménos á favor del uno ó del otro segun los principios que predominasen en el poder, llegando á tal extremo, que en ocasiones los improprios y silbidos hicieron abandonar la lidia al que pertenecia al partido caído.

Sus *pases de pecho* han superado á cuanto idearse pudiera.

Despues de unos años de quietismo y cuando habian minorado extraordinariamente sus acultades, volvió á la palestra en 1850, lo

mismo que Montes, teniendo que retirarse ambos, despues de varios sensibles contra-tiempos.

PANCHON

6

FRANCISCO GONZALEZ (1).

Rudo en sus procedimientos, poco experto en ejecutar con gracia las suertes de la lidia, pero dotado de una intrepidez singular y de movimientos extremadamente rápidos, no fué de los espadas ménos atendidos en este período, realizando en general buen trabajo, pero de poco lucimiento, porque carecia de la sutileza, donosura y maestria necesarias, si bien paraba mucho los piés y se ceñia grandemente, siguiendo en su pureza á la escuela rondeña.

Empezó á ganarse la vida al finalizar el siglo pasado, en la cuadrilla de Pedro Romero, que le acogió por su robustez y agilidad, cuando contaba catorce primaveras.

En 1830, término de este período, recibió en Vitoria una cogida que le tuvo á las puer-

(1) Nació en Córdoba en 1784, y murió en la misma poblacion en 1843.

tas de la eternidad, cuando se encontraba en su auge, habiendo obtenido dos años ántes de Fernando VII la pensión de 100 escudos, porque en la plaza de Madrid, y á su presencia, pudo librarse de una muerte casi segura, apoyando las manos sobre el testud del toro, que le tenia arrollado.

A causa de su desgracia en el coso de Victoria, solicitó y obtuvo el cargo de conductor de la estafeta en la línea andaluza, que le quitaron el 36 por sus manifestaciones absolutistas, que trocó luégo en hechos, motivo porque se vió precisado á estar algun tiempo oculto.

Vuelto á la profesion con ménos facultades, y herido en Hinojosa en 1842, murió á los seis meses, por consecuencia de la cogida.

RIGORES (1).

Roque Miranda (Rigores) ocupó un puesto bastante distinguido á pesar de las contrariedades del tiempo en que ejerció su profesion, y de haber perdido en la inaccion tauromá-

(1) Nació en Madrid en 1799, falleciendo en 1843 en la misma villa de su nacimiento.

quica la práctica necesaria por haber pertenecido sin abandonar nunca y seguir en sus escursiones á la milicia ciudadana de Madrid de más temple y tener que estar oculto, á causa de sus ideas liberales, desde el 23 en lo sucesivo.

Jerónimo José Cándido le dió las primeras lecciones en el matadero de Madrid, y le agregó á su cuadrilla en 1815, y en 1818 dió ya con cuadrilla propia funciones en provincias muy subalternas.

Manifestó grandes deseos de matar en el coso de la corte, para lo que se le presentaron de continuo grandes dificultades, hasta que Fernando VII dió una orden á su favor, olvidando sus antecedentes liberales y por influencia de algunos de su familia que pertenecian á la servidumbre de palacio.

Merece especial mencion porque contribuyó con sus recomendaciones á que fuese admitido como espada en Madrid y empujado en la escabrosa senda tauromáquica el célebre y nunca bien ponderado Montes, y por la particular predileccion que le dispensaban sus paisanos los madrileños.

MANUEL PARRA (1).

A despecho de sus padres, tomó por diversion acudir á menudo al matadero de Sevilla y sortear reses con bastante serenidad y acierto, comprometiéndose cuando era casi un niño á lidiar en villorrios con una de las cuadrillas de desecho que dirigian algunos verdaderos matachines (2).

Esto impresionó desagradablemente á su padre que recurrió á todos los medios para hacerle desistir de profesion tan expuesta y obligarle á continuar la de tejedor á que le habia dedicado, lo que consiguió por el tiempo de su existencia.

En las cuadrillas de Baden y Curro Guillen pasó despues el noviciado, hasta que *Panchon* ó *Pachon*, como otros le llaman, empezó á matar en 1820, cuando contaba 23 años,

(1) Nació en 1797 en Sevilla; murió á consecuencia de una cogida en la plaza de Madrid en la segunda temporada de 1829, trabajando en competencia con Manuel Romero Carreto.

(2) Como *Arestoy*, *Inclan*, *Bela* y otros.

y despues alternó con El Sombrerero, Juan Leon y demas principales espadas, en provincias y en Madrid.

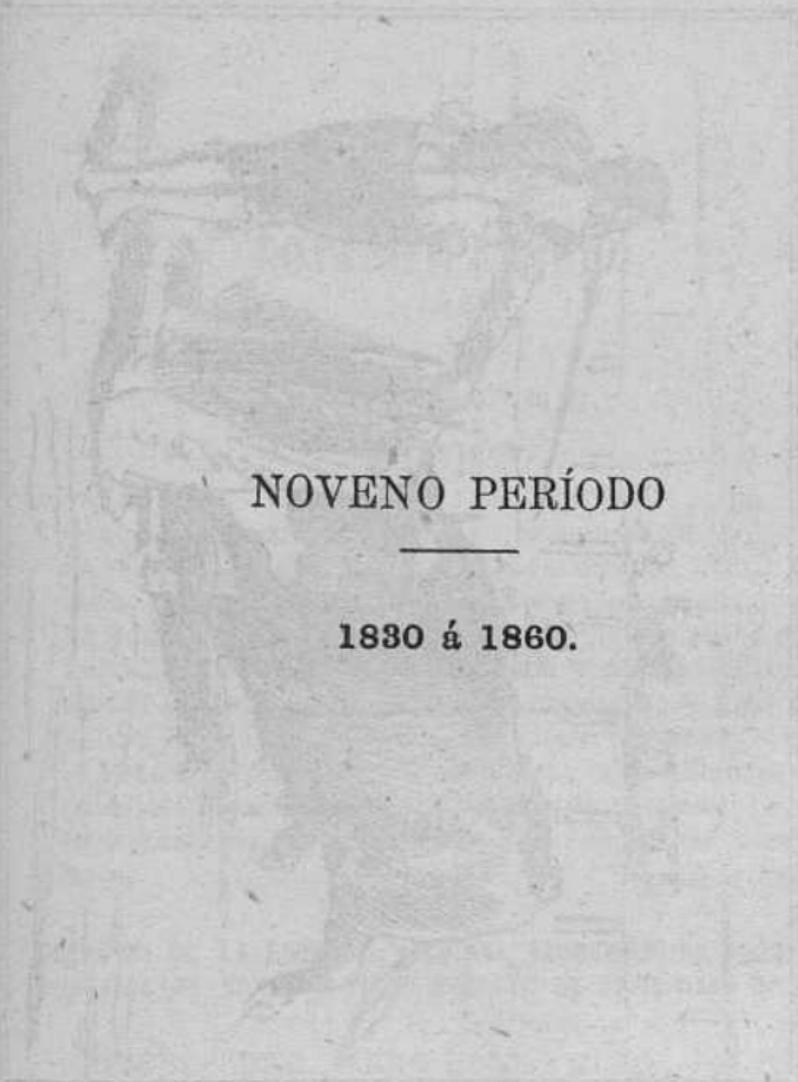
MANUEL LUCAS BLANCO.

De tablaiero ó cortador, adquirió el hábito de la lidia, por hallarse de continuo en el matadero de Sevilla con los maestros y aficionados.

Era intrépido hasta la fiereza, pero carecia de trasteo y despejo natural, y áun faltándole estas condiciones llegó, aunque muy pausadamente á alternar con los primeros espadas.

Cuando la fortuna parecia mostrársele más propicia, en el año 37, por una cuestion política, y hallándose entónces muy enconados los ánimos, dió muerte á un miliciano, acérrimo enemigo de sus ideas absolutistas, por lo que fué ejecutado el mismo año en Madrid.

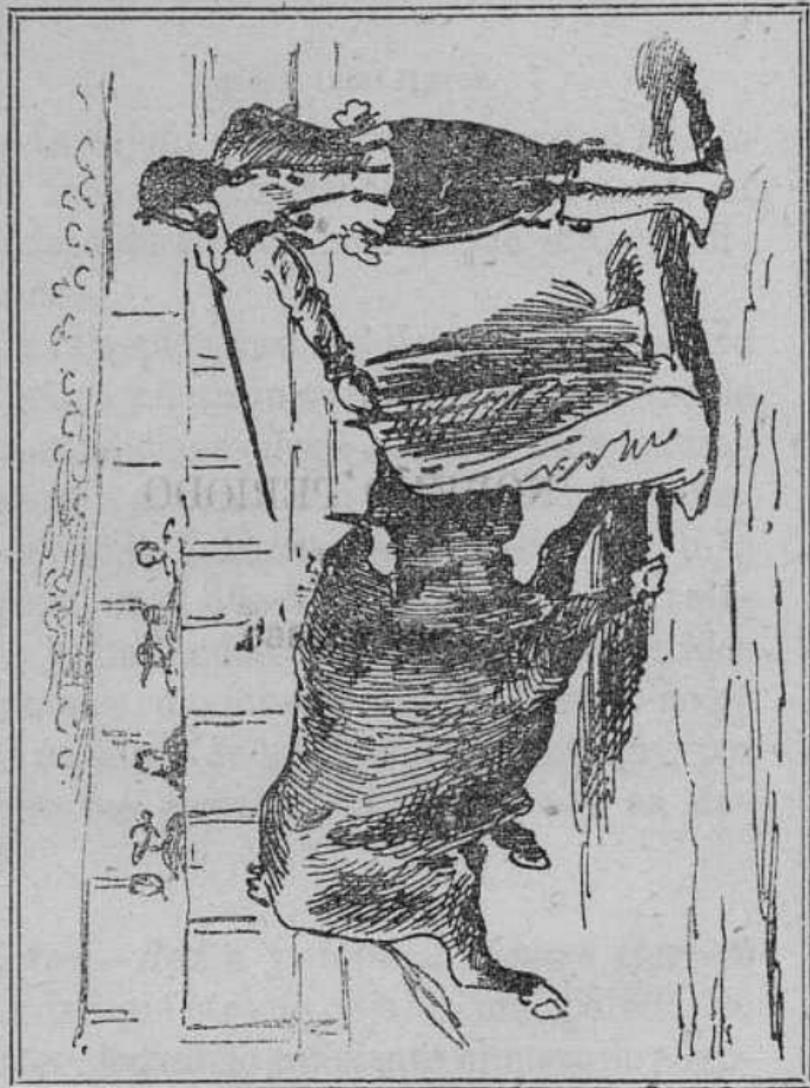
.
Lorenzo Baden y Manuel Romero Carreto
 y alguno que otro no dejaron mal parado su nombre, logrando suficiente número de adeptos entre los aficionados de aquella época.



NOVENO PERÍODO

1830 á 1860.

LAS CORRIDAS DE TOROS



Carácter propio del noveno período.

NOVENO PERIODO.

1830.—1860.

Creacion de la escuela nacional tauromáquica teórica y práctica de Sevilla, segun decreto de 28 de Mayo de 1830.—Francisco Montes.—Espadas no citados de los contemporáneos de Montes.—Pedro Sanchez.—José de los Santos.—Antonio Calzadilla (*Colilla*).—Antonio del Rio y Jordan.—Juan Pastor (*El Barbero*).—Isidro Santiago (*Barragan*).—Juan Yust.—Juan Martin (*La Santera*).—Don Rafael Perez de Guzman.—Francisco Arjona Guillen (*Cúchares*).—Manuel Diaz (*Labi*).—Gaspar Diaz.—José Redondo (*El Chiclanero*).—José Rodriguez (*Pepe'te*).—Manuel Trigo.—Juan Lucas Blanco, y otros.

CREACION DE LA ESCUELA NACIONAL TAUROMÁQUICA TEÓRICA Y PRÁCTICA DE SEVILLA, SEGUN DECRETO DE 28 DE MAYO DE 1830.

Muchos eran, como hemos visto, los espadas que en este tiempo recorrian las diversas plazas de España precedidos de bastante crédito; pero como se requieren especialida-

des para poder llamar la atención del público y dar vida á estos espectáculos, y ninguno de aquéllos reunia en la latitud necesaria las infinitas condiciones que para ellos son precisas, máxime cuando estaba impresa en el público aficionado la memoria de Costillares, de Pedro Romero, retirado entónces de la escena pública, de los malogrados Pepe-Hillo y Curro Guillen, y del ya decrépito Jerónimo José Cándido, imposibilitado de lidiar por sus achaques, es lo cierto que por estas ú otras causas la languidez en las corridas de toros volvió nuevamente á sentirse, para empezar más tarde nueva animacion y brillo.

Por esta época tuvieron lugar célebres controversias entre los primeros hombres públicos y distinguidos literatos sobre la utilidad ó inconveniencias de las corridas de toros, polémica que se recrudecia de cuando en cuando desde la publicacion de la célebre memoria de Jovellanos.

La soberana é ilimitada voluntad de los monarcas que dieziseis años ántes habia decretado la abolicion, la prohibicion terminante de estas fiestas, eminentemente populares y arraigadas, al ver, en la época que

describimos (año 1830), el decaimiento de las mismas, ordenó y mandó por otro decreto firmado el 28 de Mayo del citado año, fundar, como luego se fundó, la célebre escuela tauromáquica de Sevilla, otorgando la concesion de 20.000 rs., para distribuirlos como beca entre diez discípulos numerarios.

Pedro Romero, que se hallaba descansando sobre sus laureles en Ronda, pueblo natal que era tambien el dé sus antepasados que figuraron en el arte de la lidia, fué encargado de su direccion. Nadie más digno por todos conceptos que él para este puesto (1).

Fué nombrado tambien como su segundo el celebrado Jerónimo José Cándido, de notables conocimientos, y como hemos indicado, maestro práctico de casi todos los toreros que merecian y recibian aplausos por este tiempo. Estos dos profesores, consagrados con ahinco al cumplimiento de su deber, despararon bien pronto entre sus discípulos los

(1) Pospuesto á Jerónimo José Cándido para el cargo de director, dirigió al monarca una atenta solicitud exponiendo modestamente sus merecimientos, que fué inmediatamente atendida.

grandes conocimientos que poseían, suministrados por sus genios especiales para el toreo y por su dilatada experiencia.

Se hallaban en ellos dignamente representadas las dos escuelas: la de Ronda por Romero; la sevillana por Cándido.

Es indudable que con esta escuela teórica y práctica y la protección que parecía estar dispuesto á prestarla Fernando VII, habían de tomar cierto fomento estas fiestas, y así sucedió poco despues.

Y es positivo tambien que con maestros tan notables, consagrados á la enseñanza de este arte, eran de esperar grandes progresos por aquello de que *talis qualis es pater, talis qualis est filius*, y que parodiando nosotros esta gran máxima, decimos: «segun son los maestros así son los discípulos.»

Y en efecto; en el poco tiempo que permaneció abierta aquella escuela, se lograron inmensos resultados; testigos el gran torero Montes y Cúchares y tantos otros que apenas si les fué posible aprender en ella los rudimentos del arte por lo efimero de la vida de aquel establecimiento nacional.

No es nuestro ánimo aquí ni aplaudir ni

censurar lo digno ó indigno, lo oportuno ó inoportuno del acuerdo soberano creando esa escuela; solo si debemos hacer constar los progresos debidos á ella en la profesion del toreo.

Varios son los colores del prisma por que se puede ver, ya en sentido favorable ó ya en adverso, la fundacion de una escuela destinada á este propósito.

Y si no entramos en el fondo de esto, no es porque carezcamos de razones, sino porque sería contrariar la índole de nuestro trabajo.

Y hechas estas salvedades, pasemos á bosquejar á brochazo limpio la vida de los espadas que podemos llamar del renacimiento del toreo.

FRANCISCO MONTES (1)

La fama conquistada por este torero nos induce á detenernos en consideraciones biográficas con alguna más extension de la que nos

(1) Su cuna fué Chiclana en 1804: su tumba el mismo punto en 1851, á los 46 años de edad, aunque su naturaleza se hallaba tan trabajada y gastada que representaba muchos más.

habiamos propuesto y de lo que lo hemos hecho con los datos referentes á todos los otros espadas.

Hijo del administrador de Monte-Corto en Chiclana, estaba llamado á seguir una carrera para la que ya le preparaba su padre, cuando la cesacion en su empleo le redujo á la miseria y defraudó sus risueñas esperanzas.

Un maestro de obras, compadecido de su situacion, le aplicó á su oficio para que pudiera ganarse lo más preciso á la vida. Pero ántes de dedicarse á esto y en los ratos de que despues disponia, buscaba la distraccion donde quiera que hubiese de estas fieras bravas, imaginándose poder salir de su precario estado una vez que tuviese algunos conocimientos del toreo. Jerónimo José Cándido vió su trasteo, le admiró y pudo conseguirle una plaza pensionada en la escuela de que formaba parte.

Alumno de la escuela tauromáquica creada en Sevilla con profesores tan recomendables y reconocidos como el gran Pedro Romero y el por todos conceptos notable Jerónimo José Cándido, con bastante buena inteligencia de

su parte, con dotes físicas envidiables y gran corazón, ¿cómo no había de sobrepasar Montes á todos los espadas que abundaban en aquella época, pero que entregados á sí mismos la mayor parte del tiempo de su profesión, sólo habían conseguido conservar á cierta notable altura el toreo sin que la llama del genio les elevara al templo de la gloria, al que tantos dirigen sus pasos y al que tan pocos llegan?

Poco tiempo duró la escuela referida, pues hubo que suspenderla por nuevos acuerdos, y nuestro protagonista Montes tuvo que retirarse á Chiclana, pueblo de su naturaleza, donde perdió lastimosamente algunos meses, aunque tomando parte en alguna que otra corrida en que demostró genio y travesura.

Comprendiendo sin duda que nadie es profeta en su patria, se vino á la corte, y debido á sus gestiones pudo conseguir trabajar por primera vez en Aranjuez y después en Madrid, revelando buenas condiciones para el oficio.

No pasó mucho tiempo sin que excitase la curiosidad por su desenvoltura en el manejo de la capa, por su serenidad ante la fiera y por el buen método al estoquear las reses;

curiosidad que luego se trocó en admiracion y por último en delirio.

En vano sus protectores Antonio Ruiz (*El Sombrerero*) y Roque Miranda (*Rigores*), á quienes Montes emulaba, recurrian á todos los resortes nobles que pudieran suministrarles su práctica y sus conocimientos taurinos para no verse superados; todo fué inutil: querer no es poder siempre; Montes avanzaba con pasos de gigante de una á otra corrida, y de uno á otro mes elevaba tanto su gloria, que sus triunfos se esparcian con la velocidad del rayo por toda Europa.

Juan Leon, que gozaba de los favores del público, tuvo bien pronto en Montes un temible rival que le arrebatava sus triunfos, que aquel se esforzaba en conservar, y la lucha de emulacion entre ambos diestros dió lugar á un período notable.

Dificilmente se hallará un torero que con tanta rapidez como Montes haya elevado su nombre sobre el punto más culminante de la fama, no obstante la falta de seguridad en clavar el estoque, que dejaba atravesado bastantes veces.

La serenidad en la lidia, el manejo del ca-

pote con una destreza inusitada, el conocimiento de las reses, las que parecían supe-
ditarse á su voluntad; la novedad de verle
en rápida huida de la persecucion de un toro,
y pararse de improviso, conmoviendo atroz-
mente el ánimo para tranquilizarle en segui-
da viendo al bicho detenerse á la vez á una
insignificante distancia, los juegos sorpren-
dentes entre el lidiador y la res, ya pasán-
dole el pañuelo ó la zapatilla por el hocico,
ya cogiéndole del rabo y evitando con su
arrojo desgracias que parecían irremediables;
todo esto y muchas notables estocadas re-
cibiendo ó á volapiés, hicieron de él un
héroe y uno de los más afamados, ó quizá
el más afamado de los que consignan con
letras imperecederas los anales de la historia
del toreo.

El salto de la garrocha y al trascuerno
llegó á ejecutarlo tan admirablemente, que
Paquilo, como algunos le llamaban, era el
hombre de la plaza.

La vida tauromáquica de este torero fué
breve, desde el año 1832 al 46 próximamen-
te, en que puede decirse se retiró de la pro-
fesion siendo aún bastante jóven; pero en

cambio la serie de los triunfos habia sido continuada y los laureles por él conquistados inmensísimos.

Y no solamente los conquistó por sus grandes condiciones de diestro, sino por las que poseia para el trato social en todas las esferas.

A pesar de que las circunstancias críticas por que atravesaba el país con la lucha intestina de los siete años entre liberales y realistas, en la que España se desangraba y perdía sus mejores hijos, hijos que con tanto heroísmo lucharon contra el extranjero para venir despues á despedazarse mutuamente, no eran las más aparentes; á pesar de todo, repetimos, estas fiestas tomaron un incremento extraordinario (1).

No sabemos si atribuir á las especiales condiciones de Montes ó á otras causas este gran desarrollo de las corridas de toros y la

(1) En este período, que podemos llamar del renacimiento, dió á luz el Sr. Lopez Pelegrin, bajo el pseudónimo de *Abenamar*, su curioso libro titulado *Filosofía de los Toros*, muy apreciado por los inteligentes.

notable afición que despertaran, casi adormecida desde principio del siglo; pero sí podemos aventurar que esta existía y que tomó una preponderancia inmensísima apenas terminada la guerra civil, ó desde el año 40, á causa de la paz que comenzamos á disfrutar y que esparció sus beneficios por todos los pueblos. Sea el que quiera el motivo, es lo cierto que en todas las provincias se sucedían estas fiestas populares, y que se hacían enormes sacrificios porque Montes las animara con su presencia.

Mucho pudo contribuir á la fama de este diestro los adelantos y las vías de comunicación, que aunque no á la altura en que se hallan en la actualidad, facilitaban bastante las relaciones de provincia á provincia y de nación á nación (1).

Comprendiendo Montes que no se puede abusar de los triunfos, y que á cierta edad, si

(1) No poco contribuyeron á realzar las fiestas de toros en esta época los inimitables revisteros *Abenamar* y *El Estudiante*, cuyas chispeantes revistas aparecieron en *El Correo Nacional* y consultan hoy con anhelo todos los que se dedican á la sátira y á escribir sobre toros.

bien aumenta la experiencia se aminoran las facultades materiales, tan precisas á esta clase de profesion, tuvo por prudente retirarse pronto á la vida privada para reposar sobre los laureles conquistados á los dieziseis años de ejercer el oficio.

Habia pasado ya bastante tiempo alejado de la expuesta vida tauromáquica, y algunos amigos por demas oficiosos, insistiendo cerca del maestro le obligaron á presentarse otra vez en la plaza, sin observar los inconvenientes á que puede dar ocasion la falta de uso y la pérdida de la agilidad, presencia de ánimo y las mismas fuerzas que el arte requiere. ¡Qué imprudencia! Nosotros aconsejaremos siempre á nuestros lectores que una vez que cualquier diestro se halle ya retirado de su profesion, ni siquiera se le proponga, y ménos se insista, que vuelva al rondel para saciar la curiosidad pública, pues tan buenos deseos, suelen traer, como la experiencia demuestra, fatales resultados.

Por las referidas instigaciones empujado, y quizá tambien en atencion á estar sus negocios algo alicaidos, en 1850 volvió al circo, con su segundo Juan Martin (*La Santera*),

viéndose imposibilitado por la atonía de facultades de recordar sus buenos tiempos, teniendo que retirarse pronto, como Juan Leon que intentó lo propio el mismo año, á causa de graves contratiempos é inutilidad de sus esfuerzos.

No hay que indicar siquiera el entusiasmo vítores y commocion que su presencia produjo, pero la misma emocion y el afan de corresponder á los saludos y plácemes de sus admiradores, le hacía olvidarse de que se hallaba en el redondel, y fueron la causa de que, despues de dos funciones en la corte y otras fuera, recibiese en la coronada villa una cogida en una pierna el 21 de Julio de 1850, por un toro denominado *Rumbon*, perteneciente á la ganadería de D. Manuel de la Torre y Baure, de Madrid.

Dicho toro era retinto, aldinegro, gacho del izquierdo y habia merecido y recibido banderillas de fuego.

Al cabo de varios meses de hallarse postrado en el lecho del dolor, á consecuencia de la herida citada, entre dudas y augurios diferentes, le dieron el alta aconsejándole desistiera de acceder á las proposiciones é invi-

taciones que aún se le hacian. Retirado á Chiclana bastante decaido por su prematura vejez y la última cogida, se vió acometido de unas calenturas malignas que le condujeron al sepulcro, acompañándole el sentimiento general.

Loor á tan notabilísimo diestro, gran regenerador de este arte y conjunto de inteligencia, valor, serenidad, conocimientos sin iguales, actividad y afan de satisfacer. Dió á luz un libro notable sobre el *arte de torear á pié y á caballo, y conveniencias de la reforma del espectáculo*, titulándole TAUROMAQUIA (1).

ESPADAS NO CITADOS DE LOS CONTEMPORÁNEOS DE MONTES.

El genio del gran maestro Montes era una contrariedad invencible para todos los toreros de aquella época, pues aunque se distinguiesen algun tanto, como no era posible la competencia con él, tenian que quedar eclipsados

(1) Como un dato que puede servir para dar á conocer el nombre y popularidad de Montes, consignaremos que circuló por entónces la noticia de que Isabel II se mostró inclinada á darle el título de Conde en consideracion á sus merecimientos.

casi por completo y así sucedió, siéndonos imposible hacer otra cosa que consignar sus nombres sin detallar particularidades, máxime cuando fueron tantos los espadas conocidos, que de detenernos en sus biografías haríamos pesado é interminable este trabajo, y aun así su descripción nos será en lo sucesivo difícilísima.

PEDRO SANCHEZ.—JOSÉ DE LOS SANTOS.

Pedro Sanchez y José de los Santos figuraron como medios espadas ó segundos de Montes, de Miranda, de Juan Leon y otros, cumpliendo su cometido. Murió en Valencia José de los Santos, á consecuencia de habersele enconado una herida de espada que recibió en el muslo. Era una gran figura y bastante diestro en el manejo de la muleta.

COLILLA, ó ANTONIO CALZADILLA.

Este matador se dedicaba á recorrer las plazas de segundo y tercer orden, no estando completamente desprovisto de condiciones, y gozó de alguna reputación.

ANTONIO DEL RIO Y JORDAN.

Oriundo de la villa del oso y el madroño (que sin embargo de lo extensa que es y de su afición siempre en boga hácia los toros, ha sido cuna de muy pocos toreros famosos), contrariando la voluntad de sus padres, empleados en el matadero de Madrid, dejó su oficio de carpintero y se dedicó á la lidia casi niño, pues apenas pasaba de los diez años, llegando á ser segundo de Montes, pero sin remontarse á los primeros puestos, aunque no mal quisto y sí bien mirado por el público.

EL BARBERO, ó JUAN PASTOR.

Este diestro, segundo espada de Juan Leon primeramente y despues de Montes, procuró seguir las inspiraciones de sus maestros, consiguiendo alguna reputacion, sobre todo en Andalucía, pues se le veia buena intencion y afan de corresponder con el público, si bien su desaliño, descompostura y derroches en lujo, francachelas, barraganas y caballos de regalo, acarrearón su descrédito y su miseria bastante pronto.

BARRAGAN (1).

Isidro Santiago (Barragan), por instinto se dedicó á la lidia, concurrendo á ensayarse en las novilladas que tienen lugar en los pueblos comarcanos de Madrid, y creyéndose con condiciones para abrazar esta profesion, se consagró á ella, logrando elevarse á bastante altura para ser como primer espada estimado del público.

JUAN YUST (2).

Dedicado desde muy jóven á la lidia, sus maestros de matadero, los principales espadas de entónces, desconfiaron de su porvenir, porque no conseguian de él aplomo alguno, por más advertencias y consejos que le daban. Su tio, el diestro Luis Rodriguez, con el cariño que da el parentesco, concibió esperanzas y se á dedicó con ahinco á dar lecciones á su sobrino, consiguiendo refrenase el ímpetu de su irreflexion y facultades temerarias.

(1) Nació en 1811 en Madrid: sucumbió el 49 en una lidia de toretes.

(2) Nació en Sevilla: un cólicole abrió la sepultura en 1842 en Madrid.

Leon que le vió más asentado, le admitió en su cuadrilla, y queriendo probarle en la suerte de matar le animó á ello, la que ejecutó con grande desacierto, negándose á continuar.

A la creacion de la escuela tauromáquica de Sevilla abandonó sus ajustes, á pesar de la escasez de medios con que contaba para subsistir, y entró á formar parte de los discípulos, inclinándose más á la enseñanza de Pedro Romero. El maestro formó empeño y se obstinó en que venciese su dificultad en el manejo de la flámula ó muleta á fuerza de ensayos y repeticiones, y conseguido su propósito empezó para Yust la série de triunfos desde 1833, en que le hizo Juan Leon su segundo.

Apénas hubo pisado la arena en el concepto de matador, lo mismo en Andalucía que en las Castillas supo adquirirse un gran renombre, que crecia como por ensalmo y auguraba una de las más notables estrellas del toreo, como digno competidor de Montes, cuando la parca fiera quiso arrebatárle á este arte y le arrebató de este mundo y de sus infinitos admiradores. Fun-

dadas esperanzas hizo concebir, pues su método especial indicaba algo nuevo que no reunían los demás espadas de aquella época, mas no pudo llegar á poner en práctica la brillantez de su genio por su prematura muerte.

LA SANTERA.

Juan Martín (La Santera) no tuvo el origen humilde de la generalidad de los diestros, sino muy al contrario, fué descendiente de una familia muy acomodada de Sevilla, donde nació en 1810.

Sus primeros estudios no le impedían dedicar bastantes ratos á su desmedida afición hácia el toreo, progresando bastante en él, y no contentándose con ejecutar bien las primeras suertes de capa, llegó paulatinamente hasta conocer la última, la de matar.

Cuando llegó á reunir todos estos conocimientos recorrió algunas plazas del Mediodía, formando parte de cuadrillas, á las que no solamente cedia la parte alícuota que á su trabajo de espada correspondiera, sino que además costeaba sus gastos. Esto y ciertos negocios desgraciados contribuyeron á que per-

diera casi por completo su posición, y para subvenir á las necesidades de la vida se consagró á la lidia desde 1836 como profesion lucrativa.

Aunque no prosperó mucho, no dejó de ser bastante distinguido, como lo prueba el acompañar á Montes como segundo en la mayor parte de sus escursiones á provincias y algunas de Madrid, dejando traslucir su educación, realzada por su arrogante figura.

Se retiró definitivamente en 1866 á descansar de sus fatigas en la casa de sus antepasados, en el barrio de San Bernardo, de Sevilla. Ha casado pocos años hace una hija suya con CURRITO (hijo de Cúchares).

DON RAFAEL PEREZ DE GUZMAN (1).

Si en la antigüedad hemos visto y contemplado con fruición suma aquellos elevados caracteres, sólo propios de nuestra raza en su época de apogeo, en que por su Dios y su dama se exponían gustosos á perder la vida,

(1) Nació en Córdoba en 1802; murió trágicamente en 1838, por una facción, en la Mancha, en las cercanías de la Guardia.

lo mismo en el palenque de los caballeros que en la arena del circo de los toros, lo más escogido y lo más noble en las armas, en la sociedad y en la política, ¿cómo no ver con especial agrado que en este siglo de repugnante afeminación que, como hemos apuntado en el trascurso de este compendio, se ha trocado la lanza del guerrero por el abanico de la coqueta, y con esto está dicho todo, cómo no ver, repetimos, con especial agrado, que todavía hay entre la aristocracia quien se muestra digno por su arrojo, serenidad y corazón de la época de la reconquista?

El personaje que nos ocupa era descendiente del modelo de fidelidad más acabada, del Gran Guzman el Bueno, que desde los muros de Tarifa tuvo la grandeza de alma de tirar el puñal, para que los inhumanos sitiadores asesinaran como cobardes al hijo de sus entrañas ántes que deshonorarle y deshonorarse con la entrega de la plaza: en una palabra; nos referimos al hijo de los condes de Villamanrique del Tajo, que habia seguido ántes la carrera de las armas, y que por la suerte ó por la fatalidad de una reyerta con sus superiores, inclinó á su genio susceptible á pedir

la licencia absoluta, que le fué otorgada, y á hacer de su afición al toreo su profesion favorita.

Entre sus ilustres ascendientes se habian distinguido varios en la tauromaquia caballerosa, y una señora de la misma familia, consta haber contraido lazos matrimoniales con el *boreador* de Jerez, hallando su padre D. Enrique su favorita diversion campestre en las briegas á caballo con los toros.

Siguiendo el ejemplo paterno él y Diego, hermano suyo, pasaban los ratos de ocio de su juventud en parecidos ejercicios, llegando á practicar en ciertos casos las suertes de á pié.

En estrecha amistad con todos los principales toreros de Sevilla, habia pasado cuantos ratos libres le permitian las obligaciones de su carrera ó de ocio en el matadero de esta ciudad, donde estaba de guarnicion, pasando los bichos con mucha decision y grande inteligencia. Estos fueron sus principios tauromáquicos.

Dispuestas en Sevilla algunas corridas de Beneficencia, por diferentes motivos, tomó parte en ellas, como espada, para abrazar despues con ahinco esta profesion.

Los conocimientos especiales que poseía de las reses y lo bien combinado de sus ataques y defensas le elevaron bien pronto á la categoría de un aventajado matador, á pesar de tener que habérselas con su maestro Montes, Juan Leon y otros notables. Aunque gozaba de reputacion envidiable, esta hubiera sido mayor si una prematura y trágica muerte, causada por los facciosos en la Mancha, no hubiera cortado el hilo de su peregrina carrera tauromáquica, hallándose de camino para Madrid, adonde se dirigia contratado y anunciado de antemano con Montes y Miranda, para darse á conocer en la corte.

En las suertes de recibir lucia más su apostura y corazon que en las de volapiés, que no ejecutaba con tanto acierto.

CÚCHARES.

Francisco Arjona Guillen (Cúchares) (1), sobrino de la celebridad tauromáquica Curro Guillen, empezó á llamar la atencion por los años de 1840.

(1) Nació en Madrid el año 18; falleció en la Habana, atacado del *vomito negro*, en 1868.

Descendiente por ambas líneas paterna y materna de los diestros más señalados y distinguidos, si bien su padre, apodado *Cos-tura*, del que quedó huérfano á los diez años, no pasó de ser un mediano matador de toros, aunque notable banderillero, sintió en su co-razon afan de corresponder á los anteceden-tes de la familia y á los prodigios relatados de continuo en el hogar doméstico, que apa-recian á su infantil imaginacion como cuen-tos fantásticos, como actos sobrenaturales.

Sus principios tauromáquicos los debió á la escuela sevillana, dirigida por los célebres matadores Pedro Romero y Jerónimo José Cándido, en la que fué admitido como pen-sionado y recomendado eficazmente por per-sonas de valía, consiguiendo luego merecer la simpatía de sus maestros y de cuantos in-tervenian en la inspeccion de la misma por su comportamiento y disposiciones para la profesion, principios que ensanchó con su in-teligencia bajo la direccion práctica del buen espada Juan Leon, desde 1834.

Las dificultades con que otros tropezaban para poder presentarse al público, quedaban vencidas para Cúchares por los antecesores

de su familia, toda perteneciente á esa profesion, desde Curro Guillen, su tío, que habia adquirido tanto crédito.

Apénas dió á conocer deseos de trabajar, Juan Leon le reclamó y consiguió entrarse en su cuadrilla como banderillero, siendo su discípulo más querido y por el que tomó tal cariño é interes, que le empujó á dedicarse á espada á poco de apuntarle el bozo, y le proporcionó contratas fuera y dentro de Madrid, desde 1838 en adelante, con Yust, y el 39 le llevó de segundo en sus escursiones á provincias.

El 40 alternó con Juan Pastor en la corte, formándose una reputacion envidiable.

Bien pronto conquistó gran renombre que fué acrecentando hasta su fallecimiento, pues en el manejo de la muleta llegó á una altura inconcebible; y poseia tanta inteligencia, que en su dilatada vida tauromáquica, empezada ántes de los veinte años y terminada á los cincuenta, época en que murió, apénas si ha tenido un par de cogidas de inminente peligro, matando con gran aplomo, inteligencia y destreza, lo mismo recurriendo á los procedimientos más en armonía con la es-

cuela rondeña que á los de la sevillana.

La limpieza, gracia y serenidad en ejecutar la *suerte de farol* eran dignas de todo encarecimiento, y á menudo se la hacian repetir.

En 1848, en una corrida extraordinaria dada en Madrid, se disputaron la supremacia *Montes, Cúchares* y el *Chiclanero*, pareciendo retrotraerse este espectáculo á los buenos tiempos de *Costillares, Pedro Romero* é *Hillo*, ó fines del siglo pasado.

Cierta relajacion muscular que tiempo ántes sufrió, y de la que parecia curado, renovada con mayor intensidad en 1850, influyó para hacerle más cauto y que rehuyera á menudo el toreo franco, empleando las mañas de su experiencia y conocimientos especiales.

Desprovisto de autoridad severa con la cuadrilla, caprichoso é insistente en actos que le perjudicaban y careciendo de táctica especial en el trato de las gentes, no evitando la ruda franqueza que le era peculiar, nada exterior, en una palabra, de lo que utilizaron para su encumbramiento antecesores suyos, influia en su abono para elevarle á tan alto

puesto, sólo adquirido por tan sobresaliente mérito en el arte, siendo reconocido como *el maestro* desde la muerte, en 1853, del Chiclanero, constante y distinguido competidor de Cúchares.

Era poco amigo de ejecutar en sus últimos años la suerte de matar recibiendo; y preguntado varias veces por los amigos, extrañándose que con tanto arte y tantos conocimientos, lo primero que procuraba era burlar el bulto exponiéndose á los silbidos, contestaba con gracia especial: « Los pitones del toro pueden agujerearme la piel; los gritos y silbidos pasan veloces y sin dejar mella en el túnel de mis oídos, que tantos vítores han escuchado. »

¿Quién duda que Cúchares ha sido el espada de esta época y el patriarca de la familia actual de lidiadores, por estarle muchos de los principales espadas coetáneos unidos por vínculos de parentesco lateral y colateral, y otros por los que da el carácter de segundos padres á los maestros?

Mucho más pudiéramos decir, pero nos extendemos poco en la biografía de este notable espada, por haber sido conocido de todos los contemporáneos, pues no hay plaza en

que no haya hecho las delicias del público.

Sóloañadiremosque, dadivoso por excelencia y protector constante de los desvalidos (en especial de los avecindados en el barrio de San Bernardo, barrio de los toreros, en las afueras de Sevilla, y habitual residencia del maestro), desparramaba con mano pródiga el manantial de oro, producto de su constante trabajo, mitigando dolores de madres infelices, de ancianos achacosos y de doncellas huérfanas, á las que dotaba. Tan notoria filantropía, y el tenaz empeño de mejorar una ganadería de algun renombre y la preciosa huerta de Villalon, á algunos kilómetros de Sevilla, que es la envidia de las personas de gusto, intentando aclimatar plantas extrañas al país sin reparar en los gastos, contribuyeron á amenguar su fortuna; pero celoso de su familia como padre amante y marido cariñoso, intentó reponerla, para lo cual, queriendo confirmar tambien la fama de su nombre al lado opuesto de los mares, hizo rumbo hácia la Isla de Cuba, arribando felizmente á la Habana, punto de su destino; pero ántes de poder efectuar la primera corrida que tenia preparada, falleció de muerte na-

tural, dejando un vacío difícil de llenar. Varios créditos perentorios en contra suya que reclamaban los acreedores apenas ocurrida su muerte, fueron causa de que los herederos vendiesen los bienes legados sin la estimación que marcaban las proposiciones que á Curro Cúchares se hicieron.

LABI (1).

Manuel Diaz (Labi). Forzado por el destino á ganar su subsistencia en el matadero de toros de la bella y republicana ciudad de Cádiz, su país natal, adquirió cierto hábito de luchar con las reses, que unido á su afición, agilidad y valor á toda prueba, le indujo á dedicarse primeramente á la vida de banderillero y despues á la de matador, no dejando de adquirirse simpatías, aunque sintiendo todos no correspondiese su arte á su corazón.

De origen zingaro (gitano), era bondadoso con los pobres é infelices, decidor y gracioso en lenguaje chavacano, como puede juzgarse

(1) Nació en Cádiz hácia 1812, y á poco de llegar á Lima, contratado para dar varias corridas en 1858, murió á causa de una fiebre maligna.

por el siguiente, el más culto que usaba: «*Maestro: me vistió usted de muleta, y en cuanto me dicaban los toros se alegraban conmigo como si fuera con uno de su misma familia.*» Siempre dispuesto á hacer en la plaza, entre revolcones y sustos, lo que el público le pedia, pues lo que le faltaba en arte le sobraba en corazon, y tan propenso á imitar grotescamente lo ejecutado por otros, constituia una especialidad que, por lo extraña y rara, era celebrada en España y tanto más en Cuba y Méjico, cuyos distantes países recorrió, y decia recordando sus triunfos en ellos: «*Si vuelvo allá, estrono al rey de aquella tierra, de seguro*» (1).

(1) Réfiérense de este torero grandes dislates que suelen recoger aún los periódicos en la sesión humorística, pues aunque carecia de toda clase de instruccion literaria, asistia á los círculos de los escritores más distinguidos de su época, y sin conocer su ignorancia tomaba parte en las discusiones más serias sobre historia, literatura y ciencias, haciendo desternillar de risa á sus concurrentes.

GASPAR DIAZ.

Anterior en la lidia á su hermano Manuel, y maestro suyo, pues éste dependió de Gaspar como banderillero, y áun como espada, fué inferior al discípulo, aunque en algunto no dejó de agradar tambien por su agilidad é intrepidez desmedida en su falta de recursos de arte para evadirse de los aprietos; intrepidez y agilidad, que llegó á exponer nada ménos que en Filipinas, demostrando con esto el mismo origen gaditano de su hermano *Labi*, por lo dispuesto que están los habitantes de la perla de los mares á surcar el charco y recorrer todo el mundo.

EL CHICLANERO (1).

José Redondo (El Chiclanero), afamado discípulo de Montes, ha conseguido transmitirnos importantes innovaciones de aquel célebre torero y llegar á un puesto señalado, que pocos alcanzaron en esta expuesta profe-

(1) Nació en Chiclana en 1819; falleció en Madrid en 53. Está enterrado en el cementerio de San Ginés y San Luis.

sion y difícilísimo arte. Huérfano de padre, reducido á la miseria y dando rienda suelta á sus instintos, velados hasta entónces por temor á los autores de sus dias, supo desde el primer momento captarse simpatías sin cuento y especialmente la proteccion de Montes, que pronto le acogió y le elevó al pináculo de sus deseos, reducido á poder mantener con holgura á su pobre madre y á su familia, deseos que vió pronto satisfechos.

La paternal acogida de su maestro se debió á una novillada que éste presenciaba en Chiclana el 38, en la que aquél se distinguió extraordinariamente de los demas; y al saber Montes el estado de pobreza de su familia, allí mismo le propuso una plaza entre su gente, que Redondo se apresuró á aceptar con la efusion del que obtiene lo que no podia ni aún imaginarse.

Hizo progresos tan extraordinariamente rápidos, que en 1842 le concedió Montes la alternativa en Bilbao; el 43 era jefe de cuadrilla; el 45 mataba en Madrid con Leon y Cúchares, y el 47 era un diestro perfecto.

Con el capote ó banderilleando no tenia rival en gracia y soltura.

Sus cuarteos, quites y recortes eran sorprendentes, y en los volapiés al encuentro, inventados por Cándido, estaba admirable, realzados además por su airosa presencia.

Competidor acérrimo de *Curro Cúchares*, sostenía con él una competencia tal, que acaso sin su prematura muerte, acaecida en Madrid en 1853, cuando contaba 33 años de edad, motivada por su descompuesta vida de excesos, le hubiera superado: tanto bueno ejecutaba ya y tanto prometía.

Amigos officiosos, ruines aduladores de Redondo unos, y otros de Arjona Guillen, hicieron que la animadversión entre ambos llegase á rayar en extremos inconvenientísimos por las insensateces, enredos y felonías de *sus compadres de ocasion*, atribuyendo indignamente propósitos al *Chiclanero* de pretender envenenar á *Cúchares*, y á éste de buscar ocasion de empujar á aquél en *la cuna*, ó sea sobre las astas del toro. ¡Intrigas indignas y medios rastroeros que utilizaban los que les explotaban y poseían esas condiciones de mujerzuelas!

En cierta ocasion, trabajando juntos, promovieron en la plaza de Madrid un escándalo

lo sin igual, no queriendo cederse la supremacía en el turno de matar, y tomando su flá-mula y estoque cada uno, se fueron á la vez al toro, procurando quitarse la ocasion, y teniendo la suerte de poderle acabar *Curro* de un mete y saca á la carrera; momento en que pudo temerse un lance funesto por la excitacion de que se hallaban poseidos.

A pesar de que se veia acercarse la muerte de Redondo por las huellas que marcaba en su sér la consuncion propia de la tisis, las empresas y los amigos, si pueden adquirir este compendioso título los que obran así por fines particulares, excitándole á trabajar, precipitaron el término de sus dias.

PEPETE, ó JOSÉ RODRIGUEZ (1).

Todos, ó la mayor parte de nuestros contemporáneos han contemplado y admirado al infortunado Pepete por su decision en arros-trar el peligro y por la indiferencia hácia su vida en el momento de exponerla; pero su desastroso fin se hallaba previsto por la ma-

(1) Nació en Córdoba en 1824, y en 1862 fué muerto en la plaza de Madrid.

yor parte de los inteligentes y áun de los profanos en el arte.

En Pepete dominaba el corazon sobre el arte, y llegaba á tanto su arrojo y su afan de corresponder á los aplausos del público, que este afan le conducia á extremos imprudentes y á mirar su existencia como una cosa baladí ante el deber contraido con la empresa y los espectadores.

No es decir con esto que no tuviese conciencia de las reglas necesarias, ni que dejase de practicarlas con algun acierto: sino que en momentos decisivos, en instantes supremos faltaba la necesaria armonía entre ellas y su extraordinario valor. Esta gran cualidad de un corazon de temple, innata en el diestro que describimos, tan conveniente á todo ser humano y tan precisa á los lidiadores, fué causa de que perdiera la vida sobre las astas de un toro en la plaza de Madrid, entre el estupor propio de tamaña desdicha y el disgusto consiguiente á semejante escena.

No poco pudo contribuir á su falta de notable inteligencia en las defensas y quites de las escuelas en vigor, y á confiar las peripecias de la lidia al valor, intrepidez y temeridad

el modo particular é incompleto de sus principios en el arte.

Traficante en ganados, así como su padre, que vivia con bastante holgura, tuvo contacto con los jóvenes y aficionados á sortear las reses en el campo y en el matadero de Córdoba, circunstancia á la que debió el conocer y tratar á una jóven con quien contrajo matrimonio poco despues, parienta de los mejores toreros de Córdoba.

La intimidad que por su nuevo estado y los vínculos de parentesco le unió á los diestros citados, sus facultades físicas, su aplicacion, las pruebas hechas en las briegas con los toros y el decaimiento de su tráfico, le inclinaron á abandonar su anterior comercio y á abrazar de lleno esta vida de azares, sin más conocimientos que los generales á los aficionados tan numerosos en Andalucía, é impetró y consiguió la incorporacion á la cuadrilla de Antonio Luque (*el Camará*), que en 1847 le concedió la alternativa, concretándose á recorrer hasta 1850 los circos del Mediodía de la Península.

Por los años de 1855 empezó á señalarse entre los espadas de segunda y primera cla-

se, obteniendo idénticas contratas fuera y dentro de la capital de España, hasta su terrible catástrofe del 62 sobre las astas de *Tocinero*, de la ganadería de Miura.

MANUEL TRIGO.

La adversidad parecía ser el sino de este notable diestro. Huérfano de padre desde muy joven por muerte alevosa (al impedir el que le dió el sér las relaciones de una de sus hijas con un carabinero, que le atravesó con la aguja de registro, teniendo parecido trágico fin su abuelo, muerto de un tiro en el campo por dos guardas borrachos, cayendo en brazos de su mujer que le acompañaba), sin más cuidado ni proteccion que el de una cariñosa madre desvalida y enferma y hermanas costureras, se asoció con todos los jóvenes vagamundos y gente de mal vivir de su barrio, con los que compartia amigablemente.

En una de las pedreas recibió en la frente tan grave herida, que se dudó de su salvacion, de la que pudo librarse milagrosamente, y comprendiendo él y la familia que era tiempo ya de retirarse de tan groseras com-

pañías, entró de aprendiz de sombrerero. Los ratos de ocio los dedicaba con varios de sus amigos al matadero, ensayándose con afán en la diversion propia del establecimiento.

Apénas perdió las caricias de su madre, cuando cumplia dieziseis años, rompió la valla que las consideraciones al estado de la misma anteponia á su aficion, y se decidió por ganarse el sustento lidiando toros en vez de planchar sombreros.

A Luis Rodriguez debió las primeras presentaciones en algunas plazas de Extremadura.

En 1838 tuvo forzosamente que formar parte de los francos de Andalucía, quinta dispuesta por Mendizabal, hasta 1840, que terminó la guerra civil y se unió al *Camará* y Juan de Dios Dominguez que marchaban á trabajar en varios pueblos importantes de Andalucía, teniendo que vestirse de prestado (tan mal se encontraba de recursos), y luego con Yus y Gaspar Diaz, para Extremadura.

Efecto de su carácter comedido y arreglado en todo, poco en armonía con la vida corrompida de la generalidad de los toreros de

aquella época, y en contra de lo que podia esperarse de los primeros pasos de su adolescencia con tan despreciables compañías, como hemos dicho, tuvo en contra suya una especie de cruzada de la gente de su profesion, que veia con disgusto aquel modelo de sobriedad y buena conducta en medio de tanta zúpia como componia aquella pléyade nómada.

Desde 1842 al 44 residió en Lisboa, llenando su cometido con contentamiento general y aprendiendo con ahinco cuanto de notable se conocia en aquel país en el limpio y ceñido capeo de estas fieras; pero llamado por *La Santera* para la cuadrilla de Montes, regresó á España y entró á formar parte de la tropa del maestro, creciéndose de dia en dia como peon y banderillero.

En 1847 se emancipó y aceptó contratas con gente á sus órdenes para plazas poco importantes de España y Portugal, hasta 1850, que venciendo los amigos las dificultades que sus enconados adversarios le presentaban, trabajó en Sevilla con aplauso general, difundiendo su fama y logrando lidiar desde el 53 en lo sucesivo en la mayor

parte de las plazas de la península, pareciendo haber logrado clavar la rueda de la fortuna en su pró, pues le llovian proposiciones de ajuste de los cuatro vientos cardinales de nuestro suelo y, si cabe, más de Portugal.

Los triunfos le avivaban en su profesion, y cuando la suerte favorable le sonreía, la adversidad, que parecía haberle dejado de perseguir, volvió á lanzar sobre él la fatalidad el año 54, en que traidoramente fué herido con un estoque hallándose en una taberna de la calle de la Cuna (Sevilla).

Postrado en el lecho del dolor, le atacó el colera morbo, finando su carrera cuando se le presentaba ya libre de escollos.

JUAN LÚCAS BLANCO.

Al aparecer en la plaza este diestro, todas las miradas se fijaban en él. ¡Qué planta y qué gallarda apostura ante los toros! Su arrogante serenidad, su modo especial de recibirlos, dejándoles tendidos de la primera estocada, anunciaban un torero de primera cuerda, y su fama se extendió desde las provincias andaluzas, teatro de sus primeras

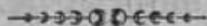
hazañas, á Madrid y capitales importantes.

Excitado á pasar en 1846 á la corte, se apresuró á ello (desatendiendo los consejos de los maestros), pero falto de pericia para los toros castellanos, sufrió en la tercer corrida una cogida terrible en el bajo vientre, notándose desde entónces tal aniquilamiento y descenso en las grandes facultades desplegadas anteriormente, que á pesar del regreso al país andaluz que le viera nacer y donde tan apreciado era, y sin embargo de concretarse á estoquear los vichos francos de aquella tierra, le fué imposible obtener más que contratiempos y producir disgustos. Deseando contrarestar con la embriaguez la falta de las condiciones perdidas, llegó al extremo de presentarse en la plaza completamente ébrio, teniendo, como término lógico de su proceder, que rechazarle las empresas, permitiéndole á lo sumo trabajar, por conmiseracion, alguna que otra vez, atendida su miseria, y muriendo en el hospital de Sevilla en 1867.

Era hijo del infortunado Manuel Lúcas Blanco, que le legó la deshonra de su trágico fin.

.

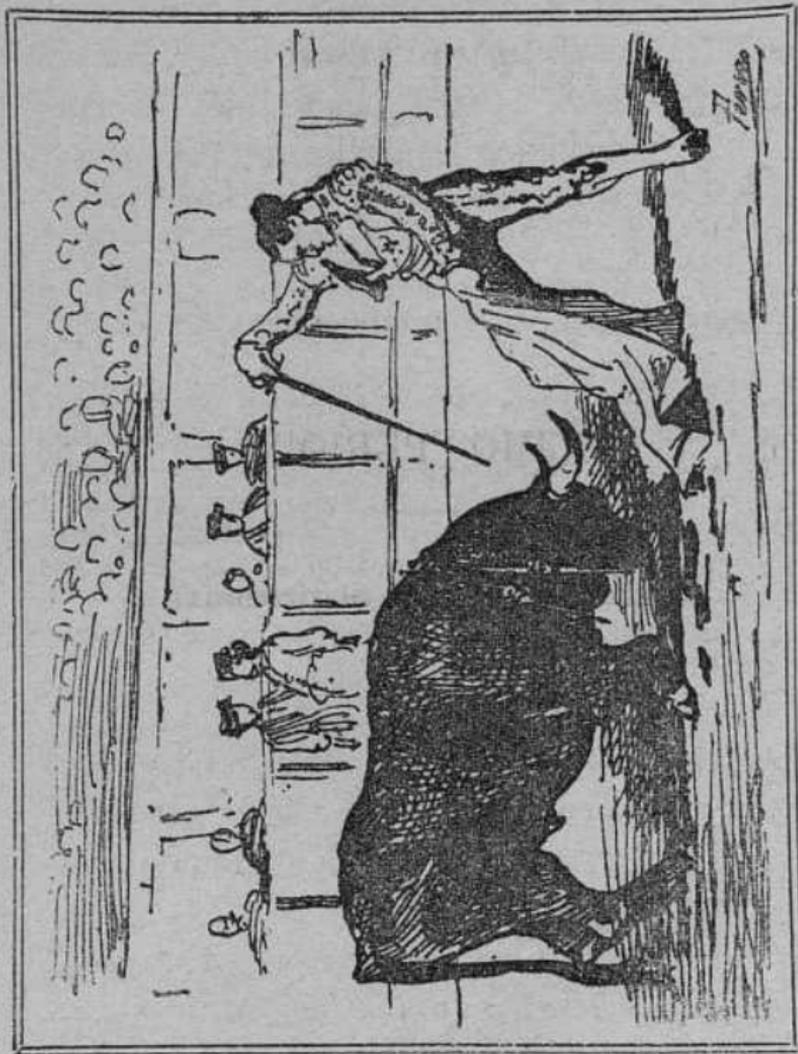
Otros espadas se conocian tambien por este tiempo, entre los que recordamos á *Francisco Ezpeleta*, *Luis Rodriguez*, *Francisco de los Santos*, *Pedro Mulas*, *Rafael Sanchez* (Poleo), *Antonio Rodriguez* (Tilis), *José Vazquez y Parra*, que cumplian su cometido.



DÉCIMO PERIODO

Desde 1850 hasta el presente.

LAS CORRIDAS DE TOROS



Carácter propio del décimo período.

DÉCIMO PERIODO.

Desde 1850 hasta el presente.

DIESTROS EXISTENTES, Ó COETÁNEOS NUESTROS (1).

El Camará. — El Cúchares cordobés. — Manuel Dominguez. — El Salamanquino. — Cayetano Sanz. — José Carmona. — Manuel Carmona. — El Gordito. — El Tato. — Bocanegra. — Lagartijo. — Frascuelo. — El Regatero. — Pablo Herraiz. — Manuel Arjona Guillen. — Gonzalo Mora. — Domingo Mendivil. — Mariano Anton. — José Ponce. — Currito. — Chicorro. — Los hermanos Machios. — Agustin Perera. — Jaqueta. — El Ciri-neo. — José Antonio Suarez. — Manuel Carrion (*El Coracero*). — Cara-ancha. — El Regaterillo, y otros.

Descritas con bastante extension las biografias de los espadas existentes, y dispuestas ya para darlas á la estampa, hemos com-

(1) Aunque Juan Martin (*La Santera*) aparece en el periodo anterior, no ha dejado de existir (vive en Sevilla); y si hemos incluido su biografia ántes, es porque fué contemporáneo y uña y carne, digámoslo así, de Montes.

prendido, por las dimensiones de lo impreso, que de hacer la tirada tal como aparecian en el original, rebasaria con mucho este libro los límites que de antemano le tenia marcado nuestro propósito, y entre el dilema de faltar al anhelo indicado ó de concretarnos á reducirlas y trocarlas en ligeros apuntes, como las referidas anteriormente, optamos por este extremo, aunque nuestro trabajo ha sido infinitamente mayor y contribuido á retrasar su publicacion, prefiriendo, ántes que aumentar su volúmen y precio, hacer una tirada especial de aquéllas si la aceptacion del presente compendio corresponde á nuestras esperanzas, poco conformes con aspiraciones ilusorias.

EL CAMARÁ, ó ANTONIO LUQUE.

Espada cordobés, dedicado en especial á las enseñanzas de este arte y á las corridas que se presentaban al acaso y novilladas de los contornos ó pueblos andaluces y extremeños, si bien alguna que otra vez trabajó con los espadas distinguidos, ocupa un puesto señalado, más bien por los resultados de sus

lecciones y consejos, que por los propios merecimientos como diestro práctico.

Llegó á reunir bastante número de discípulos, ora de aficionados solamente, ó ya de jóvenes dispuestos á seguir la profesion, en la especie de escuela teórica y práctica de la casa-matadero de Córdoba, su habitual y natural residencia.

Entre los discípulos que le deben los rudimentos especiales al arte, de los que han abrazado la profesion, se distinguen *Pepete*, *Bocanegra*, *Lagartijo* y otros de los que más figuran en la actualidad.

Poseedor de bastantes conocimientos, y perito distinguido en la lidia, pero desprovisto de lo más necesario quizá en los espadas, de corazon, le ha tocado ocupar por eso un lugar secundario.

Sus principios taurómacos los debió desde muy jóven á la aficion y pruebas continuadas llevadas á efecto con los becerros de la vacada que cuidaba en concepto de zagal, y movido por su aficion y afan de abandonar tan pobre y miserable ocupacion, cuando se creyó capaz de dedicarse á torero, tomó por maestro á Panchon, que lo mismo que él en

lo sucesivo, daba lecciones á los aficionados por este tiempo.

Exhausto de recursos, formó con varios jóvenes cuadrilla para dar funciones de novillos ó toretes, logrando de este modo subvenir á sus más perentorias necesidades y progresando cuanto le era posible entre las contradicciones y trabajos propios de los aventureros de esta índole.

Más tarde, Panchon le tuvo á sus órdenes, y en 1835 le concedió la alternativa, habiendo despues trabajado con varios de los espadas notables en algunas ocasiones.

EL CÚCHARES CORDOBÉS, Ó ANTONIO LUQUE.

Hijo del anterior y educado en su escuela, llegó á prometer tanto en sus primeros pasos en la lidia y se distinguió de tal modo en las novilladas, que sus paisanos le aplicaron el mote del célebre maestro entónces en vigor. Mas le ha sucedido lo que á bastantes otros, que no ha correspondido á las esperanzas que hiciera concebir, siguiendo la marcha que le trazó su padre, al que ayudó, sin dejar trascurrir mucho tiempo, en la educacion tauro-máquica de los jóvenes alumnos.

MANUEL DOMINGUEZ Y CAMPOS (1).

A los tres años de su feliz natalicio quedó huérfano de padre. Labriego de oficio el autor de sus días, les legó la miseria, herencia única que se reserva á los hijos de los trabajadores agrícolas.

Un capellan de Sevilla, llamado el padre Campos, tio materno de Dominguez, acogió á madre é hijo en su casa, compadecido de la angustiosa situacion por que atravesaban.

La esmerada educacion recibida en casa de su padre adoptivo, los primeros estudios elementales y los de latinidad y filosofía, que empezó á los doce años, auguraban seguramente otro porvenir muy distinto á nuestro protagonista.

Pero *el hombre propone y Dios dispone*. Cuando más falta les hacía, tuvo la fatalidad de perder á su buen tio, y quedando sin los medios necesarios para seguir la carrera emprendida, decidieron se acogiese al oficio de sombrerero. Pronto trabó estrecha amistad

(1) Nació en la villa de Gelves en 1816.

con los aprendices del establecimiento, dilatándola en seguida á los camaradas de oficio, que en sus fiestas de gremios y en los dias festivos se dedicaban á la lidia como distraccion habitual en ellos.

Llegó el año 30; la escuela tauromáquica abrió sus aulas á los jóvenes, y despertada su aficion por los ensayos verificados con bastante acierto, consiguió entrar como alumno retribuido de la misma.

Pedro Romero, que le vió dispuesto á seguir su escuela clásica, le dispensó un cariño sin igual y tomó con ahinco el aleccionarle en ella.

De banderillero con Antonio Ruiz (*El Sombrerero*), trabajó en Sevilla apénas cerrada la escuela, y con Juan Leon despues, distinguiéndose bastante; pero no existiendo entre Leon y él la necesaria armonía, abandonó su puesto, con enojo marcado del maestro, y entró de segundo de Luis Rodriguez, recorriendo varios pueblos de alguna importancia de Andalucía y Extremadura.

Incorporado nuevamente en concepto de medio espada á la cuadrilla de Leon, no tardaron mucho en conocer la imposibilidad de

avenir sus genios tan encontrados, y jurándole Leon hostilidad, y presentándosele á Dominguez contrata el 36 para Montevideo, se decidió á surcar los mares.

Entre vítores y entusiasmo pasó con sus camaradas alegremente los cuatro primeros meses, y así hubieran continuado hasta terminar la contrata de otros tres, cuando la guerra civil le obligó á tomar las armas en pró de la causa de Oribe, que sufrió las consecuencias de la derrota.

Por la coronacion de Pedro II se dispusieron en Rio Janeiro imperiales fiestas en 1840, y Dominguez se dirigió á la córte y contribuyó á ellas con cuatro notables corridas.

Dispuesto á extender por aquellas lejanas comarcas el espectáculo de los toros, se embarcó para Buenos Aires y no le permitieron en la República Argentina realizar sus propósitos, y abandonado en aquel país y sin medios, tuvo que sostener una lucha titánica con su adversidad y con la gente malandrina y matones de aquella tierra, sumida en la anarquía (que fomentaba su dictador Rosas) y tan prevenida en contra de sus antiguos dominadores, hasta que gracias á su denuedo

se impuso por el terror, y todos le llamaban el *valiente*, el *bravo Sr. Manuel*.

La caza de los toros con lazo y á caballo, tan en uso allí, fué uno de sus medios de vivir, luego el de capataz de extensas posesiones, despues mandó como capitán una partida contra los indios, y por último, en la capital se dedicó al tráfico y acarreo del puerto, en escala de alguna consideracion.

De regreso á Andalucía en 1852, despues de diezisiete años, procuró buscar los amigos de profesion para dedicarse de lleno á la misma, confiando, como era natural, le prestaran ayuda; pero mal recibido por Cúchares, se exaltó su amor propio y decidió formar cuadrilla á sus órdenes, aunque fuese de principiantes, y el mismo lidiaba en Sevilla, asociado del espada Antonio Conde, llamando la atencion su mesurado aplomo, su fria serenidad y el vigor en la ejecucion de la escuela Rondeña, desprovista del movimiento que en su ausencia le habian comunicado Montes, Redondo y Cúchares, pero escuela séria, *escuela de la verdad*, conforme en un todo á las lecciones de su maestro Romero, método que modificó en algun tanto al ver

que el público gustaba de ménos severidad.

Aún no habia pasado el año de su estancia en España, y ya sus ventajas sobre los demas eran notorias, y en lo sucesivo disputó el puesto á los más distinguidos espadas y los que merecian especial mencion en provincias, en Madrid, en Lisboa, en Bayona y Nîmes, influyendo lo bastante á contener el artificio de que se iba revistiendo el arte franco, y causando en el público verdadero entusiasmo su arrojo y sosiego en la lidia.

En cierta ocasion, y ante una concurrencia numerosa, enlazó toros en Tablada (como lo habia hecho en América) en obsequio del rey viudo de Portugal, á instancias de Montpensier.

Su nombre circulaba de boca en boca, y el temor de todos los diestros de ser superados por él se dejaba revelar. Pero el 57, en el Puerto de Santa María, un toro, denominado *Barrabás*, le saltó el ojo derecho y estropeó de tal modo, que fué sorprendente para médicos y profanos su convalecencia, y más extraño aún, que ántes de los dos meses matara, como si tal cosa, en Málaga, cortando en

parte el vuelo este percance de su rápida é intrépida carrera.

El grave inconveniente de la pérdida del ojo no ha impedido que despues haya realizado corridas sorprendentes, sobre todo en funciones de empeño, como son las extraordinarias, superando á todos los diestros modernos en recibir sin mover los piés.

Un padecimiento comun, ménos á la vista pero más esencial, que ha atacado las articulaciones de sus piernas, una fuerte erupcion cutánea ha impedido que trabaje ciertas temporadas y que en otras haya sufrido cogidas y percances que sólo su naturaleza de hierro ha podido resistir.

Actualmente se halla retirado y considerado en Sevilla.

Aunque muchos le conocen por un apodo vulgar, habiendo manifestado en la prensa su resistencia y repugnancia en aceptarle, rogamos á nuestros lectores nos dispensen de anunciarlo, cumpliendo con el deber que se debe á todo digno ciudadano.

EL SALAMANQUINO, ó JULIAN CASAS.

Nacido en Béjar, en 1818, de una familia pudiente, y huérfano de padre, oficial del ejército, al empezar los estudios de facultativo en Salamanca, donde residian, sintió tal aficion á la lidia, que ni las reprensiones de su madre y parientes, ni los consejos de los amigos, ni la parte directa que tomaron en este asunto las mismas autoridades, que le castigaron apresándole, excitadas á ello por el cariño maternal, pudieron hacerle cejar de su empeño.

A los diecisiete años empezó á ganarse la vida, uniéndose al *Fraile* y otros toreros de ménos fama aún, recorriendo varias poblaciones en que tenian lugar novilladas y alguno que otro toro de muerte, hasta 1840 que, trabajando en la capital salmantina, José de los Santos le admitió para aquellas corridas como banderillero.

D. Antonio Palacios le cobró aficion al verle distinguirse en estas fiestas, y formó empeño de pasarle á Madrid, con aquel carácter, consiguiéndolo el 43, con la mitad de recompensa que á los demas.

En el tiempo trascurrido se vió casi por completo entregado á si mismo y sin maestros que pudieran explicarle las nociones indispensables para llegar á desempeñar con acierto este arte, pareciendo imposible pudiera avanzar en su profesion, y sin embargo, gracias á su agilidad y conocimientos intuitivos por su inteligencia, se le vió satisfacer bastante en las plazas donde se presentaba.

Con los conocimientos que habia adquirido de por sí y los obtenidos apénas se halló agregado á cuadrillas formales y escogidas, arrancó aplausos espontáneos, y estas manifestaciones de aprecio que los espectadores le tributaban llamaron la atencion de Juan Leon y de Cúchares, que en 1846 le admitieron en su compañía como medio espada, pasando despues á ser segundo, y logrando por último adelantar, bajo la direccion de estos, lo necesario para que al año siguiente *Labi* le concediese la alternativa, siéndole fácil ya erigirse en jefe de cuadrilla, y consiguiendo ser muy bien aceptado en la mayor parte de las plazas de España, aunque en el manejo de la flámula es poco superior y no se ciñe lo necesario al volapié.

Ha sido incansable en su profesion y ha toreado en todas partes, sin tener en cuenta, como otros en sus ajustes, la menor ó mayor categoría de las plazas.

En su trato distinguido deja bien conocer los principios de su educacion esmerada, no suscitando jamás choques, ni ruidosas competencias, y haciendo simpática en alto grado su amistad.

CAYETANO SANZ (1).

Huérfano de padre ántes de nacer, apenas terminó de recibir el alimento necesario del regazo maternal, fué acogido bajo la cariñosa tutela de sus abuelos, que no toleraron sufriese la férula de un padrastro que su madre acababa de darle.

Con decidida aficion, no al oficio con que se ganaba la vida, que era el de zapatero, al que le dedicaron á los diez años, en que dejó la escuela, sino al toreo, se entregó con constancia á las novilladas que suelen celebrarse las temporadas de invierno en la plaza de Madrid y pueblos comarcanos, bien á pesar

(1) Nació en Madrid en 1821.

de sus abuelos, que recurrieron á la súplica primero y á la oposicion directa despues. Cuando se consideró con suficiencia para tomar parte en corridas más formales, concurrió á una que tenia lugar en Aranjuez (1844). En ella adquirió simpatías sin cuento y las del duque de Veraguas especialmente, que le tomó apego y dió proteccion, proporcionándole como maestro á José Antonio Calderon (*Tuerto Capa*), notable banderillero, teórico y práctico consumado, y cuyos consejos no desdeñaban los más instruidos matadores de toros.

Desde 1845 empezó á sobresalir como banderillero y peon de las cuadrillas formales de Madrid, y como espada en las novilladas periódicas que tienen lugar en la misma cuando cesan las temporadas de las corridas serias.

Aunque sus empeños eran valiosos, no pudo lograr la alternativa hasta 1849 en el coso de Madrid, obteniéndola con Cúchares y Julian Casas, mereciendo de los contratistas de varios puntos ajustes convenientes, y trabajando desde entónces con los más selectos espadas, Montes, Redondo, Trigo, Do-

minguez, Pepete, El Tato, El Gordito, El Regatero y demas.

Su muleta es muy notable y su táctica superior, faltándole para ser un diestro completo una de las más indispensables y primera de las condiciones del espada, arrojo y decision.

Su vacilacion en lanzarse sobre los toros y su afan de deberlo todo el trapo, han contribuido á las muchas y temibles cogidas que ha sufrido y á los percances desagradables á que se ha visto expuesto muy á menudo.

Estos contratiempos y aquellas cogidas peligrosas, no han dejado de influir extraordinariamente á que en sus últimos tiempos pierda por completo su serenidad en el momento de enfiar el estoque, trasmitiendo á los espectadores dolorosa impresion, comprendiendo que la dura necesidad tan sólo puede obligarle en su estado delicado á ejecutar lo que tanto le repugna ya, y siendo de admirar que con estas cualidades se presente y agrade en la plaza lo bastante aún.

Como particular, merece estima completa. Sosten de una dilatada familia y protector de

sus muchos parientes, habiendo costeadó la educacion musical de un hermano ciego, sin limitacion de ninguna clase, se ha hecho acreedor, ademas de esto, por su comportamiento, al aprecio de los que le tratan.

JOSE CARMONA (1).

Poseedores los padres de José de una tahona, que les rendia lo suficiente para vivir con holgura, tuvieron la desgracia de entregarse á negocios desacertados, que mermaron rápida y enormemente su capital cuando aspiraban y tenian dispuesto costear á su hijo los estudios preliminares para poder abrazar una carrera.

Al cerciorarse del estado precario á que su casa y familia se veian reducidas, no vaciló un momento en recurrir á los conocimientos que en las diversiones con sus camaradas habia adquirido, lidiando reses en las cercanías de Sevilla y en la Casa-matadero de la ciudad, segun es costumbre de los jóvenes

(1) Nació en 1825 en Sevilla, donde reside dedicado á cuidar de sus modestos haberes.

de aquella capital y especialmente de los habitantes del barrio de San Bernardo, con el propósito de socorrer á sus padres y hermanos menores, y se asoció primero á Juan Pastor (*El Barbero*), y despues á Leon, Juan Lúcas Blanco y *La Santera*, para funciones aisladas, como peon ó banderillero.

El Chiclanero, teniendo en cuenta su disposicion y facultades y el estado de la familia, se erigió en protector de Carmona y le agregó á su cuadrilla como medio espada ó segundo, segun la entidad de las plazas en que trabajaba, siendo muy bien acogido y quedando á la muerte del maestro jefe de la misma cuadrilla.

No por esto la suerte le sonreia y tenia que concretarse á cosas secundarios, hasta que su hermano Manuel estuvo en disposicion de acompañarle, y más tarde, Antonio (*El Gordito*), época en que consiguieron llenar un gran número de contratas en España y en Lisboa, donde dejaron gratos recuerdos.

Reunió bastantes condiciones, que si no extraordinarias en conjunto, le hicieron estimable como espada, y más aún por su modesta vida ejemplar y el haber sido el áncora

de salvacion de su atribulada familia, erigiéndose en padre tutelar de los que le dieron el sér y de sus hermanos, hasta que Antonio, con mayores medios, le ha abonado la parte alicuota de lo que emplearon en dos fincas dadas á sus padres; la una donde habitan, y la otra que les proporciona los medios suficientes para atender decentemente á su vejez.

En 1857 alternó en Madrid con Cayetano Sanz.

En 1863 abandonó la profesion, concretándose á vivir cuidando acertadamente de su modesto capital y de su familia.

MANUEL CARMONA. (1).

Siguiendo la senda trazada por su hermano José, y por idénticas causas empujado, comenzó concurriendo á las novilladas de los pueblos de la circunscripcion andaluza para dedicarse de lleno y acoger con fe este arte. En él, bajo la sombra de su hermano, fué bien visto y pudo adquirir los medios necesarios para lograr un porvenir de algun desahogo

(1) Nació en 1832.

desde 1865, en que se retiró ya á la vida privada, despues de recibir en Marchena, trabajando con Antonio, una terrible cogida y dos cornadas, que pusieron su vida en peligro y le retuvieron bastante tiempo postrado en cama. Vive en Sevilla, su país natal, concretado, como José, al cuidado de sus haberes.

La escuela de este diestro no era con mucho tan aplomada como la de sus hermanos, y fiaba más de su intrepidez y de los piés, que de la inteligencia que poseia, lo que en no pocos casos le proporcionó sérios contratiempos, pero la negra honrilla en él predominante y su anhelo por ver de agradar y sobreponerse, daba lugar á que se empeñase en arriesgados extremos: lo posponia todo á su afan de satisfacer.

Alternó con casi todos los espadas conocidos.

EL GORDITO, ó ANTONIO CARMONA (1).

La miseria por una parte, y por otra el ejemplo de sus dos hermanos que trabajaban

(2) Nació en 1838.

lo posible por evitarla, y su afán de contribuir con su grano de arena á la ayuda de su familia, le indujeron á que á los once años, el 1849, se dedicara á la brieda de las reses. Al año ó poco más, acompañaba á su hermano Manuel, inmediato en edad, á las escursiones cercanas, como peon de corridas ínfimas ó novilladas selectas.

Agrupado por algun tiempo con los toreros de ménos nota, recorria las poblaciones de corto vecindario y despues organizó una cuadrillade imberbes toreros, ganándose en pueblos sin importancia, y como Dios les daba á entender, los medios de subsistir. Lidiador más tarde de toretes en la plaza sevillana, comprendió que podia lanzarse á mayores aventuras é hizo rumbo hácia Bayona, tocando en las provincias del Norte, con una cuadrilla de pegadores, exponiendo y haciendo resaltar en extraña alternativa el modo bárbaro de lanzarse á la muerte de estos, con la destreza y la habilidad de que es susceptible el arte tauromáquico.

En 1854, de diez y seis años, acompañó á José de Mora y Manuel Perez (*Zalea*) á Lisboa, donde entusiasmaba á los portugueses, para

volver á la península y formar dos años despues cuadrilla con sus hermanos.

En el inmediato año, ó sea el 57, acompañó á José á Madrid, como excedente, llamando notoriamente la atencion por su variedad en colocar los rehiletos, y progresos no vistos en los banderilleros sus camaradas.

Aunque la escasa estatura y robustez del *Gordito* parecia y parecen no prestarse á la agilidad, es notoria la que posee, y la demuestra con su *cambio* famoso á cuerpo gentil, ejecutado por primera vez en Sevilla en Abril de 1858.

Desde este dia afortunado para él, se vió disputado por las empresas.

Como las demostraciones de afecto y entusiasmo eran tan relevantes al ejecutar tan arriesgado y airoso acto, elevó hasta el extremo esta innovacion, unas veces atándose las manos, otras sentándose en una silla frente al toril, y varias colocando sus piés dentro de un aro, ó aplicando á los mismos los grilletes, recordando al intrépido *Martincho*.

Indudablemente habrá contribuido muchísimo á su elasticidad, digámoslo así, las lecciones gimnásticas que tomó, con ahinco y

aprovechamiento, de un notable sonámbulo de Sevilla y su continuo ejercicio en los juegos de esfuerzo, como la pelota, la barra, los saltos y toda clase de diversiones contributivas al desarrollo y parecidas á estas, desprendiéndose de aquí la conveniencia de que los toreros debieran tomar lecciones de este género ó índole.

Quizá mal aconsejado, se despertó en él el afán de lucir con insistencia su agilidad, soltura y condiciones especiales, y llevó ese deseo hasta recurrir á pantomimas, perjudicando algun tanto á su mérito superior.

Pero en lo que no queda más que plácemes para *el Gordito* es en su peculiar manera de poner rehiletos, superior á todas las ejecutadas; modo especial que han seguido los banderilleros tan conocidos hoy, Lagartijo, Chicorro, Cirineo, Caniqui y otros.

Decidido á pasar á la escala suprema del diestro, tomó la alternativa en Córdoba en 1862, si bien el hábito de su trabajo elástico ha contribuido á que no pare los piés todo lo que requieren las escuelas serias, faltándole aún las condiciones de espada sentado; pero es de esperar lo consiga pronto, según se

desprende de la paulatina modificacion que en él se va operando.

En su vida privada y trato particular es una excepcion favorable, y nadie que le conozca y le trate puede negar su afabilidad, modestia y virtud llevadas al limite mayor, lo que contribuye, á tener detractores y enemigos. Como hijo, es un acabado modelo, costeando el sostenimiento con holgura y comodidad de sus ancianos padres, á los que ha dado dos fincas, una para habitar y otra de productos; y como hermano lo es tambien ejemplar, pues ha levantado las cargas que voluntariamente se habian impuesto José y Manuel, ménos provistos de fortuna en pró de los autores de sus dias, y como esposo nada tiene por qué tildársele, empleando su tiempo y dinero en obras de utilidad y recreo, y renegando de timbas y cloacas, más de extrañar en gente de vida alegre y de jolgorio.

ANTONIO SANCHEZ (EL TATO).

Concretados en el trascurso de nuestras rápidas biografias á describir expresamente la vida tauromáquica de los espadas dignos de mencion, sin entrar en los detalles de su vida

privada ó doméstica, que no guardan íntima relacion con aquélla, en atencion á lo concreto de nuestra rápida *reseña del toreo*, y como el célebre diestro que nos ocupa ha terminado, bien á su pesar, la suya en el arte taurino á causa de la amputacion de una pierna, cuando más prometia y progresaba, hallamos oportuno hacer un bosquejo ménos á la ligera de su biografía, deteniéndonos algun tanto en apuntar los méritos contraídos en la profesion, un poco en lo concerniente á su vida privada, y más aún para permitirnos darle algunos consejos que, si son atendidos, pueden redundar en pró del arte.

En el antiguo barriode Sevilla, denominado por los moros Minhoar, y que hoy se conoce por el de San Bernardo (cuna de casi todos los toreros sevillanos), nació Antonio Sanchez, de una modesta familia. Apénas pudo empezar á ganarse la vida, pesaron sobre él las cargas inherentes á un buen-hijo y á un buen hermano, pues tuvo que atender á hermanos menores y padres desvalidos.

Era tan simpático por su afable sonrisa y apuesta figura, que desde que pisó el redondel, todos sus actos parecian merecer aplau-

sos, lo que, unido á la proteccion de Cúchares, contribuia grandemente á hacer fácil y accesible para él una profesion tan llena de espinas para la generalidad.

Sin llegar á manejar perfectamente la capa ni ejecutar con primor la suerte de banderillas, se interesó Curro por que intentara los lances de dar muerte á los toros francos que le proponia y cedia.

En 1852 lidió con Dominguez en Cádiz y con otros en diferentes partes y en Madrid, y luégo con Cúchares.

La ambicion innata al hombre, le hizo faltar á su maestro el año 54, separándose de tan cariñoso y espontáneo protector, y arrebatándole la mayor parte de su selecta cuadrilla, recorriendo con suerte varias poblaciones españolas y pasando á la República vecina entre vitoreos y festejos, mostrándose desde entónces infatigable y no cesando un instante en salidas y combinaciones.

Diestro en herir, no llegó á poseer bien la salida de los toros, por lo que sus tropiezos con ellos, baretazos y heridas han sido innumerables. Y por si sus continuados contratiempos en la profesion no bastasen, en Car-

tagena estuvo expuesto á ser asesinado por un licenciado de presidio, y en un vuelco de una diligencia se rompió una clavícula.

El Gordito vino por entónces á disputarle el puesto de honor, creándose partidos en oposicion rabiosa, defensores del uno ó del otro diestro desde 1862, cuyas reminiscencias se dejan notar aún en Andalucía; partidos y sistemática oposicion, que dejaron traslucir su apasionamiento, no sólo en la plaza, sino en la prensa; logrando los *Tatistas* aburrir al *Gordito*, que tomó la determinacion de volver á su país, donde fué desagraviado en toreros procedentes de Madrid y en la misma persona del *Tato*, llegando al extremo el encarcamiento en 1867 y 68 en Andalucía, de tener que mandar tropas á la plaza de Cádiz, porque se temió una colision.

Unos años ántes, el 60, contrajo relaciones amorosas con una hija de Cúchares, á que se oponia el maestro tenazmente, teniendo quizá presente la jugarreta que en 1854 le hizo el *Tato* de separársele, arrebatándole la mayor parte de la cuadrilla; pero depositada, cedió la tenacidad paternal, permitiéndoles unirse en vínculos matrimoniales á principios del 61.

En 1869 se anunciaba un día extraordinario, festejado con corridas conmemorativas por la proclamación de la Constitución vigente: día aciago para el Tato y día de luto para los aficionados á los toros.

Todos recordamos aún los momentos de angustia por que el pueblo madrileño atravesó cuando tuvo lugar la catástrofe de su desgracia que tan en peligro puso la vida de este simpático jóven, en la tremenda cogida que sufrió por su intrepidez al matar un toro en la plaza de esta córte, el 7 de Junio de 1869, en una corrida extraordinaria en conmemoración del nuevo plantel de las leyes liberales y en obsequio de la Beneficencia.

Prueba fehaciente de aquella asercion es lo que todos pudimos contemplar por espacio de varios dias, en que no cesaron de interesarse por su salud grandes grupos que llegaban á la puerta de su morada, esquina á la Carrera de San Jerónimo y calle de Espoz y Mina, demandando noticias (por cierto bien poco lisonjeras en un principio) sobre el estado del paciente, tanto que hubo precision de exponerlas por escrito al público en la pared de la misma casa.

Este cúmulo de afectuosas demostraciones ponian de relieve las grandes simpatías de que gozaba, y demostraban perfecta y claramente que era uno de los espadas más mimado y querido del inteligente pueblo madrileño, así como también lo era de los diferentes públicos que habian tenido la satisfaccion de verle y admirarle como lidiador y espada intrépido y de arte, que supo elevarse bajo la direccion del gran Curro Cúchares, su padre político, á la altura de los más renombrados diestros del presente período.

Repuesto de su convalecencia y hallándose en la flor de la edad, se retiró á Sevilla, donde disfruta del cariño de su familia, y cuenta infinitos amigos y una modestísima posicion, debida á sus afanes y á los de su citado suegro. Pero su aficion es tanta á este arte y tanto su disgusto y sentimiento por no poder ejercerlo, que en ocasiones se le ha visto anegársele los ojos en lágrimas al considerar que la fatalidad le prohíbe escuchar los victores y aplausos, crecientes de dia en dia, que el público le prodigaba.

Hasta ha intentado un imposible, llevado

de su afición: el de querer continuar en la plaza con su pierna postiza; pero ante la imposibilidad, se ha visto precisado á ceder y retirarse, acompañándole los votos de sus muchos partidarios y amigos que le desean los más prósperos y tranquilos días, ya que el destino adverso nos le ha arrebatado del arte práctico, cuando más progresos iba realizando y más plácemes, victores y laureles empezaba á acumular.

Ahora vamos á permitirnos, como hemos dicho, darle un consejo altamente humanitario; consejo que si viésemos atendido y llevado á ejecución, sobrara para dejar grandemente recompensados los desvelos y trabajo empleados en bosquejar nuestro pensamiento en este compendio. Y es que apreciando en alto grado las condiciones teóricas y prácticas que reconocemos en Antonio Sanchez (*El Tato*), creemos haria un gran bien y un señalado beneficio á la humanidad en primer término y al arte taurino en segundo lugar, si contribuyera y se consagrara á la creación de una escuela libre de tauromaquia, á imágen y semejanza de la fundada el año 30.

Lo humanitario de este pensamiento y la

conveniencia de su realizacion, está en razon directa de las desgracias que se evitarian y de la perfeccion artistica que se imprimiria á la lidia, contribuyendo á que no pisaran la plaza jóvenes ininteligentes, expuestos á ser cogidos ántes de empezar á aprender.

Y como fueran en su casi totalidad evitadas aquellas víctimas, sacrificadas las más veces por falta de estudio del arte, y como los jóvenes más expertos y de mejores notas serian entónces los admitidos por los maestros en las cuadrillas, pudiendo satisfacer al público desde el mismo momento de pisar la arena, evitándole los continuos sobresaltos que le causan los chulos noveles, faltos de conocimientos y sin práctica, tendríamos, como resultado lógico de todo esto, que el arte se mantendria á la altura que su estudio viene requiriendo.

Si nos detenemos á meditar un poco sobre los diestros más distinguidos y de los que con más arte han sabido *escurrir el bulto*, veremos que estos son los que tuvieron mejores maestros y mejores principios, y en cambio los entregados á sí mismos, apenas si han alcanzado el puesto reservado á las medianías

en su mayor parte, perteneciendo á estos la gran mayoría de los que han perecido trágicamente.

Justamente se encuentra el Tato en el punto más aparente para dar cumplida cima á este pensamiento; sólo le falta crear las cátedras teóricas, valiéndose del matadero como escuela práctica, que en realidad suele ser la única que cursan el mayor número de los que se dedican al toreo.

Una vez que las fiestas de toros son un hecho bueno ó malo, pero al fin un hecho, es indudable que si nuestro consejo fuese atendido y realizado, se evitarían muchas desgracias explicando los rudimentos del arte á los que se dedicaran á esta profesion, no permitiéndose á los novicios exponer su vida sin reunir tales requisitos; y dicho está con esto, que el que realizase nuestro pensamiento merecería bien del arte y de la humanidad.

Y nadie en mejores condicion para llevarlo á cabo que Antonio Sanchez (*El Tato*) ¡Que Dios le ilumine, y que su amor al arte le impulse á consumir esta obra meritoria!

BOCANEGRA, ó MANUEL FUENTES (1).

Apénas entrado en el período púbere, recorría con el *Camará*, en clase de peon predilecto, diversas poblaciones de Andalucía, en una cuadrilla de jóvenes principiantes, y al año comenzó á alternar con él, ó sea en 1853.

Más entrado en edad formó parte de la compañía de *Pepete*, en concepto de banderillero.

No pasó mucho tiempo, cuando ya pudo pertenecer á la cuadrilla de Dominguez, que le distinguió, y en 1862 le halló apto para matar y le autorizó á ello, declarándose en seguida independiente.

Entre los modernos diestros, se señala por ser de los que reciben más toros.

Aunque en Madrid ha pasado pocas temporadas, goza de buena reputacion, pero en particular en Andalucía.

Un padecimiento de oftalmía le ha privado por algun tiempo lidiar, si bien despues ha vuelto al palenque, aunque con la vista más cansada, habiendo tenido el gusto de verle en Sevilla y Jerez durante las ferias

(1) Nació en 1837 en Córdoba.

de este año, portándose muy bien en compañía de Lagartijo en el primer punto, y de Chicorro en el segundo.

LAGARTIJO, ó RAFAEL MOLINA (1).

Su padre José Molina (a) *Niño de Dios*, pertenecía á las cuadrillas de poca importancia, dedicadas á las corridas de toretes y novillos, como matador y banderillero.

El *Camará* le tomó por discípulo en el matadero de Córdoba, cuando era aún muy niño, y desde que contaba nueve años le llevó en su compañía en clase de banderillero de una cuadrilla infantil, hasta que á los 19 años quedó agregado á los Carmonas, habiendo trabajado ántes con *Pepete* y otros.

El *Gordito* le concedió la alternativa en 1865, y poco despues le acompañaba á Madrid, donde alternaron con el *Tato*, logrando un pre.ferente lugar.

Acrecentando por instantes las simpatias, notable concepto y renombre que adquiriera en la ex-corte, y esparcida su fama por España, ha recorrido la mayor parte de las

(1) Nació en Córdoba en 1841.

plazas con notables ajustes, y es uno de los más predilectos toreros, especialmente en Madrid, donde se disputan la palma él y Frascuelo.

FRASCUELO, ó SALVADOR SANCHEZ.

Oriundo de Madrid, puede decirse que ha sido el principal espada de los descendientes de la corte, despues de Cúchares que tuvo su cuna en la misma, (aunque los padres y antepasados de éste, de Curro, pertenecian al rico y risueño país andaluz, circulando por sus venas la sangre ardiente propia de los habitantes del Mediodía).

Dedicado á las capeas de novillos, consiguió con rapidez suma ocupar un puesto de peon de las cuadrillas importantes; pero infatigable, aprovechaba el tiempo que le daban libre en matar toretes en las corridas de este género.

En 1868 alternó en Madrid con el *Tato* y el *Gordito*, formando parte despues en una cuadrilla con *Lagartijo* para el Mediodía de España, donde fueron muy bien recibidos, aumentando de día en día las proposiciones de buenos ajustes que se le presentaban.

Pasó al Perú por aquel tiempo con el diestro García Villaverde, recibiendo extraordinarias muestras de agrado y admiracion con que fué recibido por aquel público.

Sanz, Currito y Frascuelo fueron los favorecidos el año 70 por la diputacion de Madrid, que tenia á su cargo las corridas de toros; trinidad que en competencia digna dió realce por aquel tiempo á estas corridas.

Hoy es el diestro mimado de la ex-corte.

EL REGATERO.

Angel Lopez (*El Regatero*), como peon y banderillero ha sido una de las notabilidades de la época; como espada no ha pasado de una medianía.

PABLO HERRAIZ.

Pablo Herraiz tiene analogía en sus condiciones con el anterior, aunque en menor desproporción ó escala. Convencido de ello, desistió oportunamente de su obstinado propósito de ántes, de insistir en dar muerte á los bichos, concretándose al puesto que el síno le tiene designado.

MANUEL ARJONA GUILLEN.

Estimulado sin duda por la fama de Cúchares, su hermano, se acogió con ahinco á esta profesion.

Decido en arrostrar el peligro, dotado de fortaleza y no careciendo de agilidad, su buen hermano Curro le suministró conocimientos y medios para poder formarse atmósfera favorable y tomar parte con los principales espadas, entrando en la creencia general que llegaria á un puesto relevante. Mas su sino ha sido otro, sin que por esto se entienda sea deslucido su trabajo, á lo que habrá contribuido no poco el consagrarse más á los negocios del matadero sevillano que á la lidia.

GONZALO MORA.

Querido por el público madrileño, auguraba en sus primeros pasos en el palenque de la lidia uno de los primeros espadas; pero la desigualdad de su trabajo y la falta de armonía entre el arte y su valor han contribuido á que no le haya sido posible llegar á aquel puesto, meta de sus deseos dignos de loa,

empero conquistando consideracion y estima por su decision y afan de agradar en los casos de empeño.

Retirado puede decirse, pues toma parte en corridas muy de tarde en tarde desde hace bastante tiempo, no ha querido renegar de sus antecedentes, conservando la coleta y alternando con personas distinguidas de Madrid; y correspondiendo á sus principios liberales los voluntarios de Madrid, le han distinguido recientemente con el honroso título de comandante de un batallon republicano.

DOMINGO MENDIVIL.

Habitante de Búrgos, si bien no ha llegado á encaramarse á los primeros puestos del arte taurino, posee bastantes conocimientos, y alterna sin desdoro con los buenos matadores, cumpliendo con acierto su desempeño y captándose las simpatías de todos por su modestia, comportamiento y dignidad.

MARIANO ANTON.

El pueblo de Madrid le estima, si no por sus condiciones de diestro, pues no ha pasado de una cosa regular, por su modestia y el

secundario papel que le han tenido reservado de sobresaliente, sin que haya pretendido como los demas, desentenderse de todos y considerarse los *non plus ultra*.

JOSÉ PONCE (1).

Falto de arte y sobrado de corazon, recibe los toros con gallardía, mas en los que no se prestan á ello queda por tierra la fama que adquiere con los boyantes, lo que le ha costado terribles cogidas. Ha recurrido bastantes buenos cosos, entre ellos el de Madrid en 1856 y 60.

CURRITO, FRANCISCO ARJONA REYES.

Dedicado por su padre Cúchares á las letras, abandonó su carrera sopretesto de gobernar la casa, para optar por la profesion del toreo á pesar de los consejos y reprimendas de su padre, que al verle obstinado por completo y matando en novilladas con aplausos, comprendió la inutilidad de su oposicion y le agregó á su cuadrilla para recorrer algunos puntos en concepto de peon y

(1) Natural de Cádiz.

banderillero, confiándole la muerte de los toros que se prestaban bien á ella.

Muy pronto, el 66, padre é hijo alternaban en varios circos, empezando poco despues á ser bastante atendido, dándose á conocer en Madrid al siguiente año y gustando no poco á los espectadores.

Muerto su padre en la escursion á la Habana, se ha concretado á las plazas de su país casi por completo, si bien el 70 alternó en Madrid con Sanz y Frascuelo.

Es muy jóven aún, y si ejercita de continuo la profesion, es posible que llegue á ser uno de los principales diestros por su método más en relacion con la escuela rondeña que la seguida por su padre, en general de mucho trasteo y movimiento.

CHICORRO, ó JOSÉ LARA.

Jóven matador de toros, que aún no ha escalonado los triunfos de la fama, pero que es posible lo consiga con el tiempo, si evita el recelo que parecen inspirarle, al clavar el estoque, los animales cornúpetos.

Nació en el rico pueblo de Jerez de la Frontera (entre el aromático *bouquet* del es-

pirituosolico, fomento de la vida de los naturales estóicos de la nebulosa Albion), hijo de padres dependientes del matadero, donde adquirió el hábito de lidiar con estas reses.

Impelido por la afición contraída, tomó parte en las corridas de poca monta que en los pueblos cercanos tenían lugar, hasta que haciéndose notar por su agilidad y desenfado, le dieron entrada como banderillero en cuadrillas formales.

En Méjico y Lima llamó la atención, especialmente por la lucidez en el salto de la garrocha y gentileza en colocar banderillas, distinguiéndose por esto entre los que constituían la cuadrilla de Manuel Díaz (*Labi*) que recorrió aquellos países.

De vuelta á la Península formó parte de la gente del *Gordito* en concepto de banderillero, consiguiendo rayar á gran altura en la suerte de clavar rehiletes diminutos, como acaba de presenciarlo el público madrileño en una corrida de Beneficencia del mes actual de Mayo, lo mismo que el salto de la garrocha ejecutado con limpieza extraordinaria y aplauso general.

Antonio Carmona (*El Gordito*), compla-

ciente siempre y deferente hasta la saciedad con sus subalternos, posponiendo de continuo el egoismo á retrasar las aspiraciones de aquéllos, no sólo no se opuso á los deseos expresados por *Chicorro* de erigirse en espada, sino que le ayudó y concedió un turno en 1867, formando parte desde entónces de las principales cuadrillas, alternando con los más distinguidos diestros en España y Portugal. En Madrid trabajó el 69, año y punto donde fué herido al poco tiempo de la desgraciada cogida del Tato.

En la actualidad aparece como tercer espada del coso Madrileño, sin poder competir aún con los diestros Lagartijo y Frascuelo por lo receloso que se le vé en la suerte de matar.

LOS HERMANOS MACHÍOS (JACINTO Y JOSÉ).

Hasta la fecha no han demostrado la talla necesaria para sobresalir, pero están en edad de desarrollar sus facultades, que se anuncian como suficientes para llegar á puestos bastante distinguidos.

José acompañó á Cúchares, su protector, á la Habana, cuando tuvo lugar su malogrado fin.

Jacinto sirvió á las órdenes de Dominguez, su maestro.

AGUSTIN PERERA.

Sobresaliente de espada de Dominguez, demostró hácia 1861 condiciones de diestro; pero su afan de declararse independiente le llevó á formar cuadrilla á sus órdenes, concretándose á recorrer plazas inferiores, donde satisface no poco.

JAQUETA, ó JOSÉ GIRALDEZ.

Bastante distinguido como subalerno, no ha conseguido avanzar mucho desde 1869, en que consiguio le concediesen la alternativa como matador.

Es difícil prospere gran cosa, porque se halla entregado á sí mismo, sin maestros ni protectores.

EL CIRINEO, ó JOSÉ CINEO.

Andalucía, madre de los chistes y apodos, ha cargado sobre nuestro buen José el álias del ayuda concedido al Redentor del mundo para llevar el leño, y es de esperar, así se lo deseamos y creemos, no tenga que cargar siempre con la cruz.

Por instinto y afición se dedicó á este arte, empezando por novilladas; pasando luego á cuadrillas formales en concepto de peon; haciéndose matador de toretes más tarde; y el 68 se exhibió en Madrid en compañía del Tato, consiguiendo lograr la alternativa por entónces. Recorrió bastantes puntos de España, y poco despues fué ajustado é hizo rumbo para Buenos-Aires y Lima.

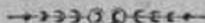
Ultimamente le hemos visto anunciado para una plaza secundaria de Andalucía.

JOSÉ ANTONIO SUAREZ.

No puede aún ni censurársele ni aplaudírsele como diestro formado: posee buenas cualidades en lo parco de su trapo y en la decisión al clavar el estoque, pero le faltan hasta el presente bastantes requisitos para poder considerarle como un diestro notable: acaso con el tiempo, constancia y estudio de las reglas pueda señalarse en algun puesto notorio.

MANUEL CARRION (EL CORACERO).—CARA-ANCHA.
EL REGATERILLO, Y OTROS.

Jóvenes lidiadores y ya distinguidos peones, se lanzan ahora á la muerte de los toros, y como principiantes que no se han dado á conocer apénas, fuera inconveniente criticar ni aplaudir, hasta tanto que los hechos no nos demuestren si poseen ó no algunas de tantas condiciones como se necesitan para ser, no sólo diestros distinguidos, sino regulares espadas.



EPÍLOGO

REFORMAS Á QUE SE PRESTAN LAS CORRIDAS DE TOROS.

A nuestro modo de ver, son susceptibles de mejoramiento y variedad estas funciones, pudiendo sacarse muchísimo más partido de ellas, si los empresarios y maestros tuviesen por oportuno recurrir á otra infinidad de suertes (algunas no ejecutadas nunca en las plazas, y varias que están en desuso sin saber el por qué), como:

La de *derribar con la puya* y la de *enlazarlos* al estilo americano, que pudieran emplearse con los toros huidos: suertes nuevas y bonitas que indudablemente sorprenderían al público.

La de *rejoncillos*, tan linda como difícil, concurriendo al mismo objeto de debilitar á los toros, acortando así lo posible la de picar, más repugnante que ninguna otra, y que de poderla suprimir ganaría mucho este espectáculo en nuestro concepto.

La de *parchear*, abandonada por completo; la del *salto sobre el testuz*, olvidada tambien; la del *salto de la garrocha*, al *trascuerno* y otras, usadas pocas veces.

No contribuiría ménos al esplendor de este espectáculo, el que los espectadores no llevasen al extremo sus improperios y no usaran de frases denigrativas, indignas é improcidentes, que ni tienen la sal ática de dichos oportunos, ni se prestan á favorables comentarios, é indican falta de educacion esmerada.

Tambien ganarian mucho si los mismos meditaran sobre los inconvenientes que traen sus excitaciones, violentas é injustas las más veces, dividiéndose en partidarios ciegos de tal ó cual diestro, haciendo y contribuyendo á las excisiones, antipatías, competencias y animadversion, por último, de entre los espadas, que en lo general poseen magnánimo corazon, y dando origen por consecuen-

cia á casi todas las desgracias que tienen lugar.

No se consiguiera ménos haciendo cumplir estrictamente el reglamento, impidiendo la estancia entre barreras á los extraños á la lidia, sin excluir á naranjeros, aguadores, etc., etc., y no tolerando al público, bajo ningun concepto, pisar el redondel hasta despues de arrastrado el último toro; imponiendo penas severas á los que se recrean en tirar objetos á la plaza; desterrando por completo la media luna (dispuestos, ántes que emplearla, á volver al chiquero á las reses en casos extremos); prohibiendo con rigor en las corridas formales la admision de los toros sorteados en novilladas (para lo cual debe ser de ordenanza marcarlos), por las mañas que adquieren y riesgos inminentes á que exponen á los lidiadores, y, finalmente, determinando un tiempo fijo y periódico, con diferencia de pocos minutos, para la suerte de la pica, por no dar lugar al triste espectáculo de ver silbada dura é inconvenientemente á la autoridad muy á menudo, porque presidentes poco expertos anticipen ó dilaten el término de la citada suerte, pudiendo in-

fluir no poco dejar los toros muy enteros ó viceversa en los percances y desgracias, que en otro caso depararia la suerte y no la parcialidad, descuido ó falta de inteligencia de un individuo.

DENOMINACIONES Ó TÉRMINOS PROPIOS
DE LA TAUROMAQUIA.

Se llama *terreno del toro* ó *terreno de afuera*, el que sigue al bicho, puesto en suerte, hasta los medios de la plaza: *terreno del diestro*, el que hay entre aquél y las tablas: y *centro de los terrenos*, *centro de las suertes* ó *centro* simplemente, el sitio en que habiendo humillado el toro y hecho el quiebro el diestro, se dividen tomando cada uno el suyo.—(*Tauromaquia de Montes*).

A los toros se les distingue por *boyantes*, (ó francos, sencillos y claros), *revoltosos*, *de sentido*, *que se ciñen*, *que ganan terreno*, *abantos*, *bravucones* y *burri-ciegos*, que corresponden á las condiciones que se desprenden de semejantes denominaciones.

En las *suertes de capa*, se conocen la *verónica* ó *de frente*; la *navarra*; la *de tijerilla* ó á lo *chatre*; la *del costado*; la *de espaldas* (ó de

frente por detrás, segun Montes). A las demas suertes de capote se llaman *correr* ó *trastear* los toros.

A las que se hacen con quiebro de cuerpo, *recortes* y *galleos*: éstos, empleando la capa ú ctro engaño; aquéllos, sin nada.

Cambios se dice á figurar la salida por un lado y hacerla al contrario.

Las *suertes de banderillas* son cinco: al *cuarteo*; á *la media vuelta*; á *topacarnero*, ó de *pecho*, ó á *pié firme*; al *sesgo*, ó á *la carrera*, ó al *trascuerno*; y al *recorte*, la más difícil y graciosa.

Los *parches* se colocan casi con iguales variaciones y toman denominaciones idénticas.

La *suerte de muerte*, comprende el *pase regular*, ó *al natural*, y el *pase de pecho* con la muleta; y con el estoque, la de *recibir*, á *volapiés*, ó á *toro parado*, á *la carrera*, á *media vuelta* y á *paso de banderillas* y el *descabello*. Hay estocadas que llaman los diestros *pasadas por pararse*, de gran lucimiento, y que confunden muchos con la fea del *gollete* ó de *golletes*, que se aplica á las estocadas por bajo, que matan con rapidez, pues pasan pecho y pulmones.

Embraguetar los toros, se dice cuando hay que hacer pases muy ceñidos.

Estocada *atravesada*, es la que por mal hecha la suerte se cruza la espada: *irse la estocada por carne*, cuando se ha pasado por demasiado ceñida, y *envainar*, cuando entra el estoque entre cuero y carne.

Se conocen tambien el *salto al trascuerno*, *sobre el testuz* y el *de la garrocha*.

BREVES CONSIDERACIONES PARA TERMINAR.

No porque nos amedranten las censuras de los impugnadores de estas fiestas, sino porque cumple así á nuestro ánimo y propósito anterior, vamos á exponer algunas observaciones sobre los móviles que nos han impulsado á publicar este librito.

Ajenos en un todo á dejarnos llevar de las impresiones del momento, ni á turbarnos por las declamaciones lastimeras y lacrimosas de los consagrados á anatematizar tales espectáculos invocando el nombre de la humanidad, hemos pesado los prós y contras de nuestro propósito, y decidido llevarle á cabo, en obsequio y honor de la misma, seguros de servirla más y mejor que aquellos

(que claman en desierto), indicando, exponiendo y aconsejando los medios que juzgamos más propicios y aparentes á evitar en lo posible los contratiempos y desgracias de cuantos se consagran al ejercicio del arte tauromáquico.

Ademas, la historia es historia, y nosotros con describirla ni quitamos ni ponemos nada; nos concretamos á hacer historia.

Muchos ideólogos sospechan que la sociedad debe estar ocupada siempre en el trabajo, sin dar tregua ni reposo al espíritu, á la imaginacion y al cuerpo; pero nosotros, más prácticos y ménos idealistas, meditamos sobre las páginas de la historia en general, y la particular á cada zona, nacion y pueblos similares, y observamos la manera que han tenido de ser las diversas razas que han poblado el orbe en los tiempos casi prehistóricos, en los medios y modernos, y contestamos con Esopo á los que tal opinan ó á los que se dejan elevar en alas de su imaginacion febril y dilatada: «*El arco no puede ni debe estar siempre tirante.*»

Y siendo precisas las distracciones reflejadas en las diferentes formas que se conocen

de diversion, y estando en la conciencia de todos que las más estimulantes (como son en los espectáculos teatrales las tétricas y conmovedoras tragedias; en las fiestas de la diosa Terpsícore los bailes intrépidos y guerreros; en los ejercicios acrobáticos, los que se acercan más á abrir las puertas de la eternidad, etc., etc.), llaman y excitan notoriamente, y cual ninguna otra, la atencion; y no pudiendo ponerse en duda que entre las que concitan el ánimo á la virilidad y las que inducen al sibaritismo, lascivia y molicie (cual los espectáculos bufos y bailes lascivos), debemos optar por las primeras; y demostrada la importancia relativa de nuestra fiesta nacional con relacion á las demas que entrañan ó más barbárie, ó apocamiento, ó lujuria, que es bastante peor, ¿cómo no optar, cómo no sostener y defender francamente entre la mayor parte de ellas las corridas de toros? Ved la consecuencia lógica á las costumbres francesas, fiel reflejo de su teatro liviano y de sus bailes y diversiones mundanales, en su reciente y desdichada última lucha, en que partian á la guerra los célebres galos de otros tiempos con los ojos ba-

ñados en lágrimas y temblorosos cual medrosas gallinas, y comparadla y ponedla en parangon con la gloriosa epopeya de nuestra independencia, en armonía con nuestro especial modo de ser, en consonancia perfecta de nuestra diversion favorita.

Propalan no pocos la conveniencia de que se suplan tales fiestas con funciones teatrales al aire libre, segun en los tiempos antiguos sucedia, y no recuerdan ó no quieren tener presente los que tal dicen, que aquellas horrorosas tragedias daban lugar al aborto en las mujeres que estando en cinta las presenciaban, á la corrupcion de costumbres y empedernecimiento del corazon, conforme lo expresa un autor célebre de entónces, y que á otro ginebrino han merecido las modernas, ménos atroces, el siguiente concepto:

«Ya un hijo mata á su padre, se casa con su madre y llega á ser padre de sus hermanos: ya otro hijo se ve asimismo obligado á degollar á su padre: tambien hay quien obliga á un padre á que beba la sangre de su propio hijo.....; la sola idea de semejantes atrocidades que ofrece la escena francesa (que no ha llegado nunca á la griega) para recreo del pueblo más dul-

ce y humano de la tierra, éstremece. No.... yo sostendré atestiguándolo con el asombro de los lectores, que las muertes de los gladiadores no eran tan bárbaras como estos horrosos espectáculos. Es verdad que se veía correr la sangre, pero no se afligia la imaginacion con unos crímenes que estremecen la naturaleza.»

¿Y quién duda que nuestra diversion nacional es completamente humanitaria, comparada con la de los gladiadores?

Si se nos demostrase de una manera clara y fehaciente el medio de sustituirlas, conservando las cualidades inherentes de virilidad y esparcimiento de las mismas, nosotros seríamos los primeros en seguir á los iniciadores de esa idea; pero hasta que tal suceda nos creemos en el buen terreno.

Infinitas más consideraciones sobre todo lo expuesto nos sugiere nuestro pensamiento y se agolpan á nuestra mente, pero bastan las expuestas al fin indicado.

FIN.

INDICE

y á la par

LISTA DE LOS ESPADAS

conocidos en la historia del torreo desde Francisco Romero hasta nuestros días (1).

	<u>Págs.</u>
Al lector.....	V
Prólogo.....	XIV
PRIMER PERÍODO. —Desde la creación del mundo hasta mediados del siglo XI próximamente.	
Imperiosa necesidad de la lidia ó capeos de de las reses taurinas.....	30
Consecuencia de esa necesidad.....	31
Introducción de los toros en las fiestas de los caballeros musulmanes.....	33
Progresos de su afición hácia este espectáculo.....	33

(1) Los nombres que á su margen no tienen página, son de los que no aparecen directamente en el texto y que se conocieron por los períodos respectivos en que se hallan colocados en este índice y lista.

SEGUNDO PERÍODO.—Desde mitad próximamente del siglo XI al año de 1493.

El Cid Campeador.....	42
Estímulo que éste promueve en los caballeros españoles, y arriesgadas empresas que acometen introduciéndose de incógnito en los palenques de las fiestas de los moros.....	45
Adopción de los toros en las fiestas de los cristianos. Entusiasmo que despiertan...	45
Carácter de galantería que adquieren. Es privativa de la aristocracia esta diversion	46
Varias naciones pretenden imitarnos, pero con tanta desgracia, que les es forzoso prohibir terminantemente este espectáculo. Llega por esto al <i>summun</i> en el extranjero el dictado que se las aplica de bárbaras..	48

TERCER PERÍODO. — 1493 - 1700.— Desde la expulsión de los moriscos hasta la dinastía Austriaca.

Adquieren las corridas de toros puramente el carácter de fiestas cortesanas.....	55
Se abandona paulatinamente la lanza por los rejoncillos.....	56
Notabilidades en la lidia ecuestre.....	58
Breves consideraciones.....	60

TRASFORMACION DEL TOREO.

CUARTO PERÍODO.—1700 a 1750.

Entronizamiento de la dinastía de los Borbones en España. Abandono de los toros por las clases elevadas, y participacion que toman en ellos todas las demas.....	68
El toreo revistiendo el carácter de arte....	76
Familia de los Romeros.....	77
Rápida ojeada sobre la historia del toreo, desde Francisco Romero, de Ronda, primer espada conocido, hasta nuestros dias. Francisco Romero de Ronda.....	84

Escuela Rondeña ó primitiva (1).

FRANCISCO ROMERO. Autor de la suerte de estoquear y primero que la puso en práctica con singular acierto, creando la escuela Rondeña, y con ella el arte tauromáquico.....	84
Introduccion del estoque y la muleta en la suerte de matar los toros.....	86
JUAN PALOMO. Al que atribuyen algunos haber sido el primero que empleó el estoque	88
PEDRO PALOMO. Hermano del anterior y matador de los primeros.....	90

(1) Gozaban por esta época los primeros espadas 1.200 reales.

MANUEL BELLON (<i>El Africano</i>). Distinguido espada y capeador muy diestro.....	91
JUAN ESTELLER. Bastante conocido y dedicado á recorrer las provincias del Mediodía con cuadrillas heterogéneas.....	92
PASCUAL ZARACONDEGUI. Hacía lo mismo en el Norte.....	92
JOSÉ LEGUREGUI (<i>El Pamplonés</i>). Id. id.....	92
ANTON MARTINEZ. Era castellano y recorría varias provincias del centro.....	92
Por esta época se señalaban otros, como pertenecientes á la escuela transitoria de la intrepidez al arte, y eran:	
GODOY. Caballero extremeño, que lidiaba sin retribucion y sólo por gusto.....	92
POTRADE TALAVERA (conocido por este apodo)	92
EL FRAILE DE PINTO (id. id.).....	92
EL DEL RASTRO (id. id.).....	92
Como capeador llamaba la atencion un tal FALCES.....	92

QUINTO PERÍODO. — 1751 á 1770.

Organizacion de picadores, chulos, banderilleros y segundos espadas en las corridas de toros.....	95
JUAN ROMERO, hijo de Francisco. Organizador de las cuadrillas y distinguido espada..	98
MIGUEL GALVEZ. Segundo espada del anterior, en Andalucía primero y despues en Madrid.....	101

MARTIN BARCAIZTEGUI (<i>Martincho</i>). Intrépido sin igual: mataba toros con grilletes en los piés, y se distinguia entre todos los que lo fiaban todo al corazon.....	101
Solian acompañarle:	
APIÑANI. Que sobresalia entre los diestros vagabundos.....	102
GALCERAN. Que estaba en idéntico caso....	102
LOBERA. Id., id., id.....	102
Formaban otras agrupaciones:	
LORENZO MANUEL (<i>Lorencillo</i>). Notable en el salto sobre el testuz, del que se le cree inventor.....	103
MELCHOR. Diestro de los más señalados entre los intrépidos.....	103
ANTONIO CAMPOS. Bastante regular.....	103
ANTONIO RAMIREZ. Id.....	103
SEBASTIAN JORGE (<i>El Chano</i>). Id.....	103
JUAN CONDE. Id.....	103
NICOLÁS MARTINEZ. Id.....	103
JOSÉ CÁNDIDO (discípulo de Lorencillo y padre del renombrado maestro Jerónimo José Cándido). Bastante distinguido.....	103

SEXTO PERÍODO.—1770 á 1801.

Reforma del toreo.—Costillares, Pedro Romero, Pepe-Hillo.....	107
---	-----

Escuela de los Puertos, ó Sevillana, en 1770 próximamente (1).

JOAQUIN RODRIGUEZ (*Costillares*). Medio espada primero y despues segundo de Juan Romero, consiguió ser notabilísimo, dar origen y crear una escuela, y l'egó á ganar 3.000 reales por funcion de mañana y tarde 113
Tomó como discípulos, que no llegaron á adelantar gran cosa, á

ANTONIO RAMIREZ.

MIGUEL AROCHA.

BERNARDO ASENSIO.

JERÓNIMO MALIGNO.

FRANCISCO MALIGNO.

ALFONSO CARABALLO.

JUAN HERRERA.

VICENTE ESTRADA, y otros.

Muchos de los cuales trabajaban en provincias, así como tambien:

(1) Se elevó bastante despues de empezar este período á 1.500 reales por funcion el estipendio de los primeros espadas, y si tenían lugar por tarde y mañana 3.000.

Por entónces se castigaba bastante á los toros, con el fin de debilitarles para la muerte, empleando las puyas muy descubiertas.

PEDRO ROMERO. Notabilísimo en extremo, dió más preferencia á la escuela primitiva, debida á sus antecesores. Consiguio se elevara para él la asignacion por corrida sencilla á 3.000 reales.....	117
JOSÉ DELGADO (<i>Pepe-Hillo</i>). Discípulo predilecto de Costillares, que desde que empezó á matar se creó un gran renombre ejecutando á la perfeccion como segundo de Costillares primeramente, y despues como jefe, la escuela de su maestro. Fué muerto de cogida en 1801.....	119
FRANCISCO HERRERA (<i>Curro</i>), abuelo del célebre Curro Guillen, y notable por su pericia.....	123
FRANCISCO HERRERA GUILLEN. Padre del célebre Curro Guillen. Bueno.....	123
ANTONIO DE LOS SANTOS. Regular.....	123
JULIAN AROCHA. Id.....	183
JUAN MIGUEL RODRIGUEZ, tio de Costillares..	123
JUAN GARCÉS. Sufrió una cogida que le impidió realizar en lo sucesivo, por sus consecuencias, las esperanzas que hiciera concebir en sus principios.....	123
FRANCISCO GARCÉS	123
JUAN JOSÉ DE LA TORRE. Llenaba su cometido.....	123
MANUEL CORREA. Regular.....	123
FRANCISCO GARCÍA (<i>Perucho</i>). Muerto en la plaza de Granada en 1801. Id.....	123

AMBROSIO VALDIVIESO. Llenaba su cometido.	
ANTONIO BADEN. Regular.	
AGUSTIN AROCA. Id.	
JUAN DE ALCÁZAR. Id.	
ANTONIO BEJARANO. Regular.	
MANUEL BADEN. Id.	

SÉTIMO PERÍODO. — 1801 á 1815.

Decaimiento de la lidia.....	127
(Hermanos de Pedro, hijos de Juan y nietos de Francisco, el primer matador de toros; fueron bastante notables, especialmente el primero).	
} JOSÉ ROMERO....	129
} ANTONIO ROMERO	130
} GASPAS ROMERO.	131

Siglo XIX.

BARTOLOMÉ JIMENEZ. Notable como discípulo, y aventajado espada.....	132
LEONCIO BADEN. Regular.....	132
AGUSTIN AROCA. Id.....	132
JOSÉ ULLOA (<i>Tragabuches</i>). Prometia bastante cuando tuvo que abandonar la profesion para unirse á los Niños de Ecija	132
JERÓNIMO JOSÉ CÁNDIDO. Distinguido teórico y bastante práctico, que en su tiempo sostuvo estas fiestas y se erigió en maestro de una pléyade de lidiadores.....	134

Epopeya gloriosa de nuestra independencia	137
Prohibicion de las fiestas de toros por Fernando VII.....	139

OCTAVO PERÍODO. — 1815 à 1830.

Anúlase la prohibicion. — Adquiere mayor preponderancia aún la lidia.....	147
FRANCISCO HERRERA RODRIGUEZ (<i>Curro Guillen</i>). Notabilísimo: contribuyó á fomentar grandemente este espectáculo. Muerto el año 1820 de cogida.....	149

Interregno de poca animacion. Desde la muerte de Curro Guillen hasta Montes, ó sea desde 1820 à 1830.

Pretenden erigirse en jefes la mayor parte de los espadas de este tiempo.....	155
Notable comportamiento de Jerónimo José Cándido.....	156
MANUEL ALONSO (<i>El Castellano</i>). Bastante notable.....	158
JUAN NUÑEZ (<i>Sentimientos</i>). Gozaba de simpatías.....	158
FRANCISCO FERNANDEZ (<i>El Bolero</i>). Bastante conocido.....	158
JOSÉ ANTONIO BADEN. Acreditado diestro...	158
ANTONIO RUIZ (<i>El Sombrerero</i>). Id.....	159
LUIS RUIZ. Hermano del anterior. Regular..	160
JUAN JIMENEZ. (<i>El Morenillo</i>). Notable.....	160

JUAN LEON. De los más distinguidos diestros	162
FRANCISCO GONZALEZ (<i>Panchon</i>). Bastante bueno.....	164
ROQUE MIRANDA (<i>Rigores</i>). Id.....	165
MANUEL PARRA. Bastante regular.....	167
MANUEL LÚCAS BLANCO. Id.....	168
LORENZO BADEN. Id.....	168
MANUEL ROMERO CARRETO. Id.....	168
JUAN MIRANDA. Regular.	
JOSÉ GARCÍA (<i>El Platero</i>). Id.	
ANTONIO GONZALEZ (<i>El Confuso</i>). Id.	
JOSÉ DIAZ (<i>Mosquita</i>). Muerto á consecuencia de una cogida en la plaza de la Habana en 1845. Regular.	

NOVENO PERÍODO.—1830 á 1860.

Creacion de la escuela nacional tauromá- quica teórico-práctica de Sevilla, segun decreto de 28 de Mayo de 1830.....	171
FRANCISCO MONTES (<i>Paquilo</i>). El rey de los toreros.....	175
Espadas no citados de los contemporáneos de MONTES.....	184
PEDRO SANCHEZ (<i>Noteveas</i>). Regular.....	185
JOSÉ DE LOS SANTOS. Id.....	185
ANTONIO CALZADILLA (<i>Colilla</i>). Víctima de un toro en 1845, en la plaza de San Genis. Bastante reputado en cosos de segundo orden.....	185
ANTONIO DEL RIO Y JORDAN. Muy regular....	186

JUAN PASTOR (<i>El Barbero</i>) Regular.....	186
ISIDRO SANTIAGO (<i>Barragan</i>). Id.....	187
JUAN YUST. Muerto muy jóven cuando auguraba grandes progresos.....	187
JUAN MARTIN (<i>La Santera</i>). Bueno.....	189
RAFAEL PEREZ DE GUZMAN. (Bastante distinguido).....	190
ARJONA GUILLEN (<i>Cúchares</i>). El más notable de los modernos.....	193
MANUEL DIAZ (<i>Labi</i>). Regular.....	199
GASPAR DIAZ. Id.....	201
JOSÉ REDONDO (<i>El Chiclanero</i>). Notable maestro y competidor de <i>Cúchares</i>	201
JOSÉ RODRIGUEZ (<i>Pepete</i>). De gran corazon. Muerto en la plaza de toros de Madrid....	204
MANUEL TRIGO. Bastante bueno.....	207
JUAN LÚCAS BLANCO. Muy bueno con toros andaluces en sus primeros años, hasta que fué herido por uno cástellano en el bajo vientre.....	210
FRANCISCO EZPELETA. Regular.....	212
LUIS RODRIGUEZ. Discípulo de <i>El Sombrerero</i> , tío de Juan Yust. Id.....	212
FRANCISCO DE LOS SANTOS. Id.....	212
PEDRO MULAS (<i>El Salamanquino</i>). Regular....	212
RAFAEL SANCHEZ (<i>Poleo</i>). Id.....	212
ANTONIO RODRIGUEZ (<i>Tilis</i>). Id.....	212
JOSÉ VAZQUEZ Y PARRA. Id.....	212
FRANCISCO BENITERO (<i>El Panadero</i>). Del Puerto de Santa María. Poco notable,	

- JUAN MONJE (de Cádiz). Poco notable.
- MANUEL ARESTOY. Id.
- ANTONIO VELO. Id.
- JUAN DE DIOS DOMINGUEZ. (De la isla de San Fernando), id.
- ALONSO ALARCON. Id.
- MANUEL JIMENEZ (*Cano*). Muerto el 22 de Julio de 1852 á causa de una cogida el 12 del mismo, al dar una estocada á *Parrito*, toro berrendo en colorao, de la ganadería de Veraguas. Id.
- MANUEL MACÍAS. Id.
- JUAN MANZANO (*Nili*). Muy regular.
- JOSÉ MANZANO (*Nili*), hijo. Regular.
- FRANCISCO VILCHES (*El Lilli*) (de Granada). Idem.
- FRANCISCO BEJERANO (de Córdoba).
- ANTONIO CONDE. Id.
- JOSÉ JIMENEZ (*El Granadino*). Id.
- ANDRÉS MARTINEZ (*Quico*) (de Cádiz). Id.
- | | |
|------------------------------|----------------------------|
| MANUEL PEREZ (<i>El Re-</i> | } Muertos en Zارا- |
| <i>lojero</i>) | |
| JOAQUIN GIL (<i>El Hue-</i> | } goza en una mis- |
| <i>vatero</i>) | |
| | } ma corrida el 62, |
| | } poco despues de |
| | } la desgracia de |
| | } <i>Pepete</i> en Madrid. |
- JOSÉ LÁMI (*El Francés*), Regular.
- JOSÉ MARTIN (de Navalcarnero). Id.
- ANTONIO ORTEGA, (de Sevilla). Id.
- MANUEL SANCHEZ (*El Pintor*) (de Sevilla). Id.

JOSÉ VAZQUEZ (*Parreta*) (de Valencia del Cid).
Regular.

MIGUEL SANCHO (de Madrid). Id.

ANTONIO NICOLAU (de id.). Id.

JOSÉ RUBIO GASPAS (de Gelves). Id.

JOSÉ MUÑOZ (*Pucheta*). Célebre por los sucesos del levantamiento del 54 y sacrificado el 56. Id.

ANTONIO DEL RIO Y RIO (de Madrid). Id.

JOAQUIN DEL RIO. Id.

ANTONIO CONDE. Torero de arrojo más que de conocimientos.

FRANCISCO MARTIN (*El Corneta*). Poco conocido.

JUAN SAN PEDRO CAZALLA. Id.

JUAN ACOSTA (de Badajoz). Id.

VICENTE GARCÍA VILLAVERDE (de Madrid).
Regular.

DOMINGO VAZQUEZ. Id. Id.

FRANCISCO RODRIGUEZ (*Caniqui*). Id.

MANUEL DE LAS CASAS (*El Manquito*). Id.

DECIMO PERÍODO.—Desde 1850 hasta el presente.

Diestros existentes ó coetáneos nuestros... 215

ANTONIO LUQUE (*El Camará*). Bastante regular..... 216

ANTONIO LUQUE (*El Cúchares Cordobés*). Hijo del anterior. Regular..... 218

MANUEL DOMINGUEZ Y CAMPOS. El mas notable de los modernos en la escuela de Ronda..	219
JULIAN CASAS (<i>El Salamanquino</i>). Notable....	225
CAYETANO SANZ. Id.....	227
JOSÉ CARMONA. Id.....	230
MANUEL CARMONA. Regular.....	232
ANTONIO CARMONA (<i>El Gordito</i>). Notable.....	233
ANTONIO SANCHEZ (<i>El Tato</i>). Id.....	237
MANUEL FUENTES (<i>Bocanegra</i>). De los principales del dia. Id.....	246
RAFAEL MOLINA Y SANCHEZ (<i>Lagartijo</i>). Id..	247
SALVADOR SANCHEZ (<i>Frascuelo</i>). Id.....	248
ANGEL LOPEZ (<i>Regatero</i>). Sobresaliente como banderillero; vale poco como espada....	249
PABLO HERRAIZ. De idénticas condiciones que el anterior.....	249
MANUEL ARJONA GUILLEN (hermano de Cúchares). Regular... ..	250
GONZALO MORA. Bastante regular.....	250
DOMINGO MENDÍVIL. Id.....	251
MARIANO ANTON. Regular.....	251
JOSÉ PONCE. Id.....	252
FRANCISCO ARJONA REYES (<i>Currito</i>). Promete.	252
JOSÉ LARA (<i>Chicorro</i>). Id.....	253
JACINTO MACHIO. Id.....	255
JOSÉ MACHIO. Id.....	255
AGUSTIN PERERA. Id.....	256
JOSÉ GIRALDEZ (<i>Jaqueta</i>). Id.....	256
JOSÉ CINEO (<i>El Cirineo</i>). Id.....	256
JOSÉ ANTONIO SUAREZ. Id.....	257

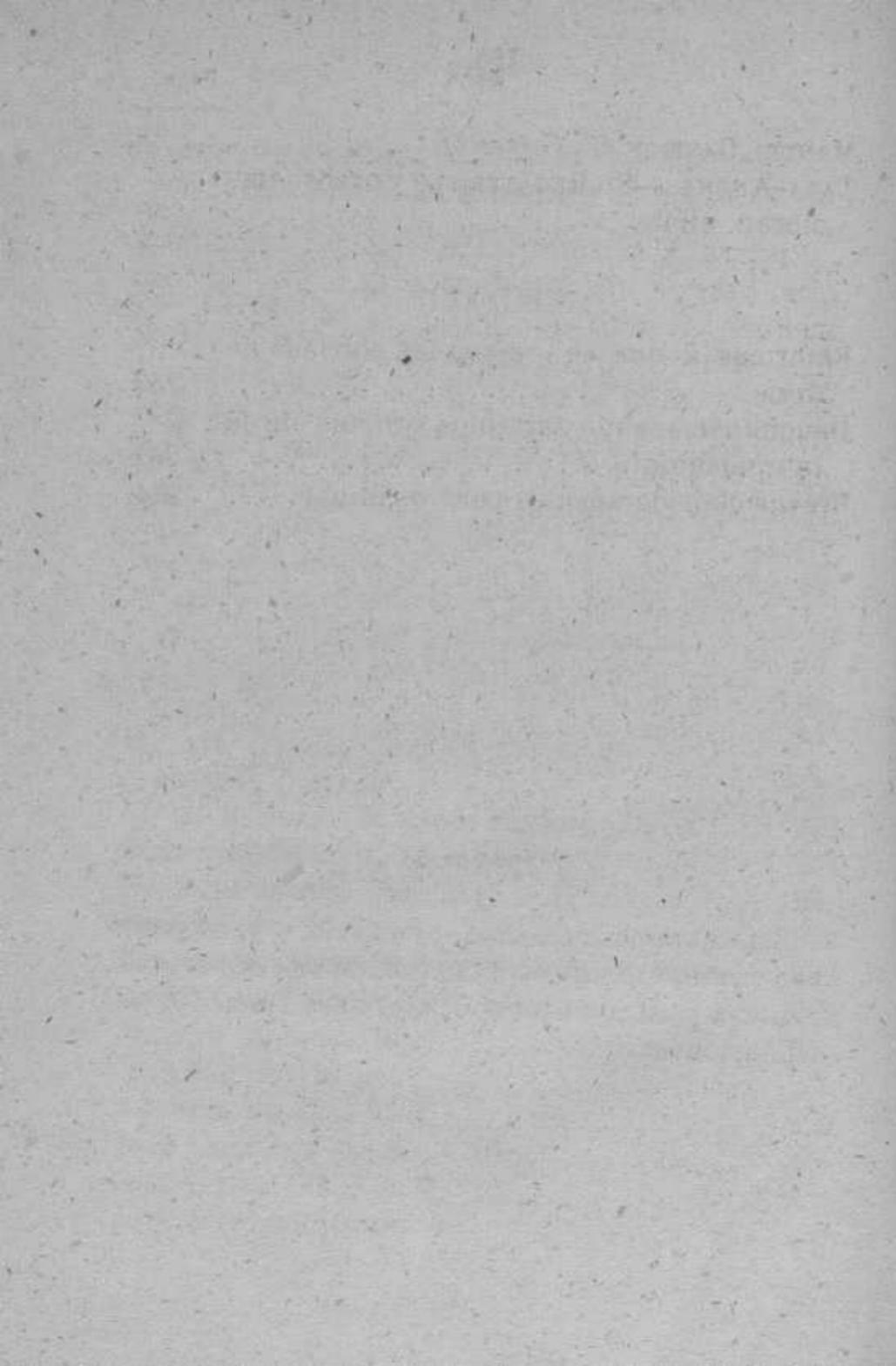
MANUEL CARRION (*El Coracero*).

CARA-ANCHA.—EL REGATERILLO Y OTROS, em-
piezan ahora..... 258

EPILOGO.

Reformas á que se prestan las corridas de
toros.... 259
Denominaciones ó términos propios de la
tauromaquia..... 262
Breves consideraciones para terminar..... 264





NOTA

Cumple á nuestra caballerosidad manifestar que, despues de inspirarnos en todos los documentos antiguos que tratan de la materia, hemos consultado en algunos puntos de nuestro trabajo cuanto se ha escrito en revistas, biografías sueltas y periódicos; las Tauromaquias debidas á la pluma y al lápiz de Pepe-Hillo, Goya y Montes, y las importantes obras modernas *Filosofía de los toros*, de Abenamar (pseudónimo) (precio 24 reales); *Historia del toreo*, de D. F. G. de Bedoya (cuyo coste no recordamos), y la elegante, rica y lujosa de D. José Velazquez y Sanchez *Anales del toreo* (210 rs.), que sentimos no haberla poseido hasta despues de tener impresos algunos pliegos y escritos los demas: libros de extension y mérito, que no vacilamos en recomendar al público.

Advertencia.

Esta obra es propiedad de su autor, y no podrá ser impresa, vendida ni traducida sin su permiso.

Lleva contraseñas especiales para evitar las falsificaciones.

ERRATAS

PÁG.	LÍNEA.	DICE.	DEBE DECIR.
33	6 y 7	{ voracidad de todos en los tiempos casi pre- históricos, fueron }	voracidad de todos, en los tiempos casi pre- históricos fueron
57	13	En en el período	En el período
58	4	mismas;	mismas,
58	10	rejones	rejon
63	25	sosteniendo	sostenidos
73	13	cuanto	cuando
77	25	<i>Palomos</i> , en	<i>Palomos</i> , que en
78	1	1748;	1748,
91	11	Ademas de	Ademas; de
91	6	nómalas	nómadas
92	4	Estelles	Esteller
92	5	Legurregui	Leguregui
128	10	Francisco Hernandez	{ Francisco Hernandez { (<i>El Bolero</i>).
140	2	reclamaciones	declamaciones
192	8	<i>boreador</i>	<i>toreador</i>
219	4	les legó	le legó
235	9	parecen	parece



MARQUES DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOTECA

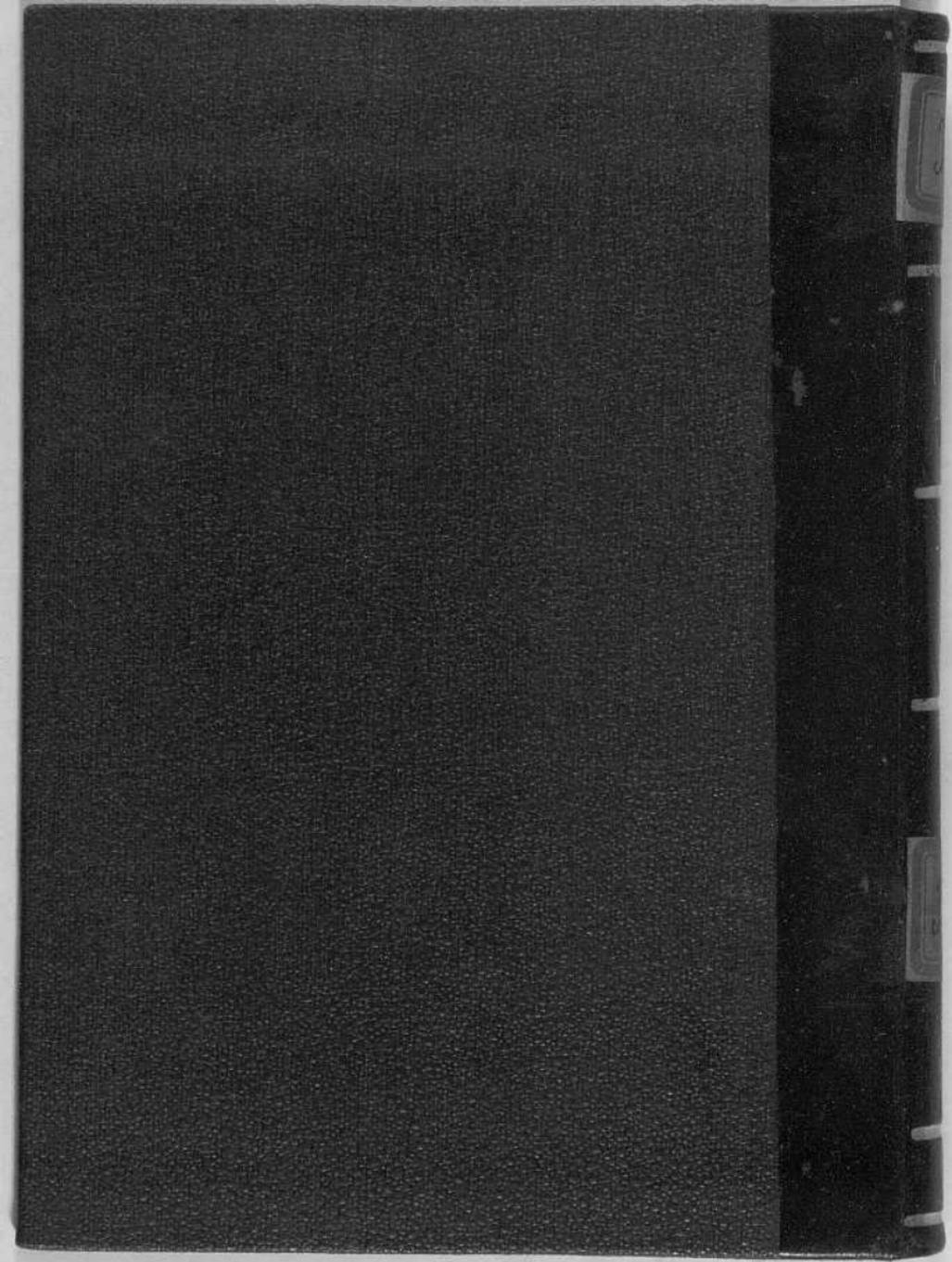
Pesetas.

Número... *344* Precio de la obra.....

Estante... *1* Precio de adquisición

Tabla... *7* Valoración actual.....

Número de tomos..



344

LAS
CORRIDAS
DE TOROS

3188.